RAQUEL SÁEZ

EL ABRIGO DEL *alma*



El abrigo del alma

Raquel Sáez



El abrigo del alma
Primera edición: 2023

ISBN: 9788410143142
ISBN eBook: 9788410143579

© del texto:
Raquel Sáez

© del diseño de esta edición:
Caligrama, 2023
www.caligramaeditorial.com
info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

En honor a mi tía Ángela que trascendió a la luz.
Por ser mi maestra a cada palpito de mi corazón.

Capítulo 1

Una gélida noche

Recuerdo aquella primera experiencia como si la viviera en estos instantes. Eran las 3:00 de la madrugada de una noche de primavera, el silencio habitaba en cada rincón, las calles descansaban del gentío diario y todo parecía encajar a la perfección. Mi familia dormía, mi hermana y mis padres se encontraban cada uno en sus habitaciones, libres por esas horas de sus obligaciones cotidianas. Sus respiraciones parecían bailar al son de las sombras nocturnas, todo estaba teñido de una normalidad agradable.

Yo me encontraba en mi habitación, que estaba al lado de la de mi hermana. Era una estancia pequeña, humilde y sin grandes adornos, sin embargo, para mí era mi rincón, en el que yo crecía tejiendo mis fantasías y mundos imposibles. Había un pequeño escritorio, justo delante de la ventana. Recuerdo pasar largas horas sentada en la silla mirando a través del vidrio, imaginando, observando y soñando qué sería de mí, quién era yo, cuál era mi verdadera esencia. Ahora sé que en esos instantes emergía una parte de mi ser, de mi alma, eran mis momentos de meditación, de introspección, de autoanálisis, pero aún era muy niña para darme cuenta de ello. No obstante, algo en mí percibía que había algo diferente a los demás.

La cama estaba situada delante de un gran armario y lejos de la ventana, por lo que los rayos de la luna se asomaban tímidamente cada noche para despedirse y desearme felices sueños. Estaba acostada en mi cama con una ligera sábana que cubría mi cuerpo. Las noches primaverales de repente se volvían algo frías, por lo que debía estar preparada para taparme en cualquier momento si no quería coger un catarro.

De repente, esa tranquilidad nocturna se acabó y desperté sobresaltada. Mis ojos estaban vidriosos, mi palpitar descontrolado y tenía una sensación de miedo que me recorría el cuerpo. Una parte de mi ser me decía que algo estaba ocurriendo, pero no sabía qué.

En mi habitación no estaba sola, sabía que había alguien más allí. No distinguía una silueta humana clara, pero sí una presencia. El tiempo se detuvo por un momento, y empecé a ahogarme, me sentía muy confusa con lo que estaba pasando. La habitación parecía más oscura de lo normal, como si un humo negro entrara poco a poco y tiñera cada rincón del lugar. Sentía la presencia de una mujer con tal intensidad que mi cuerpo no podía reaccionar. No sabía por qué, pero estaba segura de que se trataba de una figura femenina, de hecho, tenía la total certeza, algo adentro me decía que así era. No veía a nadie, pero sí percibía que aquello que había invadido mi intimidad se escapaba de todo juicio racional. Al instante sentí cómo esa presencia se acercaba a mí poco a poco y de una manera segura. Noté claramente cómo me acariciaba el pelo y parte del rostro, todo ello acompañado de un gélido e inquietante frío. Un frío distinto a una noche de invierno. Se parecía más al que desprende una bolsa de aire congelado. A continuación, se sentó al lado de mis pies y pude notar el hueco que dejaba su cuerpo en mi cama. Me quedé totalmente inmóvil y solo podía observar con terror aquella experiencia. Esa figura se quedó ahí prácticamente toda la noche.

Aunque no tenía duda de lo que acababa de vivir, en esos momentos yo era una simple y jovial niña, así que pensé que aquello era un suceso aislado y que nunca más volvería a ocurrir. Sin embargo, me preguntaba por qué a mí. Ese instante marcó el principio de una vida llena de experiencias similares, que lentamente me fueron llevando a tener una comprensión más profunda y espiritual de lo que pasa después de la muerte, desde la compasión y el amor. Este evento fue el principio de mi nueva vida. Una existencia conectada con el más allá, con otras dimensiones, con almas, espíritus o como cada uno los quiera llamar. Una vida que al comienzo fue muy difícil, pero que hoy agradezco infinitamente.

Una niña sensible y curiosa

No hizo falta que el despertador me recordara el amanecer y con ello un nuevo día por delante. Mis párpados no cayeron en compañía de la noche, más bien al revés, me quedé despierta con la vista fija intentando explicar lo que había ocurrido, qué era esa "negrura" que había visto. De hecho, me alegré cuando el sol salió, y las gentes del pueblo volvieron a transitar por sus calles y rincones, alejándome de mi terrorífica experiencia.

Lentamente puse un pie en el suelo el cual estaba muy helado e inmediatamente un escalofrío recorrió mi cuerpo erizando mi piel. Por momentos quería olvidar, pensar que todo había sido producto de mi imaginación, pero algo dentro de mí me susurraba la verdad: algo extraño había sucedido y yo ya no era la misma.

Me levanté un tanto desorientada, callada, sin contar nada, escondiendo lo que hacía horas me había pasado. Recuerdo el rostro de mi madre, mirándome extrañada. Sus ojos me escudriñaban sin encontrar respuesta; al final me preguntó suavemente si estaba bien. Le respondí con una media sonrisa y le dije que solo había tenido frío y que no había podido descansar bien.

Mi nombre es Raquel y soy médium, pero en 1996 era solo una niña de 7 años, era juguetona, divertida y muy sociable, pero sobre todo muy curiosa y observadora. Mis ojos grandes y negros fueron característicos desde que nací. Parecía que ya lo querían ver todo, incluso lo invisible para los ojos de los demás, aquello que no se podía explicar ni saber, aquello oculto, místico, aunque fuera difícil… yo siempre deseaba investigar.

Sin embargo, desde que nací no se lo puse nada fácil a mi madre. Fui una niña muy llorona, con muchos problemas alimenticios y muy dependiente de ella. Seguramente esos llantos eran producto de todo aquello que mis ojos veían y que mi cabeza no entendía. Era demasiado sensible, no me adaptaba muy bien a los entornos que no fueran de mi conocimiento, aquellos con mucho alboroto, ruido o jolgorio. Algo hablaba dentro de mí y me auguraba una vida diferente a la de la mayoría. Me costaba adaptarme porque no encontraba la manera adecuada de hacerlo. No hallaba mi espacio, sentía que no estaba moldeada para vivir como la multitud. Además de esa hipersensibilidad, no gozaba de buena salud, era como si todo el entorno exterior me afectara de tal manera que perjudicaba a cada una de mis células. Una semana sí y otra no mi madre tenía que llevarme al médico: catarros, fiebres y anginas eran los cuadros que este apuntaban en mi cartilla una y otra vez. A los tres años enfermé tanto de amigdalitis, y mi cuerpo estaba tan acostumbrado a los antibióticos, que casi perdí la batalla. La desesperación de mis padres yendo de un médico a otro sin que estos pudieran hacer nada por mí fue otra experiencia de sufrimiento para ellos. Aunque finalmente, y dada mi fortaleza, vencí en la lucha gracias a

unos antibióticos nuevos y casi sin experimentar, este no fue ni el primero ni el último combate que narraré en este libro.

Llíria, *la ciudad de la música*, fue el municipio que me vio crecer, pero también sufrir. Sus calles actualmente poseen una impronta musical, tienen olor a instrumento recién sacado de su caja, saben a arte y a belleza. Además de sus dos teatros, sus pobladores también disfrutan de la naturaleza gracias al parque de San Vicente. Un lugar idílico en el que poder desconectar, escucharse y sentirse vivo.

El Arcángel San Miguel situado en un monasterio en lo alto del pueblo es otro de los protagonistas de este paraje. Portando y alzando esa espada con orgullo, derrama luz a todos sus habitantes. Llíria le sigue haciendo homenaje en sus fiestas y procesiones, de hecho, de niña fui uno de los ángeles que portaban al santo, y desde entonces siento que me acompaña, percibo a diario su amparo, su comprensión y su protección. Mi pueblo tiene algo sutil, volátil y espiritual. No fue casualidad que yo eligiera aquel lugar para nacer… y sí he dicho "eligiera". Ya os explicaré por qué.

Mi vida transcurrió con cierta normalidad, aunque siempre supe que era diferente. Provengo de una familia humilde, pero sobre todo muy trabajadora. Recuerdo las grandes jornadas laborales de mis padres para poder proporcionarnos, tanto a mi hermana como a mí, un futuro del que ellos no pudieron gozar.

Pedro, mi padre, siempre quiso ser músico o al menos estudiante de música. Su alma es una auténtica buscadora del conocimiento y su mente goza de gran inteligencia, pero mis abuelos no le dieron la oportunidad para poder desarrollar todos sus talentos. En aquella época, los alumnos salían de las escuelas para trabajar a la edad de 14 años y eso fue lo que les pasó a mis padres. Sin embargo, entrar en el mundo laboral no impidió que siguiera con su interés por lo desconocido. Siempre recordaré los cd de música clásica por toda la casa, sus libros varios, los documentales que veía una y otra vez. Era como si aquel conocimiento alimentara su interior e hiciera gozar su corazón. Él se iluminaba con su autoaprendizaje y me demostró que no hace falta nada más que el despertar del interés personal para ser realmente sabio.

Cualquier conversación era bienvenida para mi padre, pues ha conseguido ser un gran pensador autodidacta, como antaño, sin ningún maestro. Nada más que el guía que lleva adentro como todos nosotros, pero que él supo despertar. Creo que esta puede haber sido una de sus misiones de vida.

Julia, a la que ya he nombrado con anterioridad, es mi madre. Una gran luchadora como muchas otras. Ella no tuvo una infancia especialmente fácil, ya que solo los hombres de su familia gozaban de una educación y un trato prioritario, por lo que sus hermanos sí pudieron formarse académicamente. Mi tía María de la Luz y ella fueron obligadas a trabajar desde muy temprana edad, sobre todo la hermana de mi madre, quien con ocho años ya estaba limpiando como sirvienta en la casa de una familia adinerada. Julia es sin duda una mujer altamente sensible, su mano siempre está abierta para tomar la de otro. Todos en el pueblo la aman y conocen como *Juli*. Ella se ha ganado el cariño de aquellos que tienen el privilegio de compartir con ella. Con un aspecto físico envidiable, su belleza es una de sus características principales, pero lo que la hace más especial es su actitud luchadora, la cual le ha permitido hacer frente a las muchas circunstancias difíciles en la vida y que la han convertido en la persona que es ahora.

Laura, mi hermana, es seis años más mayor que yo. No solo nos diferencia la edad, sino multitud de aspectos. Ella es una persona extremadamente ordenada, metódica y un tanto maniática, pero sobre todo tiene un carácter bastante explosivo. Si soy sincera no puedo decir que hemos tenido una gran relación fraternal. No recuerdo nunca que jugáramos juntas ni la mínima complicidad entre nosotras, algo habitual entre algunas de mis amigas y sus hermanas, y yo no entendía por qué no podíamos tener eso. Eché de menos su compañía, apoyo y escucha cuando cada una lo necesitaba. De todas formas, Laura tiene un gran corazón y es un ser humano muy inteligente, además de ser una profesional de éxito. La distancia nos mantiene separadas, así como la relación entre la una y la otra, pero sé que en cualquier momento que nos necesitemos no faltará tiempo para reencontrarnos.

Capítulo 2

El regalo oculto

El año 2001 me tenía varios regalos, muchos de ellos no especialmente agradables, ni para mí ni para mi entorno. Dicen que cuando la vida nos tiene preparado un gran cambio a veces este llega en forma de tsunami o terremoto para derribar cualquier cimiento, con el objetivo de que podamos construir nuevas estructuras. Es como si los armazones de tu vida no fueran los adecuados y no hubiera otra forma de hacerlo que de un modo drástico y dramático.

Quiero hablaros de otra faceta de mi vida, un capítulo amargo que al recordarlo me lleva a una zona muy compleja y dura de mi historia. Quiero mostraros cómo la vida me abrió los ojos, me enseñó al maestro que llevo dentro y me hizo recordar quién era yo y la razón de mi existencia.

Para mí en la actualidad no existe el sufrimiento, sino más bien oportunidades de aprendizaje. No hay tampoco maldad en las personas, solo individuos equivocados; tampoco el error cuando los actos y las palabras salen del corazón, pues siempre nos llevarán a senderos llenos de sabiduría. Sin embargo, para poder afirmar esto a mis 34 años he tenido que atravesar caminos llenos de pinchos con los pies descalzos, deambular con los ojos cerrados, volar sin alas y con los labios muy sellados. Debo decir que no giré la cabeza en ningún momento, no me quedé parada en medio del camino ni corrí hacia la puerta de salida. Hice todo el trayecto.

Por supuesto no lo realicé sola. No somos islas andantes, somos amor puro y nos nutrimos continuamente en la tierra, queramos verlo o no. Brillamos gracias al amor que nos trae paz, tranquilidad y serenidad, el cual llega hacia todos los seres de este y otros planos. No me refiero al amor que vivenciamos cuando estamos en una relación de pareja o el que profesamos hacia nuestros padres o hijos. Es un amor diferente, uno que mueve la vibración de nuestros corazones de tal manera que lo puede todo y supera cualquier obstáculo. Es un estado de ser, de vivir, de existir.

Siempre he considerado que había una porción de mí que no encajaba en la sociedad. Mi hipersensibilidad al entorno, el no encontrar respuestas claras que pudieran llenar un vacío que no podía explicar, todo ello me convirtió en una criatura un tanto retraída. Mi carácter extrovertido y alegre era como una gran máscara para ocultar todo cuanto iba a ocurrir.

El silencio es un gran enemigo cuando le adjudicamos el papel de confidente en nuestro día a día. Es como si gota a gota llenara ese vacío en nuestra alma, pero lo hiciera con agua sucia, agua estancada que a la larga se impregna en cada una de nuestras células y apaga la luz con la que brilla nuestro ser. Cuando dejamos de iluminar, la oscuridad nos persigue y lo puede hacer de cualquier manera posible, como quien elige un disfraz o una careta en Halloween; terrorífico, audaz, amenazante y rápido. De repente, aparece en tu vida, te ves cayendo a gran velocidad hacia un precipicio sin apenas darte cuenta. Ahora bien, no caes tú sola, caen todos aquellos que están a tu lado. Funciona, en ese sentido, como una suerte de campo magnético.

Yo había dejado de iluminarme paulatinamente, sin darme cuenta, motivada por aquel

sentimiento de no pertenecer a nada y estar en todo al mismo tiempo. Ese desgaste continuo me dio un gran regalo, venía en una caja bonita, preciosa, atrayente. Era como aquellos envoltorios brillantes que te da pena abrirlos por si se dañan, pero que anhelas hacerlo porque intuyes que contienen algo maravilloso, algo que cambiará tu vida, y lo mejor, llenará ese vacío existencial a la perfección. El sobre de invitación que lo acompañaba hizo que mi mente visualizara perfectamente una senda llena de éxitos, reconocimientos, popularidad y valoración. Acepté sin problemas su oferta. Solo tenía 12 años, pero me comprometí con fuerza y tenacidad. El nombre de esta nueva mejor amiga que me ofrecía pintar mi vida de color de rosa era uno solo: anorexia nerviosa.

Como una forma de llenar ese vacío que sentía en mi interior, mi mente decidió que el gran culpable era mi cuerpo. Destiné todas las críticas, juicios y acusaciones posibles a cada rincón de mi físico. Sorprende que una niña a esa edad fuera tan cruel consigo misma, pero cuando una persona no encuentra la llave que abre la caja adecuada busca cualquier razón para sentirse instantáneamente feliz: Drogas, el alcohol, el juego, etc. En mi caso elegí aquel paquete lleno de veneno enmascarado.

Pero volvamos a 2001. El día que la anorexia hizo su aparición en mi vida, abrí la puerta de mi habitación, decidida y con gran actitud me dirigí hacia el baño sujetando un montón de revistas. Desplegué cada una de ellas buscando modelos que irradiaran la perfección que tanto quería lograr y que no sentía. Me comparaba con las mujeres que salían en las páginas, delgadas, hermosas y sonrientes. La comparación en sí resulta un acto inútil y provoca juicios falsos hacia la persona o hacia lo que sea que vaya dirigida. Recordemos que somos seres únicos y especiales con una gran mochila llena de experiencias que nadie, incluso nosotros mismos, sabemos. Yo en aquel instante solo necesitaba respuestas y desconocía dónde encontrarlas.

Lo hice, me comparé una y otra vez y cómo no, salí perdiendo. Yo era una niña de complexión delgada y con una altura por encima de la media, nunca había tenido problemas con la comida, pero a partir de ese instante las cosas cambiaron radicalmente. Es como cuando disfrutas de un día soleado con la familia y, de repente, aparece una gran tormenta nada amigable que te hace modificar todos los planes. Aquella decisión alteró toda mi vida y también la de todos los que estaban a mi alrededor.

Todavía recuerdo la expresión que tenía frente al espejo. Sentía que el vacío no se llenaría si no me veía así y para lograrlo tenía muchos kilos que perder o eso suponía mi mente. La tristeza me invadió y sentí una especie de rechazo y repulsión hacia mi cuerpo, incluso hacia mí misma. Debía hacer algo y eso estaba claro, si me sobraban kilos tendría que adelgazar lo antes posible y sin que nadie se enterara. Si quería colmar ese abismo que vivía en mí, me comprometería a intentar no ingerir alimentos.

El disfraz

Mirándolo con la perspectiva que dan los años, creo que, en definitiva, la decisión de dejar de comer era como un disfraz. Yo disfrazaba todo aquello que no quería ver, el espíritu que me visitaba en las noches y todo lo que ocurría en su presencia; pero no solo era eso, la situación familiar tampoco era del todo fácil. Había algo así como una nube de enfado entre mis padres y todos los miembros de la familia. No ingerir ningún alimento me hacía sentir bien. Lo hacía

porque de algún modo quería marcharme de este mundo. Sin duda era un modo de suicidio. Un suicidio más silencioso, más paulatino.

Mis noches eran cada vez más duras. La señora de negro se hacía cada vez más presente. Se materializaba más; y yo por el contrario me hacía cada vez más pequeña. Buscaba en la perfección física un modo para que me quisieran y poder ser aceptada, negando mis capacidades extrasensoriales y con ello lo que realmente era. Se incrementaron los sueños, los encuentros con espíritus. Era como si mi don a partir de esa edad fuera más visible y yo quisiera ser más invisible.

Mi dolor era producto de no aceptar mi sensibilidad. Nadie me explicó aquello que me ocurría. El miedo ante todo lo nuevo que me estaba pasando era tan grande que hacía que mi huida fuera aún mayor.

Por otro lado, entendí posteriormente que sentía una gran herida de rechazo. No comer y cada vez adelgazar más era una forma de hacer de que nadie me viera porque no quería que mi sufrimiento se extendiera más allá de mí.

Con esta actitud, y sin yo saberlo, estaba tejiendo el guion de mi decadencia. Me introducía poco a poco en una cueva donde me sería muy laborioso ver la luz, a pesar de que muchas personas me estuvieran alumbrando el camino, yo me seguiría sintiendo perdida. Aun cuando gritara pidiendo ayuda en la cueva, yo misma me encadenaría para no vislumbrar el sendero de la salida. Yo puse la primera argolla a mi cuello cuando abrí el regalo oculto de la anorexia, las otras las fui colocando para no escapar de sus garras y tapar toda la luz que pudiera filtrarse.

Capítulo 3

El volar de los sueños

Dormir, pernoctar, reposar el cuerpo en la cama y dejarse llevar por la ensoñación y así liberarse de todo pensamiento fugaz. Esa sensación de calma y bienestar que se despierta al sentir en cada parte de tu piel las delicadas sábanas y el silencio de la sombra en la noche es algo que todos buscamos día a día. Dormir es como si apagaras toda actividad social, intelectual y moral, y por fin te dejaras llevar por el menguar de tus párpados, sin esfuerzo y con agradecimiento, para poner punto final a los días rutinarios y laboriosos.

Esta descripción de lo que debería ser una noche ideal de descanso, tranquilidad y reposo, terminó para mí cuando era solo una niña. Debo confesar que cuando veía a alguien dormir a mi lado con un gran disfrute, me preguntaba cuándo volvería ser así para mí, cuándo podría experimentar esa sensación otra vez.

Cuando aceptamos coger de la mano la invitación de la noche y bailamos con ella un vals, dibujamos halos de luz a través de nuestros movimientos y pintamos con nuestros dedos colores sin fabricar en grandes lienzos, llenándolos de historias maravillosas, fantásticas, inimaginables. En estos grandes relatos tienen lugar las pulsaciones de nuestro corazón según discurre la historia. Podemos sufrir, reír, vivir, volar, sentir miedo o pasión. Un gran cóctel de sensaciones depositadas en un gran bote de cristal, elegidas o no por nosotros, pero que completan a la perfección aquella danza con la sombra. Como si cada noche fueras la alumna de honor en un baile de graduación, la protagonista que elige al detalle los pasos de sus pies y el balanceo de sus brazos. El cartel de acceso lleva un rótulo que todos conocemos: los sueños.

Siempre escuchamos desde pequeños que los sueños solo son eso, sueños. Son producto de nuestra maravillosa imaginación, de nuestra propia creación, cogemos un detalle de allí y otro de allá como el artista que realiza una obra a través de un *collage*. Eso es lo que hacemos cada vez que nos encontramos con el señor de la noche o, al menos, eso creía yo.

A los 12 años yo no sabía qué eran los sueños premonitorios, a mí me encantaba estar en la cama y descansar, no había más preocupaciones que las que tiene una muchacha de esa edad, estudiar, pasarlo bien con las amigas y vivir desde la inocencia. Pero la pureza y naturalidad que caracterizaba mis días se terminó. La vida me tenía preparada una serie de acontecimientos a los que yo iba a hacer frente de un modo solitario, tímido, retraído, justificando todo desde la racionalidad hasta que ya no pude dar una respuesta sensata y/o lógica. De esta manera, comenzaba mi apertura al mundo de los médiums que iría acompañada de continuos sucesos paranormales. No les puse nombre hasta hace relativamente poco. Solo sabía que todo aquello que veía cuando tenía los ojos cerrados ocurría exactamente igual, en el momento y en el lugar exacto, y con las mismas personas que aparecían en mis sueños. Aunque suene genial, para mí era una auténtica pesadilla.

Si nos preguntaran si queremos saber lo que va a pasar, probablemente la mayoría de las personas respondería con un rotundo y rápido sí. Sí a obtener respuestas acerca del trabajo, de

una relación, de nuestro dinero. En cambio, si la pregunta se formulara de otra manera y se nos consultara si queremos saber continuamente qué nos va a pasar a nosotros, familiares y amigos, e incluso sucesos de orden mundial, aun así, varios se apuntarían. Pero es importante entender de qué se trata. En la vida no solo hay flores coloridas, en ocasiones, también nos hallamos con grandes muros, construidos o no por nosotros, que cuesta mucho derribar. Muchas veces no encontramos la herramienta adecuada, no nos vemos con fuerza para sujetarla o bien nos quedamos mirando los utensilios sin saber qué hacer, años y años detrás de aquel tabique. En muchas ocasiones no hace falta coger ningún utensilio y solo es necesario cambiar de sendero, dejando de luchar por aquellas cosas que no funcionan y armarnos de valor para desviar la mirada y elegir una nueva senda, con valentía, fervor, escuchando la voz de nuestra alma y sobre todo confiando. Sabemos también que nuestro camino está relacionado con los de nuestros allegados, como el río Amazonas que conecta grandes selvas y bosques, aunque sigue una dirección propia y concreta. Si en la vereda de nuestro hermano o hermana se descubren grandes remolinos en su lecho de agua, una gran piedra o una gran cascada, nosotros les ayudaremos para hacer más suave cualquier contratiempo.

Volviendo a la propuesta de saber el futuro, ¿realmente desearíamos saber sobre las cascadas de nuestros allegados, los remolinos y las piedras que tenemos que enfrentar antes de que ocurran?, ¿a cada instante?, ¿cada vez que durmiéramos? Aunque la oferta resultaba jugosa al principio, no lo es al final. Hay bastante sufrimiento asociado al conocimiento, no siempre es lo mejor saber demasiado. Yo no tuve elección. La vida lo decidió por mí. O quizás lo hice antes de nacer, hablaré de ello más adelante. El asunto es que de pequeña empecé a predecir todo lo que me sucedería a mí y a todos los que estaban a mi alrededor hasta el día de hoy.

Aún recuerdo aquella primera mañana en que me desperté, abrí los ojos para saludar al nuevo día y ponerme en marcha, pues debía ir a la escuela. Cursaba 1ºEso en La Unió Musical, el colegio en el que estuve desde los dos añitos aproximadamente. Mientras desayunaba o parecía que lo hacía, ya que ya había abierto mi “regalo oculto”, empecé a tener una visión, que me recordó el sueño que había tenido la noche anterior. Los acontecimientos aparecían de una forma transparente, eran claros y concisos, como si viera a través de mis ojos físicos una película pasando a gran velocidad. Me quedé petrificada por un momento, observando la nada, pero en mi rostro ya se advertía un gesto de interrogación, como un detective que piensa en su mesa sobre el caso que está llevando a cabo, tratando de esclarecer algo realmente complejo y embrollado. El tiempo pasó extremadamente rápido mientras yo examinaba cada parte de lo sucedido como si hubiera parado las manillas de un reloj de pared y me hubiera sumergido en mi propia dimensión.

Mientras iba andando al colegio, trayecto que tardaba aproximadamente unos 15 minutos, me seguía preguntado por el “sueño”. Llegué a la conclusión que no era nada más que una simple fantasía ilusoria, aunque era curioso con qué lucidez se me presentó mientras tomaba el desayuno.

Era una niña sí, con la imaginación natural de una chica normal, pero también es cierto que vivía en una sociedad y cultura específica, donde los chicos recibíamos una educación que nos había enseñado a ser escépticos y racionales. Los muchachos y muchachas de mi edad ya habíamos dejado de imaginar cosas porque aquello era cuestión de bebés, y bueno, ahora tocaba estudiar, aprobar y seguir haciéndolo porque si no el futuro no era para ti. No había tiempo para

distracciones, creer en la intuición y dejarse llevar por un no sé qué del que no había explicación. Las cosas debían ser así y no de otro modo.

Cuando entré al aula, mis compañeros estaban sentados donde siempre, pero algo en sus rostros, piernas y manos me decía que estaban inquietos y nerviosos. Nos tocaba la clase de Historia que era un tanto aburrida, pero esta vez algo estaba pasando. Me senté en mi silla de alumna aplicada, en frente del maestro, con mis apuntes, rotuladores, un bolígrafo y una libreta en blanco para anotar lo que fuera —amaba escribir, me daba igual el qué, solo quería poner a bailar el bolígrafo con mis pensamientos—.

Ana, mi amiga de la infancia, se giró hacia mí y me susurró:

—¿Estás nerviosa?
—¿Por qué, qué está pasando? —Le respondí.
—Van a dar las notas, ese examen era muy difícil, ¿no te acuerdas?
—Oh, sí, es verdad —dije al recordar cuán ardua fue aquella prueba.

La profesora, Carmen, tenía un aspecto duro, era alta y ruda, pero con un corazón muy sensible. Se dirigió hacia nosotros segura y decidida y empezó a repartir alegrías, tristezas y también indiferencias. Vi cómo devolvía a cada estudiante las hojas con marcas rojas y azules, según fuera el resultado. Yo me sentía como mera espectadora en un escenario teatral, podía observar los rostros cambiantes de mis compañeros apenas recibían la hoja de vuelta. Tristeza, asombro, alegría o indiferencia eran las emociones que se respiraban en el ambiente de aquella clase.

De repente vi caer un papel delante de mí y volví a la vida real para cotejar el resultado de aquel examen: 7,5. Me quedé petrificada, absorta, congelada. Todo ocurrió justo como yo lo había “visto”, solo unas horas antes había sido testigo de lo que estaba ocurriendo en esos momentos en el salón. Pero me faltaba algo por comprobar, las notas de mis compañeras. Ahora me sentía como una investigadora y necesitaba constatar la exactitud de lo que había percibido antes. Mi sueño se había cumplido con exactitud. Todo resultaba extraño, tenía miedo, pero al mismo tiempo sentía gran curiosidad. Mi mente me decía que era pura casualidad, que la vida está llena de acontecimientos de este tipo que no tienen una explicación, pero eso no significaba nada.

Nuestro juicio funciona de esa manera, ponemos el foco afuera e iluminamos lo que ocurre en el exterior, tanto para lo bueno como para lo malo. Usualmente cuando algo sale bien, el foco está afuera, cuando nos equivocamos también, lo mismo cuando no sabemos cómo responder. Esto es lo que hemos aprendido desde que somos pequeños. Lamentablemente, dicho comportamiento es el que nos mantiene apegados a un error constante y nos convertimos expertos en proyectar la luz y no dirigir el foco hacia nosotros mismos o hacia lo que resulta desconocido o misterioso. Lo inexplorado es mejor mantenerlo en la sombra, aunque tengamos muchas ganas de acercarnos a ello. Sin embargo, a veces giramos la bombilla y descubrimos algo que no hemos mirado nunca y a eso lo llamamos intuición. La intuición es como un gran sabio con el que nunca nos tomamos un café para charlar ni menos para darnos la mano; pero que habita en nuestro interior y muchas veces nos grita y nos da muchas señales para que le hagamos caso, aunque la mayor parte del tiempo no lo vemos ni escuchamos. Al contrario, ponemos toda nuestra fe en el cerebro que nos intentará mostrar y explicar con todas las artimañas posibles el porqué de cada suceso, agregando nuevos ingredientes como el miedo, la ira y juicio hacia nosotros y hacia los demás. Un auténtico cóctel molotov para que sigamos

siendo aquello que se demanda de nosotros, para continuar viviendo con una dosis de sufrimiento cada día y cada noche, porque la vida es y ha de ser dura. Vivimos pensando en un gran futuro, a la vez que permanecemos atormentados por el pasado.

En esos momentos, la intuición llamaba a mi puerta como quien se encuentra en medio de una tormenta y se topa con una casa acogedora y con luz. Sentía una gran necesidad de abrirla, dejarla entrar, prepararle una taza caliente de té y sentarme a hablar con ella. Eso era lo que yo sentía que debía hacer, pero mi mente creaba dudas y más dudas que le impedían el paso a este nuevo tipo de lucidez. Al final no la dejé entrar, pero sí me asomé por la ventana y le proporcioné un paraguas.

La verdad es que mi trayecto con el *ser intuitivo* ha sido así. Coloqué una silla delante de la ventana y a veces me sentaba a mirar, sabiendo que el sabio que habitaba al otro lado tenía las respuestas a mi sensación de vacío. No obstante, el miedo me paralizaba y así estuve 29 años de mi vida, acercándome a la puerta y volviendo a la silla. Incluso en ocasiones mis familiares cerraban las cortinas, alzando la bandera de la racionalidad con sus tajantes afirmaciones, lo que inevitablemente hacía que me sintiera cada vez más perdida.

Yo sabía que había algo más que la mera eventualidad en aquella experiencia, ya que todo sucedió con tal exactitud que tuve la sensación de haber visualizado dos veces la misma escena de una película. La verdad que aquel día no pude dejar de pensar una y otra vez en lo que había ocurrido y preguntarme si volvería a pasar. Por una parte, el miedo me invadía y sentía que era mejor que no se repitiera, aunque dentro de mí podía escuchar una palpitación constante y suave que me susurraba que solo era el comienzo de una vida dedicada a ello.

Se hizo de noche y tenía un poco de hambre. Me había saltado el desayuno y el almuerzo e iba muy bien con mi plan de no comer las comidas principales, convencida de que ello me traería la felicidad y llenaría el vacío. Con argumentos de este tipo acallaba el ronroneo de mi estómago cuando este se hacía muy presente.

Por las noches, la sombra de aquella mujer seguía visitándome, estaba ahí, junto a mí. Podía sentir su respiración y su presencia. Paralizada en la cama podía darme cuenta de que la pesadilla continuaba.

Capítulo 4

Un aroma envenenado

Tenía delante de mí un plato lleno de lentejas. Ahí estaba yo, la mesa, el plato y mi cabeza… mi maldita cabeza. Acababa de volver del instituto, estaba sola como cada día porque mis padres trabajaban y mi hermana estudiaba.

Tenía un hambre atroz de aquella que casi no deja respirar, ni hablar, ni mirar otra cosa que no fuera comida, pues mi cuerpo casi aullaba pidiendo alimento. Mi boca se llenaba de saliva y me decía que de una vez cogiera la cuchara, la introdujera en el plato y sintiera el sabor de aquel manjar. Antes lo habría hecho, pero ahora que había abierto el regalo oculto ya no podía. No había vuelta atrás. Es como si al haber destapado la caja emanara de ella un perfume que impregnaba cada célula de mi piel y que me obligaba a querer más y más. Algo similar a lo que ocurre cuando sentimos un olor familiar y nos dejamos transportar por él a otro mundo. La gran diferencia es que esa fragancia se fue volviendo veneno y actuaba cada vez más en contra de mi voluntad de escape. Mi cabeza se iba convirtiendo en una esclava de esa loción y tenía la misión de introducir el veneno sigilosamente hasta llevarme a la muerte.

Mi mirada se quedó fija en el plato durante minutos, como si alguien hubiera puesto pausa y yo hubiera quedado petrificada unos instantes. Escuché una voz que venía de mi cabeza intoxicada y me comunicaba que, si se me ocurría comer alguna cucharada, el vacío que sentía aún sería más grande. Me había comprometido y no podía dejar atrás mi felicidad garantizada, además sentía que mi cuerpo cada día estaba peor, lleno de defectos y a punto de ser presa fácil para las burlas de los demás.

Esa afirmación tóxica hizo que pestañeara, me levantara con decisión y cogiera el plato, apagara mi hambre y decidiera deshacerme de él como si de un cadáver se tratase. No podía crear sospechas, pues nadie en mi familia aprobaría algo semejante. Si lo tiraba a la basura se darían cuenta y lo tendría más complicado para seguir con mi plan. Pensé con el plato entre mis manos, lo rodé, lo giré una y otra vez sin saber qué hacer… de pronto ¡eureka!, ya lo tenía, la solución perfecta para el plan perfecto, lo tiraría por el váter como si fuera escoria y así no dejaría rastros de comida en la casa.

Contenta y decidida me dirigí al baño y arrojé su contenido en la taza, tiré de la cadena y el problema se fue absorbiendo poco a poco hasta desaparecer. Me sentí orgullosa, contenta, sentía que esto iba a ser tan fácil. En poco tiempo más sería muy feliz y con suerte también desaparecerían mis pesadillas en la noche.

El hambre es un gran enemigo, pues no te deja pensar más allá, ni estudiar, ni relacionarte con nadie si primero no introduces algún alimento en tu estómago. Con la anorexia, la mente se vuelve osada y valiente buscando soluciones y artimañas engañosas que hacen que apagues tu apetito como si de un interruptor se tratase, y que además te sientas segura y poderosa por ello.

No dejé la alimentación al instante, los crímenes perfectos forman parte de un guion magistral

con toques sigilosos, palabras silenciosas y una banda sonora muda que no deja rastro ni huellas en el resultado final. En este proceso, las revistas eran mis aliadas. En aquellos tiempos no teníamos ordenador en casa y estas publicaciones eran las que nos acercaban al mundo. Recuerdo grandes titulares: “Alimentación saludable”, “Pierde peso rápido”, “Alimentos a eliminar de tu dieta”, “Operación bikini”, etc. Hacía exactamente lo que decían aquellos “nutricionistas”, de los que no se sabía ni el nombre y que seguramente eran los redactores que escribían consejos nutricionales sin ningún tipo de cuidado ni consecuencia. Curiosamente solo aparecían mujeres en aquellas portadas, perfectas, con vidas maravillosas y cuerpos de escándalo. La prioridad era estar lo más delgada posible para acompañar al éxito, aunque esos estereotipos solo crearan mujeres exactamente iguales, como robots en una película de Will Smith.

La presión a la que estábamos sometidas las personas de género femenino era absolutamente cruel y grave. La exigencia de un físico seductor para ocupar los mejores puestos laborales y sociales o para obtener pareja como un ticket en la feria hizo que muchas mujeres se enfadaran con su cuerpo y desearan despellejarlo para poder comprarse otro de mejor calidad. Y digo *estábamos* porque, aunque sigue existiendo mucho trabajo por hacer, la sociedad, gracias al pensamiento feminista, ha ido tomando conciencia del genocidio que el patriarcado ha perpetrado hacia las mujeres. Ahora muchas nos encontramos pisando y gritando fuerte por una merecida igualdad, priorizando un cuerpo con gran vitalidad y, sobre todo, un corazón comprensivo y empático que sea capaz de mover otros corazones. Lentamente, las portadas las van ocupando actrices de todo género, la belleza ya es relativa y algunos diseñadores han contratado mujeres con curvas y sanas, dejando de promulgar una belleza insana y enfermiza, que muchas niñas adoptamos años atrás como imagen de la auténtica perfección.

“Con lo alta y guapa que eres, podrías ser una modelo de pasarela y revista, no sé por qué no te presentas”. Esta frase, la escuché cientos de veces de la boca de conocidos y no conocidos, y para mí se convertía en una dosis de veneno extra-plus XXL que mi anorexia acogía con gran amabilidad y fervor para seguir hundiéndome más en la miseria. Claro, es verdad, yo medía 1,72 en aquellos tiempos con solo 12 años, las mujeres de pasarela eran altas, pero vaya que me faltaba algo muy importante: la extrema delgadez. O eso al menos creía yo. Entonces, otra vez cogía una revista, un espejo, me desnudaba y empezaba la comparación número 150 de mi cuerpo.

Los alimentos los fui eliminando como si fueran enemigos en mi vida. Aquellos que más engordaban los sacaba a alta velocidad, la idea era quedarme solo con los que tenían pocas calorías y, por lo tanto, menor posibilidad de proporcionar grasa a mi cuerpo. Todo este proceso fue paulatino, pero la “tranquilidad” que me daba ir clasificando los nutrientes según su valía para adelgazar, pasó realmente rápido. Una obsesión que venía como lazo en el regalo oculto.

Debo hablar de esa especie de parásito que lleva consigo la anorexia y que no deja que puedas ver más allá ni conectar con lo que tu ser intenta decirte. La enfermedad invade cada neurona de tu cerebro como lo hace un tsunami, rápido y feroz sin que te des cuenta qué ha podido pasar, simplemente cuando giras la cabeza ya está todo absolutamente destruido. Para volver a construir cada cimiento, cada árbol, cada sentimiento, cada emoción perdida, cada flor… tendrán que pasar muchos minutos del reloj vital, porque sí, este parásito se reproduce de un modo muy acelerado y repentino.

Nunca me interesé por nada, tragaba aquello que me ponían en el plato y aunque sí fui mala comedora desde niña, no era por razones estéticas. La obsesión entró como parte del regalo y se encargó de permitir que el veneno penetrara en mi cabeza. Me hice una verdadera experta de las etiquetas de los alimentos. Me pasaba horas en el supermercado para tener claras cuántas calorías podía tener mi poca comida y, por lo mismo, realizaba cálculos para obtener un resultado óptimo y así establecer cuántas tendría que quemar mi cuerpo para no subir números en la báscula. En casa también hacía lo mismo, llegué a atormentarme tanto que ya no podía comer nada que no hubiera pasado por aquel filtro numérico y vivía en una auténtica pesadilla, pero no era nada comparado con lo que me esperaba.

Cuando me despertaba tras aquellas noches tan mal acompañada por las presencias nocturnas estaba sola en casa, todos madrugaban y yo era la última en cerrar la puerta. Yo y la anorexia ya habíamos realizado los planes para despistar a mis padres. La leche con el Nesquik la tiraba por el lavadero de la cocina y las galletas las envolvía en papel y las arrojaba a la basura fuera de mi casa. Así es como ideé también aniquilar el almuerzo que con tanto amor me preparaba mi padre antes de irse a trabajar. El basurero verde me miraba, me hablaba y me preguntaba si estaba segura de lo que estaba haciendo. Sentía como una especie de juicio moral, un mal sentimiento que entraba en mis venas y que se quedaba unos segundos dentro de mí, pero yo automáticamente lo bloqueaba como un virus en el computador. Porque sí, yo sabía que me estaba equivocando, no era la basura la que me hablaba, sino mi ser, mi espíritu y mi alma, pero yo desgraciadamente apagaba sus voces.

Mi cuerpo, el cuerpo humano es tan bello en su creación. Siempre he relacionado la anatomía con aquellas montañas estacionadas en la altitud de la tierra, majestuosas e imponentes como las que visité en un viaje a Perú que hice años después. En sus recovecos crece una tupida capa de vegetación, las flores, sin importar sus colores, dibujan la perfección en sus pétalos, todo converge como en una sinfonía cantada por ángeles. La vida posee una unicidad magistral de la que formamos parte y nuestra estructura humana es la que nos permite disfrutar de ella. Es así como yo concibo ahora el cuerpo, porque en aquel tiempo era absolutamente lo contrario.

Capítulo 5

La señora de negro

Iban pasando los días, pero de repente, sin más, ya no sabía lo que era sentirme sola, aunque sí lo estuviera de forma física. Encontrar siempre que “alguien” me observaba, continuamente, sin descanso, sin pausas y sin apenas dejarme respirar era algo a lo que me acostumbré siendo una adolescente, pero lo hice a través del miedo, tema que tuve que sanar posteriormente. De hecho, nunca más estaría sola, aunque supiera dónde se encontraba aquella presencia y mirara una y otra vez al punto exacto de la habitación buscando a alguien ahí, su imagen llegaba a mi mente como si se tratara de una pantalla de televisión. Pasaría un tiempo, para que aquella señora de negro se mostrara ante mí y supiera su identidad a través de mis sueños, pero mientras tanto aquel período fue un auténtico infierno.

En el año 2001, tener una radio con casete era algo maravilloso porque podía escuchar lo que quería cuando tenía un rato libre para distraerme o bien cuando me quedaba pensativa mirando por la ventana, sintiendo algo que aún no entendía de mi ser. La radio estaba encima de mi escritorio al lado izquierdo, allí tenía su gran sitio privilegiado. Aún la recuerdo como si la tuviera delante, azul claro con gris y de tamaño mediano, con su ruedecita para subir y bajar el volumen y un botón que al deslizarlo hacia arriba o hacia abajo la encendía o apagaba. Cuando pienso en ella se mezclan varias emociones: nostalgia y terror, porque sí, aquel aparato electrónico logró convertirse en mi mayor enemigo, en miedo, en rechazo y en pavor, al punto que ya no podría usarlo nunca más, ni siquiera acercarme a él.

Siempre hemos entendido y así nos lo han hecho ver, que solo los seres vivos portan energía, es decir, los animales, los seres humanos, las plantas, etc. Lo creemos así porque podemos ver claramente su crecimiento e interactuar con ellos, ya sea de manera activa o pasiva, pero científicamente factible. Lo que nunca nos explican es que todo en este planeta se sostiene con la vibración energética, aunque esté muerto o sea un objeto inanimado.

Ese día me encontraba delante de la radio sin apenas poder moverme. Mis rodillas estaban arqueadas y mi cabeza fija delante de aquel aparato, parecía que alguien me obligaba a contemplarlo. Empecé a percibir un olor desagradable y si os digo la verdad lo relacioné al instante con la vejez. Podríamos decir que cuando alguien fallece tiene su propio olor como si de una flor marchita se tratase. Me asusté porque ese aroma amargo iba acompañado de una presencia que casi me impedía respirar y quedé entumecida. Sentí claramente que se trataba de una mujer muy mayor. Algo me dijo que era así, no entendía por qué, pero lo sabía con certeza y miedo al mismo tiempo, no obstante, para mayor seguridad se me presentó una imagen. Esta no era producto de mi imaginación o de algo que hubiera visto durante el día. Era como la escena de una película que se quedaba en mi pensamiento durante solo unos segundos que parecían eternos, pero que me permitían identificarla con total nitidez.

Mis ojos estaban abiertos, brillantes, la vista fija en el botón de la radio que marcaba el *off*. Sin más, sin ningún objeto, sin nadie que yo pudiera ver, vi cómo se alzaba aquella clavija para

quedar en *on*. Al segundo, mis ojos se movieron hacia la derecha porque percibí un movimiento que seguía sucediendo sin control alguno: la rueda azul del volumen de la radio se giró con fuerza y rapidez hasta alcanzar el máximo y pude percibir el enfado que había detrás de aquella acción.

Me asusté, mi cuerpo tuvo que reaccionar para detener aquella situación insólita y terrorífica. Paré la radio, puse todos los botones donde debían estar y me fui corriendo espantada de aquella habitación. Alguien me estaba queriendo asustar, buscaba hacerme daño, o tal vez quería comunicarse conmigo, pero yo solo deseaba que se acabaran aquellos episodios, que mis noches fueran placenteras y que pudiera vivir como una adolescente. Una chica más, cuyas preocupaciones se basaban en gustar al chico de turno o leer revistas con sus amigas, comprarse golosinas y reír en un parque sin más, pero mi vida no era ni iba a ser así nunca.

Cuando ahora escucho conferencias de médiums, videntes o personas con alta sensibilidad todas coinciden en que la fase más dura de sus vidas fue en la adolescencia. Ningún joven busca destacar por alguna característica física o psicológica fuera de esa "normalidad". Los continuos sucesos paranormales que los acechan en aquella etapa complican sin duda el desarrollo óptimo del individuo y crean grandes dificultades para quien los padece. La aceptación por parte del entorno familiar o cercano de los hechos ayuda muchísimo a sobrellevar este tipo de dones o estados, pero yo no encontré ese apoyo hasta cerca de los 30 años de edad.

Pero volvamos a aquella habitación. Cuando mis piernas reaccionaron, con mi corazón latiendo fuertemente, caminé a paso acelerado hacia el lugar donde estaba mi madre. Recorrí el pasillo con la mirada al frente y me senté en el sofá con el rostro blanco de miedo, producto de lo que acababa de vivir. Siempre acudía a ella, callada, sin decir nada, sin contar absolutamente ningún detalle. Tenía la esperanza de que gracias a su intuición de madre adivinara qué le estaba ocurriendo a la pequeña de la casa, pero lamentablemente esto nunca pasó.

Aquella tarde íbamos a visitar a mi tía Amelia y a su hija Ángela, dos grandes mujeres, seres humanos con un gran corazón lleno de amor y compasión, pero debo añadir una característica más: ambas eran grandes médiums y videntes. Amelia, desde niña ya sabía lo que era ver seres que no estaban aquí. Su historia empezó con tan solo ocho años, cuando un señor vestido con traje se puso junto a su cuerpo para que ella lo socorriera y aun siendo una niña, debía hacer algo para ayudarle. Aquel hombre se encontraba en una especie de laberinto sin salida, no podía marchar sin antes arreglar algo pendiente en la tierra, por lo que necesitaba con toda su fuerza ayuda y eso lo llevó a encontrarse con la gran luz de mi tía.

Ese ser estaba perdido en este mundo terrenal y solo requería auxilio, pero aquella jovencita no supo qué hacer, qué decir o cómo contarlo, y en poco tiempo Amelia dejó de comer y de hablar, el miedo y la impotencia se apoderaron de ella con tal facilidad como lo hacen las nubes con el sol. Desapareció, se fugó dentro de su mente y abrazó su ser esperando respuestas que nunca llegaban hasta que contó la verdad. La verdad de ver a un espíritu que tenía que ayudar. Algo le dijo que realizar una misa e incluirlo a él en sus oraciones era lo correcto y mientras estaba sentada en el reposo eclesial se giró y allí lo vio mirándola con agradecimiento. Tras sus rezos, Amelia pudo ver cómo aquel señor se marchaba hacia la luz agradecido de todo cuanto hizo por él.

Ángela, una madre para mí cuya característica principal es su dulzura y su sonrisa especial; un

ser único al que solo se le debe agradecimiento por el simple hecho de existir. Dueña de un particular sentido de humor, hizo que las risas fueran su gran escudo de poder ante las dificultades que tuvo que enfrentar, como le ocurría a la mayoría de los médiums en aquellas épocas. El terror se apoderó de ella desde pequeña y experimentó acontecimientos espantosos por la falta de comprensión.

Con mi madre aquel día recorrimos en silencio el trayecto al hogar de mi tía. Recuerdo mi rostro pálido, trataba de pedir ayuda de algún modo, pero el miedo paralizó todas las preguntas por resolver y simplemente fui. Me quedé sentada en una silla mirando a mi tía y a su hija, pidiendo auxilio a través de mis ojos, mientras las palabras permanecían silenciadas en mi alma. Aquella escena se repetiría cada día, a cada instante, mientras escogiera recogerme en mí y esconderme dentro de mi propio mundo, lleno de preguntas inquietudes y desasosiego.

Gritaba internamente que alguien pudiera ver aquel sufrimiento y la pesadilla que estaba viviendo y me sacara de aquel agujero negro al que nada más acababa de entrar. Quería que un ángel me acogiera con sus alas, me abrazara y me protegiera de todo peligro, pero yo ya había grabado una frase en mi mente que me impedía hablar: “si cuento algo, ella me hará más daño”.

El miedo habló y se quedó en mí empequeñeciendo a mi persona e impidiendo que mi ser, la energía y la luz pudieran contra la oscuridad. Así es la fuerza del terror, así es como de repente sin saber, le damos la mano y quedamos atravesados por una especie de lanza que nos impide realizar algún movimiento, paradójicamente solo nosotros podemos romperla con amor, luz y confiando en el universo.

Mi habitación era para mí un lugar sagrado en el que había depositado mi energía, mis vivencias, mis lágrimas, mis ilusiones y mis penas. En aquel sitio había escrito parte de mi vida, como una poetisa en sus hojas viejas, pero con esto que ocurría dejó de ser la misma. Una luz llena de oscuridad ocupó cada parte, el frío invadió cada rincón de aquel espacio y yo solo deseaba huir, así que lo hice.

Mis padres nunca supieron la razón real por la que yo de un día para otro decidí cambiarme a la habitación de juegos e invitados. Un rincón pequeño que se ubicaba en medio del pasillo y estaba lleno de estanterías con varios objetos que no tenían etiquetado un lugar y, por lo tanto, se ponían encima de aquellas repisas. La cama era realmente estrecha y un poco corta y al frente había una televisión muy pequeña. Una ventana reducida mostraba unas vistas poco agradables hacia un patio en común con la vecina de abajo, cosa que no me hacía realmente feliz. No obstante, dicha habitación se convertiría en una gran confesora de mis historias de terror, de noches sin dormir y de grandes cantidades de sueños premonitorios. En ella viviría años hasta que pudiera despedirme de todo. Pensé que dejándole la habitación a la señora de negro ella me iba a dejar descansar, lo cual claramente no fue así.

Los momentos en que me quedaba absorta y tranquila, dejándome llevar, se acabaron por un tiempo y solo me la pasaba rezando para mantener la luz en esta nueva estancia, pero sobre todo en mi alma. Las horas que estaba en mi escritorio componiendo poemas, jugando con las palabras, haciéndolas bailar de un modo sutil, pero a la vez juguetón, también se habían terminado. Sin saberlo había algo que estaba anulando mi ser e impedía que yo caminara y fuera por la vida de un modo libre. En conclusión, yo ya no era la misma, alguien era parte de mí sin que yo le hubiera dado permiso.

Estaba acostada en mi cama, esa especie de cavidad estrecha y angosta que ahora era mi trinchera. Tapada hasta el cuello, intentaba con una sábana esconderme de la oscuridad de la sombra y al fin me dormí. Mi alma guardaba grandes cantidades de acontecimientos premonitorios que yo podría recordar al día siguiente, pero esa noche sin más me desperté. De modo repentino, me puse en alerta. Con los ojos abiertos y la mirada fija, mi corazón palpitaba a un ritmo descompasado, aunque mi ser solo quería permanecer en la llama de la paz y la luz. Un frío hostil cubría mi cuerpo como en una noche de invierno. Un aliento seco, insensible y gélido rozaba mi rostro con la intención de paralizar mi organismo, esto iba acompañado de la presencia de un alma perdida que manifestaba su enfado ancestral. La sentí entrar en mi refugio con una intención clara y directa. Se sentó al lado y pude sentir su mirada llena de cólera clavada dentro de mi alma.

Ella, la mujer de negro, estaba de regreso, si es que alguna vez marchó. La podía ver perfectamente. Iba vestida con una falda hasta las rodillas de color negro, medias carne, zapatos negros y una blusa color blanco hasta el cuello que cubría con una blazer con hombreras de color negro. Me recordaba a las antiguas señoras que procesaban misa en sus iglesias con tristeza y dolor por una pérdida en la familia.

Gritaba, lloraba hasta la exasperación, sentía su rabia, su enfado. Sin más, sin saber cómo, el control y el movimiento de mi cuerpo me fue arrebatado. Mi anatomía se convirtió en una gran baldosa de hierro que no podía accionar y mis cuerdas vocales quedaron apagadas como lo hace el invierno con el calor. Pánico, temor, espanto se adueñaron de mí como ocurre con los pájaros cuando son acechados por una presa.

Pensé: mi madre, ella me podía salvar, ella vendría a mi rescate. Su nombre retumbaba dentro de mi cabeza como el eco en una cueva milenaria, necesitaba de su presencia para que me salvara y me acunara como en los años en que fui su bebé. Clamaba su nombre e intentaba sacar toda mi energía, pero algo o más bien alguien impedía que pudiera moverme con normalidad. No estoy segura si aquel estado duró 10 segundos o un minuto, pero para mí era una eternidad. Cuando lograba respirar, podía volver a sentir el control sobre mi cuerpo, pero entonces el sufrimiento se apoderaba de mí y las lágrimas caían hacia mi boca. No fue la primera vez que experimenté estos estados de parálisis y miedo extremo, de hecho, ocurrieron muchas veces más, hiriendo mi cuerpo y mi alma en el camino. Ahora sé que se trataba de parálisis del sueño y aquellas eran las primeras experiencias de muchas que tendría.

Parálisis del sueño

Fue mucho tiempo el que tuve que pasar para entender lo que para mí era lo más terrorífico; no poder moverme ni pedir ayuda, sintiendo que iba a morir. A lo largo de mis experiencias como médium y tras toda la información recibida de los espíritus pude saber qué es lo que ocurre.

El alma sale repetidas veces del cuerpo, en búsqueda del contacto con el astral y lo hace en su mayoría en la fase REM (movimiento ocular rápido). Esta fase representa el 25 % del ciclo del sueño y ocurre cada 90 minutos aproximadamente, lo que da pie al ciclo completo de sueño. Durante esta, las ondas cerebrales son más espaciadas y lentas, la persona sueña y su actividad cerebral es mayor.

En este ciclo ocurren sueños vívidos y los episodios suelen durar de 5 a 30 minutos en promedio. Durante esta fase es muy difícil despertar a la persona con estímulos sensitivos. El cuerpo yace en absoluto y los sentidos físicos están en su apogeo de descanso.

Una vez el alma ha salido del cuerpo recordemos que no existe el espacio y el tiempo como lo conocemos en las demás dimensiones. Por lo que un minuto de vivencias en el astral pueden ser como cinco horas y, al contrario. Así el alma retorna al cuerpo, lugar y cobijo necesario para seguir experimentando el plano terrenal, el plano de la materia, el tiempo y el espacio. Lo hará a través del empuje de su cordón de plata. Este, según sea la vibración del alma, podrá llegar a lugares donde se le permita adquirir conocimiento. Cuanto más amor esté impregnado en el alma, más sabiduría podrá adquirir en el plano de la materia y a más lugares con altos niveles de vibración podrá ir. Simplemente si alguna información puede desestabilizar nuestro camino no se nos va a proporcionar. La sabremos cuando estemos listos.

Por lo tanto, si los sentidos físicos del cuerpo humano se despiertan antes de que el alma se haya introducido en el cuerpo nuevamente se genera un choque energético. Y de ahí es la llamada *parálisis del sueño*. Es algo así como si se quedaran dos televisores prendidos con contenido diferente. Si la persona no comprende lo que ocurre entra en un estado de miedo y de pánico lo que impide de algún modo que el alma ingrese otra vez en su vehículo. Esto no tiene ningún tipo de peligro. El alma hace salidas continuas incluso en meditaciones donde alcanzamos dicho estado alterado de consciencia. Y siempre va a volver, excepto con la muerte que se rompe el cordón.

Sin embargo, es en esos instantes donde parece que estamos entre dos planos que podemos ser conscientes de todo cuanto acontece en la otra dimensión. Podemos ver a nuestros seres queridos, a seres amorosos que estén en nuestra habitación o también las sombras que provienen de los propios miedos. Todo ello en un “parón del tiempo” porque también estamos viviendo y sintiendo aspectos de la otra dimensión, de nuestro hogar.

Cuando te suceda algo así, respira profundamente y visualiza cómo tus chacras se abren para dar cabida otra vez a tu alma. Desde la calma y la tranquilidad, entendiendo de que solo se trata de un proceso más. No entres en pánico, ya que ello puede bloquearlo por un momento, e imagina mejor cómo tu alma entra por tu chakra corazón o tu chakra plexo solar. Pide ayuda a tus guías si es necesario. Cuanto más profundices en tu despertar espiritual menos veces te ocurrirá.

Las almas perdidas

Gracias a la presencia de una gran maestra que apareció en mi vida muchos años después, pude entender lo que me ocurría desde que era niña. Irma, una gran astróloga de la que os hablo más adelante me explicó de que se trataba de almas que se encuentran perdidas en nuestro plano, almas y seres desorientados, que sin saber muy bien qué hacer o dónde ir intentan comunicarse con nosotros del modo que pueden. Esos seres saben que quienes gozamos de una sensibilidad más desarrollada podemos entender todo lo que nos dicen o nos quieren hacer sentir. De ahí la insistencia de aquella mujer hacia mi persona. Al fin y al cabo, solo pedía ayuda, a pesar de la forma como lo hacía. Era la forma que sabía y podía en ese momento.

No quiero decir que cada vez que nos encontremos mal o tengamos una sensación desagradable

o bien no nos funcionen las cosas en nuestra vida haya un espíritu detrás de ello. Debemos eliminar ese tipo ideas, pues nos hacen justificar las desgracias en nuestra evolución, las que la mayoría de las veces son producto de nuestra limpieza karmática, pero también de las vibraciones que emana nuestro ser. Todo lo que hacemos y pensamos lo atraemos con fuerza hacia nosotros, por lo que debemos cuidar nuestra salud álmica para gozar de una vida de abundancia.

La vibración de nuestra alma funciona como unas ondas que transmitimos en todo momento, la podemos llamar aura, es como una luz que nos rodea, y que expresa el estado de nuestro ser. Nuestro ánimo y, sobre todo aquellos pensamientos que generamos hacia nosotros mismos y hacia los demás, juegan un papel crucial y determinarán la forma y el nivel de dichas oscilaciones áuricas. Si vivimos en un estado de amor consciente, abriendo nuestra alma a cada hecho que se nos acontezca con el fin de ayudarnos en nuestro crecimiento y en el de los demás, la vibración sin duda será elevada, consistente y resistente.

Como el peregrino que sujeta un candil en sus manos, con pies ancianos, corazón humilde y sabiduría, va alumbrando en todo momento no solo sus huellas y cicatrices, sino también la de los hermanos que se va encontrando en el camino. Heridos, machacados, desorientados o paralizados, aquel caminante proporcionará su corazón a través de sus manos para alzarlos y recordarles que hay que seguir andando en el sendero y en la luz de Dios. Porque la semilla divina la portamos todos y la separación de seres no existe nada más que en el círculo del odio y de la lucha del ego. Todos somos Uno, todo del otro está integrado en uno mismo y todo, incluso cada detalle de nuestro inconsciente está conectado en cada uno de nosotros como una telaraña tejida a la perfección. Si en dicha red hilada dejamos caer una gota de un color rojizo, automáticamente la tinta se difuminará por cada una de las conexiones de un modo sutil, suave y dulce, dejando plasmado su color en la totalidad. Seamos pues caminantes de luz, seamos amor y vibremos en su estado.

Si por el contrario nuestros razonamientos se sostienen en brazos del enjuiciamiento, del odio, del rechazo y del miedo, la melodía de nuestro ser bajará de intensidad hasta apenas escucharse y las ondas se ensuciarán como lo hace una camisa blanca con el carbón en una mina. Manchado y distorsionado, nuestro ser divino podrá ser agarrado por las zarpas oscuras, que nos hundirán en los más negros suburbios de nuestro propio yo, haciendo que caigamos en adicciones, en perdiciones o incluso optando por el suicidio.

Como dentro de un ascensor, si podemos pulsar y acceder al quinto piso de un edificio gracias a nuestros actos y siendo amor, estaremos más unidos con los seres de luz que nos proporcionarán experiencias que nos ayudarán a crecer espiritualmente y, por lo tanto, estaremos más cerca de nuestra misión y del sendero de luz, y de aquello en lo que vibremos y que nos haga inmensamente felices. Abriremos la puerta y entraremos en un hogar donde iremos descubriendo personas en la tierra que nos ayuden y nos acompañen, así como regalos del universo envueltos en trabajo, salud y amor, pero también muchas experiencias que nos permitan seguir subiendo pisos en el ascensor de la vida. Nosotros con nuestro libre albedrío decidimos si quedarnos eternamente en un piso, si bajamos al sótano o subimos y seguimos creciendo hasta conseguir el preciado ático eterno junto a los ángeles: el nirvana o la no reencarnación.

No es fácil cambiar de “vivienda” y alzar los pies para subir los escalones hacia ella. Es

probable que nos tengamos que armar con herramientas de lucha como los guerreros en batalla y superar aquello que la vida nos propone. Todas estas son pruebas que nosotros antes de nacer hemos aceptado vivir para crecer espiritualmente y trabajar ciertos aspectos que le faltan a nuestra alma, tal como lo hace un estudiante con las asignaturas que le quedan pendientes de otros cursos. Porque lo que más importa es cuánto nos conocemos, cuánto nos elevamos y cuánto actuamos desde el amor hacia nosotros mismos y hacia nuestros hermanos y hermanas. Si sabemos que hay algo más allá de la muerte, sabremos que no nos llevamos a cuestas las inversiones inmobiliarias que generamos ni el dinero invertido en nuestra cuenta bancaria, sino los actos de estima que realizamos con caridad y fraternidad.

Está bien sentir enfado, ira o tristeza mientras estemos viviendo en un determinado “piso”, pero no nos podemos entregar a dichos estados y quedar eternamente expuestos a ellos. Los debemos abrazar, ya que son parte de nuestra vida, reconocerlos y dejarlos ir a través de pensamientos y acciones positivas. Cuando nos encontremos en el peldaño de arriba miraremos hacia abajo con orgullo y nos daremos cuenta de aquello que somos ahora es gracias al pase de ciertas circunstancias vividas.

Tomar consciencia de todo lo que va aconteciendo es un gran regalo, como cuando decidimos descalzarnos en el campo y sentir aquello que nos da la madre tierra. Bailar sobre la humedad de las flores, su aroma, ser consciente del parpadeo de las alas de los pájaros, la luz y el calor del sol sobre nuestra piel mientras recorre nuestro rostro. Una coreografía armada a la perfección que nos regala grandes inyecciones de paz, tranquilidad y armonía.

Cuando el miedo y el ego juntan sus manos construyen una gran esfera que persigue a nuestra mente; y si la dejamos operar, la perdición se queda en nuestro camino. Por ello inmediatamente nuestras vibraciones llegan a niveles tan bajos que sin darnos cuenta empezamos a vivir en los subterráneos de una vivienda vieja, sucia y gastada. Cuando nos sentimos extremadamente tristes, víctimas del universo, quedamos atrapados en la soberbia del yo, ubicamos a nuestra alma en un segundo plano, aunque esta nunca deje de advertirnos lo importante que es seguir nuestro corazón.

Es pues fundamental mantener la vibración de nuestro ser como si de una llama incandescente se tratara, nutriéndola con buenas dosis de amor, abrazos de bondad y muchas acciones positivas que generen una alta elevación. Si plantamos una semilla en lo profundo de la tierra, esta germinará si la cuidamos adecuadamente y nos brindará flores, aromas, oxígeno, en definitiva, vida.

En conclusión, aceptemos toda situación como está sucediendo, porque, aunque no lo sepamos, todo tiene una razón. Asumamos con resignación y paz y no nos olvidemos nunca de generar amor y agradecimiento, tanto si es una experiencia complicada como si es dulce o suave. Cada pequeño detalle representa una oportunidad de avance y evolución, pero nunca debemos olvidar que somos cocreadores de dichas experiencias, por lo que somos responsables en gran parte de aquello que nos sucede a nuestro alrededor. Seamos pues protagonistas de nuestro propio film de vida, evitando que nuestro dedo índice culpe a los demás de aquello que nos pasa. Recordemos aquel proverbio: “cuando apuntas con el dedo, recuerda que tres dedos te señalan a ti”.

En el mundo de los sueños ocurre lo mismo y ahí es cuando también entra el universo de los espíritus. Cuando dormimos nuestra alma sale de nuestro cuerpo de modo libre, liberándose del

cuerpo encarcelado. Fugaz, encuentra a otros seres y viaja a otros lugares, acogiendo información sin la carga pesada de la mente. Lo puede hacer a través del llamado *cordón de plata*, un hilo el cual une a nuestro cuerpo físico y que no se puede romper ni lastimar. Esto solo ocurrirá cuando la muerte pronuncie nuestro nombre en la hora y día exacto que nos corresponde. En ese momento, el hilo de plata se desprenderá como lo hace el cordón umbilical en el nacimiento y el alma viajará según la vibración existente al "lugar" que vibracionalmente nos corresponda. Como explicaba anteriormente, esas ondas son creadas por nosotros mismos dependiendo de nuestros pensamientos, además de nuestros actos, porque ambos siempre van unidos.

Es importante saber que todos soñamos cuando los ojos nos piden el descanso, aunque haya personas que no se acuerden. Aquel que confiera a su alma un lugar privilegiado, medite o pida señales al universo las recibirá, estas se pueden manifestar de diferentes formas, por ejemplo, se puede encontrar con un ser fallecido o tener un sueño premonitorio como me ocurre a mí. Porque este es un modo en el que las almas que están en un lugar intermedio pueden compartir información, y lo mejor, los familiares que ya no se hallan aquí pueden venir a darnos un simple abrazo o una palabra de tranquilidad.

Cuando los espíritus saben que la persona tiene dotes sensibles o mediúmnicos les es mucho más fácil acceder a ella, ya que las puertas de su ser entre el cielo y la tierra se encuentran más abiertas y la vibración es más cómoda para llegar. Como si en un viaje planeado de verano cogiésemos un coche muy confortable y una carretera amplia sin apenas tránsito. También es importante aclarar que los espíritus tienen formas muy diferentes de comunicarse. En mi caso siempre ha sido de un modo claro, simbólico y veraz, pero hasta que no pude comprender y ordenar lo que estaba pasando, lo vivía como una horrible pesadilla.

Desde mi experiencia, poseyendo dotes mediúmnicos, me doy cuenta de que si mis vibraciones se encuentran elevadas, subo con facilidad y los seres de luz bajan para proporcionarme información premonitoria de todo tipo, tanto mía como de muchas personas o bien de sucesos globales. Mientras que, si son bajas, como lo eran anteriormente por el miedo, bajaba a los profundos sótanos donde me encontraba con aquellas almas perdidas y, por lo tanto, experimentaba situaciones o viajes astrales muy desagradables.

Para aquellos que no dispongan de un don desarrollado, aunque todos en nuestro ser somos almas intuitivas, es importante tener una rutina de sueño para que nuestro descanso sea óptimo y para que obtengamos sueños o algún mensaje del universo con consciencia y tranquilidad; porque todas las personas soñamos, pero si nuestra mente está limpia de noticias desagradables o películas de terror podremos tener sueños de gran calidad y una noche agradable. Por lo tanto, es importante tener lo llamado "higiene del sueño" dos horas antes de irse a dormir.

Es importante recordar que todos y cada uno de nosotros portamos dotes de sensibilidad en nuestra alma y todos podemos llegar a desarrollarlas. Un ejemplo son los niños que con solo cuatro años consiguen tocar música como no lo haría un aprendiz con horas y horas de estudio encima. Cuando vemos a una criatura con tales capacidades, ya sean artísticas o intelectuales, algo siempre dentro de nosotros sabe que aquello ya ha sido desarrollado en otras vidas. La frase tan popular "lo lleva en las venas" hace referencia a ello. Y más que, en las venas, lo trae impregnado en su alma, lo ha trabajado en otras muchas vidas, tanto terrenales como espirituales.

Por lo tanto, viene una vez más a mostrar al mundo dicha capacidad a la par que su crecimiento divino se da.

Con los dones de mediumnidad, sensibilidad o videncia ocurre exactamente lo mismo. Hemos de dejar apartado todo cuanto nos han contado a través de las películas de terror o lo que muestran aquellos personajes televisivos que más bien han manchado la imagen de lo que es y siente un médium. Como cualquier persona con una vida normal, somos una herramienta entre la tierra y el cielo, capaces de traer las comunicaciones necesarias del más allá. Digo necesarias porque los espíritus solo nos van a responder y a expresar aquello que en ese momento es fundamental y bajo ningún precepto van a desear nuestro mal, ni llevarnos a hacer cosas negativas, por lo que hay que distinguir correctamente entre si la persona sufre algún tipo de patología o realmente tiene potenciado ese don.

Quitando clichés, la figura del vidente o del médium no conlleva una distinción especial o más importante que el hombre o la mujer con habilidades manuales que crean con sus manos o aquel que construye con ladrillos una casa de manera correcta y laboriosa. Como el discípulo que ha tenido que aprender de su maestro para colocar cada pieza de modo conveniente sin peligro de derrumbe, el médium deberá hacer lo mismo con dicha habilidad. A pesar de esto, mi reloj tardaría mucho en pasar por esta experiencia de un modo correcto, como cuando nos sentimos parados en medio del bosque sin saber qué camino escoger. Visto desde la distancia, aquellos años eran un tiempo necesario para limpiar todo lo que me había propuesto antes de empezar a introducirme en mi misión de vida.

Pero volvamos a aquella época donde el miedo y la intranquilidad gobernaban mi vida. A pesar de experimentar todas estas emociones, siempre sentí que algo protegía mi ser y mi camino, y aunque no lo viera lo sentía siempre cerca de mí. Me abrazaba a cada instante, y en aquellos momentos fríos, de gran incertidumbre y lágrimas siempre estaba presente, se trataba de mi ángel de la guarda.

Capítulo 6

El libro rasgado

Mis muslos se apoyaban en la cama, me sentía desorientada y somnolienta a causa de la noche anterior. Me dispuse a coger un libro para ocupar mi mente y sumergirme en la belleza de las letras, de la historia, de lo que el autor quería contar y volver a sentir el contacto profundo con ese objeto que para mí es fundamental.

La biblioteca era y sigue siendo un hogar para mi alma, el olor a libros nuevos me hace pensar en flores recién nacidas. Zambullirme en sus páginas como lo haría un pez entre los corales y distinguir la inspiración tras cada relato es, sin duda, el mejor ejercicio que mi ser puede realizar. Las horas en la casa de los libros son siempre fugaces y mi corazón late emocionado mientras permanezco en medio de los estantes.

Siempre, siempre tengo en mis manos un libro, ya sea en mi habitación, en mi mochila, encima de la cama. La ilusión que sentía cuando era una niña y completaba la ficha de préstamo en la biblioteca, escribiendo mi nombre y presentando el carné de socia —totalmente gastado— era indescriptible. Recuerdo que cuando la encargada me entregaba los libros, yo los ponía en mi pecho y los acercaba a mi corazón para percibir su palpitar. Para mí aquellos escritos, fábulas, cuentos o palabras tenían vida propia, gozaban de alma y por eso me nutrían.

Aún hoy en día lo sigo haciendo sin apenas ser consciente e incluso duermo cerca del libro que estoy leyendo, porque hay tal sabiduría, amor, aprendizaje y luz en cada uno de ellos que solo nos queda estar agradecidos. Ellos van a ti de algún modo, persiguen tu ser para mejorarte, para que evoluciones, te hagas grande y para que tus ojos puedan ver la realidad de un modo distinto. Pueden llegar a ti de modo diverso, escuchando una conferencia, por recomendación del algún amigo o familiar, o guiñándote un ojo desde una estantería, tú sabrás que ese es el libro para ti y lo confirmarás apenas poses tus ojos en las letras.

Ese día, me dispuse a elegir entre las alternativas aquel que me haría vibrar. Me sentía un poco nerviosa, pues desde hacía un tiempo cada vez que tenía un libro en mis manos era una pesadilla. Junto con aquella presencia sentada a mi lado, las hojas del ejemplar que fuere se pasaban solas sin poder impedirlo. Me quedaba helada observando lo que ocurría delante de mis ojos. Algo, alguien me impedía leer, hacer aquello que amaba y que deseaba tanto se estaba convirtiendo en todo un reto, pero nunca, nunca dejé de intentarlo, ni siquiera después de lo que me ocurrió ese día que solo podría calificar de terrorífico.

Sostenía un libro pequeño, sin apenas hojas, que narraba una gran historia sobre un muchacho como yo. Recuerdo que la tapa era blanda, entre naranja y roja. Era mediano y fácil de transportar y yo ya había leído una parte e iba como en mitad de la historia que narraba la vida de este muchacho con actitud jovial y achispada. Lo tenía entre mis manos, estaba usado, pero aún conservaba un olor especial. Empecé a leer las primeras palabras cuando la sentí… sentí su presencia entrar en mi habitación, el frío me atrapó y el miedo empezó a correr por mis venas. Mi mente se activó, tenía que controlar aquella situación, el temor no podía teñir un momento tan

preciado para mí como lo era la lectura. Me dije con firmeza y convicción que no me iba a pasar nada. Todo eso no estaba ocurriendo y yo debía centrarme en disfrutar, y si aquello era real, era importante dejarlo pasar, pues ya se iría. Sin embargo, tal actitud no sirvió de nada. Percibí claramente que esa presencia se sentaba a mi lado izquierdo, podía sentir su frío y su aliento muy cerca de mi rostro. Cada parte de mi cuerpo se entumeció, mientras yo seguía agarrada de aquel libro como de un amuleto, mi intención era solamente continuar con las aventuras de aquel muchacho.

Tengo grabado aquel momento… mis manos aferrándose al ejemplar como si de una tabla de salvación se tratara. Mi rostro miraba fijamente las letras, no quería alzar la cabeza, no quería observar, no quería sentir, solo deseaba que todo esto se acabara de una vez, que esa presencia se fuera, que me dejara vivir, que me dejara ser. De repente, en la esquina derecha del libro empecé a ver cómo la hoja se iba rasgando poco a poco sin que hubiera nadie ni nada que lo hiciese. Esos rasgones, muy juntos, formaban cuatro divisiones como si de cuatro uñas de una mano se tratara. Y sí, era ello. Pude sentir la intensidad con la que aquel ser estaba rompiendo mi libro.

No podía creer lo que estaba viendo, eso que me estaba sucediendo a mí, a mi libro, a mi vida. Me quedé en shock, paralizada mirando fijamente lo que estaba pasando, sola, en mi habitación, sin que nadie lo pudiese advertir, sin poder gritar. No sabía qué era lo que debía hacer en ese preciso momento, el miedo invadía cada rincón de mi ser. Era una niña, solo jovencita que no entendía nada y a la que gritar o contar algo parecía no servirle de mucho.

Cerré el libro con fuerza y lo lancé hacia una esquina de mi habitación. No quería saber nada, no iba a seguir leyendo ni una sola palabra más. Me levanté, recuerdo mi rostro que, aunque no me lo veía, sabía que estaba pálido, frío, sin vida. Mis piernas flaqueaban, un fuerte temblor se apoderaba de mi cuerpo, tenía los nervios agarrotados y solo quería estar con alguien para que aquel ser no decidiera continuar con aquella tortura.

Mi madre estaba en la cocina a pocos pasos de mi nueva habitación. Fui corriendo lo más rápido que mis piernas temblorosas me lo permitieron y me senté en silencio en un taburete de madera que teníamos al lado de la mesa. Ella estaba cocinando la cena, se giró, me vio y me preguntó qué me pasaba, pues mi rostro estaba completamente blanco. Sin embargo, lo que salió de mis labios fue producto del miedo y solo pude verbalizar suave y lento que todo estaba bien.

Si os digo la verdad, quería abrazar a mi madre y que ella me rodeara con sus brazos y me obligara a decirle qué era lo que estaba ocurriendo en mi vida. Y así, por fin, podría contarle todo con la seguridad de que ella me iba a creer, mientras me limpiaba sus lágrimas con las manos y me decía que juntas encontraríamos una solución. Pero nada de eso sucedió, había algo que me insistía por dentro que si hablaba aquella mujer de negro me iba a hacer más daño, por lo que dejé pasar aquella oportunidad y me quedé sentada en la silla durante un largo rato, solo deseaba sentirme acompañada y protegida, aunque ni yo ni mi madre lo estuviéramos en realidad.

Aún hoy sigo recordando aquel episodio como algo sorprendente y estremecedor, pero ya no desde el terror que sentí entonces. Gracias a las muchas personas que la vida ha puesto en mi camino, pude desarrollar una comprensión diferente y ver ese tipo de sucesos desde otro lugar, uno mucho más claro y compasivo. Pero volvamos a aquellos años. “Soledad, aislamiento, falta de compañía” eran palabras que venían a mi mente y que relacionaba con todo lo que me estaba pasando. Cuando no había nadie en casa, todo podía suceder, pues no había testigos y yo no tenía

a quién aferrarme, por lo que mi sufrimiento era aún mayor.

Una tarde de primavera, recién había acabado la clase, no recuerdo bien qué día de la semana era. Ninguno de los miembros de mi familia se encontraba en casa y yo estaba intentando descansar tomando una siesta en mi nueva habitación minúscula. De repente, aquella mujer estaba allí conmigo, nuevamente, sin previo aviso, sin pedir permiso. Notaba su presencia tan fuerte como cuando la frecuencia de la televisión te avisa que no está calibrado un canal y debes configurarlo. Me puse de pie y sin saber qué hacer me dirigí al comedor. Me senté en el sofá que miraba hacia la ventana. Aquella estancia era agradable, había dos sillones grandes y una mesita de cristal en medio, y desde ahí se veía la gran mesa de madera donde, en ocasiones especiales, celebrábamos todos algún evento particular.

Me quedé quieta, encendí la televisión y seguí intentando descansar, me sentí algo más tranquila cuando oí un ruido, esta vez era algo diferente… era el ruido de unas llaves y una puerta que se abría, pensé que alguien de la familia había llegado por fin y ladeé mi cabeza mientras preguntaba en voz alta, "¿mamá?". Solo silencio como respuesta. Nadie había entrado ni llegado a casa, de hecho, todavía no era hora de que alguno volviera del trabajo. Me asusté obviamente, pero pensé que todo era producto de mi imaginación —a menudo mi parte más racional y lógica buscaba explicaciones para lo que pasaba—. Volvió a ocurrir, una y otra vez sentía que alguien abría la puerta, "¿mamá eres tú?, ¿hermana eres tú?". Silencio. Empecé a sentir inquietud, temor y una agitación cada vez mayor. Caminé hacia la habitación de mis padres. Era un dormitorio grande, espacioso y con mucha luz, pues daba directamente a la calle, la que a su vez formaba un patio interior en el cual los niños podíamos jugar y pasarlo bien con nuestros vecinos sin el peligro del tráfico.

Me senté en la cama cubierta por una colcha de color rosa muy común de los años ochenta y con las cortinas a juego. Recuerdo el armario de madera oscura en el que mis padres guardaban los regalos de Navidad, antes de saber que Papá Noel y los Reyes eran asunto de ellos. Siempre miraba aquel ropero con algo de melancolía y gracia.

Quizás por ello, llegué ahí buscando refugio y seguridad, suplicando que todo terminara, pero eso no pasó. Pensé entonces en evadirme, me vino a la mente hacer cualquier cosa para dejar el miedo de lado e impedir que este me atrapara, esperar ocupada mientras alguien de mi familia llegaba a casa y así volver a sentirme serena y en paz. Aunque suene increíble, fue mi mente racional la que me salvó de intensificar las emociones y caer en una paranoia constante que calificaba de extraño cualquier suceso.

Joyas, pensé. Desde niña he sido muy curiosa, observadora y un tanto coqueta, me gustaba mucho potenciar mi creatividad vistiendo diferentes prendas, incluso llené hojas y hojas de cuadernos con mis diseños. Imaginaba que era una modista internacional que plasmaba sus creaciones en papel, antes de llevarlas a la tela. Siempre he sido una persona muy creativa, que disfruta mucho de las artes en general y que puede expresarse de diferentes maneras, como un pájaro que canta dondequiera que pose sus alas.

Me dirigí entonces al armario donde mi mamá guardaba su ropa, accesorios y joyas. Abrí el cofre que las contenía. Siempre sentí admiración por mi madre y lo que ella portaba o poseía, no eran muchas, pero estaban impregnadas de su esencia y cada una contaba una historia, una experiencia, un sentimiento. Eran, por tanto, exclusivas en su ser, en su núcleo y yo me dispuse a

descubrirlas, poniéndolas sobre mi piel. Mientras miraba cada uno de estos “tesoros” y observaba cómo lucían en un espejo, la sentí. Entró en la habitación. Yo seguí como si no me diera cuenta, moviendo las joyas en el cofre sin hacer caso de su irritación y enfado. Percibí claramente aquel espíritu detrás de mí, junto al balcón. Me giré casi de manera inconsciente y las cortinas empezaron a moverse por la parte de abajo. Las ventanas estaban cerradas, la puerta de la habitación estaba cerrada, no había ningún tipo de corriente que provocara ese movimiento. Intenté encontrar alguna explicación científica y cuando estaba tratando de hilar fenómenos imposibles, miré hacia abajo, un ruido casi imperceptible acompañaba aquel viento suave y frío. Vi como las cortinas empezaban a rasgarse poco a poco, como si las uñas de un felino estuvieran jugando con ellas y las destrozaran sin querer.

No podía creer lo que veía, era el mismo tipo de rasguño que había dañado el libro. Otra vez se me presentaba esa escena terrorífica sin que yo pudiera hacer nada. No lo soporté, llamé a mi salvador, mi ángel terrenal, mi héroe, mi deidad material: mi abuelo Pedro. Cogí el teléfono de la casa con las manos temblorosas, la voz entrecortada, mientras las lágrimas caían por mi rostro y hablé con él con la intención de sacar afuera lo que tenía dentro y que amenazaba con desbordarse. Afligida y asustada, como una niña abandonada en la oscuridad, solo necesitaba una cosa: un abrazo. Ansiaba que los brazos del padre de mi padre, el ser más bondadoso que he conocido en mi vida, me rodearan y sujetaran mi corazón.

Vino, claro que lo hizo, corriendo a pesar de su edad, sin preguntarme nada, porque cuando hay conexión álmica no se necesita ningún tipo de explicación, ninguna razón a la hora de sanar, acompañar y amar al otro. Entró por la puerta y me abrazó, estuvo conmigo y aceptó cobijarme sin que yo le dijera nada, pues en ese momento solo necesitaba de su amor y la seguridad de su abrazo, como ha sido desde pequeña.

Cuando era un bebé me aferraba a su dedo pulgar y de ese modo podía cerrar los ojos en paz. Si él se marchaba, yo lloraba para reclamar su presencia y su luz. Era sin duda mi gran protector. Todos tenemos a alguien en nuestra familia o en nuestro entorno con quien, sin necesidad de grandes hazañas y demostraciones, tenemos una conexión álmica. Esta viene de otras vidas y es el resultado de un amor tan inmenso que rompe las barreras terrenales, pues es producto de una devoción germinada desde el universo. Somos almas portando un cuerpo que es el que nos permite seguir nuestro único y especial camino aquí en la tierra para que podamos ir desarrollando nuestra misión. Nuestras almas acogen grandes y maravillosos registros de información como lo hacen las bibliotecas con los libros. Son como cajas de códigos que hablan de tiempos, lugares y aventuras. Con mi abuelo, sostenemos juntos un gran libro lleno de experiencias y amor que es tan grande que permite a nuestras almas reconocerse al instante, sentirse, fusionarse y unificarse.

Mi abuelo, mi gran héroe

Pedro es un hombre bondadoso, es de esas personas de las que ves su luz antes de acercarte, que solo con una de sus miradas te llena de paz, armonía, vitalidad y amor, mucho amor. Empezó a trabajar cuando era muy pequeño, como tantos que nacieron en décadas anteriores. Sin posibilidad de estudiar, de recrearse o ni siquiera jugar, tuvo que madurar antes para ayudar a su familia a sobrevivir. Aunque realizó por años grandes y duras labores en el campo y en fábricas, mi abuelo nunca dejó de tener una sonrisa en su rostro y amabilidad en sus actos, algo que me

enseñó a mí desde que cruzamos miradas. Siempre recordaba la época de la posguerra civil cuando solo podía meter una patata hervida y un poco de pan con aceite en la boca debido a la hambruna que se vivió entonces.

El campo y la montaña, aquellos escenarios eran su vida. Respirar el aroma de las flores, sentir los árboles cerca y andar, andar sin parar, tal y como lo hizo todos los días de su vida sin rechistar, sin queja alguna, disfrutando de cada aliento, compartiendo y poniendo sus manos en todo momento a disposición de los demás. Tenía una pequeña caseta donde se conectaba con la naturaleza en medio de las montañas, la tuvo que vender porque construyeron una carretera cerca, pero eso lo llevó más adentro en el paisaje donde hoy está su casa, el hogar donde mi padre aprendió a preparar las mejores paellas, entre muchas otras cosas como cuidar del huerto, labrar, recoger los olivos y, en definitiva, ser, amar y bailar entre vidas. En él reside una llama de humildad, ayuda y bondad hacia los demás que proviene claramente de su padre y que puedo ver cuando está rodeado de miles de amigos y de gente que lo ama como es. Cada vez que pongo los pies ahí, puedo ver a mi abuelo labrar, andar entre los olivos, sentado en uno de ellos o moverse entre la luz del sol y las flores de las montañas como si fuera parte del aquel paisaje.

Las reuniones familiares que hacíamos alrededor de los árboles en temporada las recuerdo con gran melancolía y afecto. Allí estaban mis abuelos, mis tíos y mis primos con los que trabajábamos duro para conseguir la mejor calidad de aceite, pero lo más importante es que este lugar siempre fue el espacio de encuentro y unidad familiar. Cientos de comidas, cenas, fiestas y sorpresas son celebradas en aquel pedacito de naturaleza que poseemos. Sin duda toda la energía acumulada allí hace que esta sea una estancia que todos llevaremos en el corazón por siempre. Y él, mi abuelo, siempre estuvo y siempre estará allí. Aunque ya partió a su hogar celestial, lo siento cada día dentro de mi ser, acompañándome como siempre lo hizo en vida.

Capítulo 7

Almas gemelas

Siempre he dicho que sí creo en el amor verdadero. Un amor que conecta dos almas, un sentimiento puro y sin egos, y el mejor ejemplo para mí fue el matrimonio de más de 50 años de mis abuelos. Ellos se conocieron cuando ella tenía tan solo 12 años y él 13. Eran dos almas con la dirección, tiempo y espacio adecuados para empezar a trabajar juntas, como un equipo donde uno sumaba y multiplicaba las acciones del otro.

Fue en una de las fiestas de pascua, fiesta muy aclamada en Llíria, ya que hacía honor a nuestro patrón San Vicente. Los jóvenes de aquella época salían, se vestían de vaqueros y empezaban a divertirse como tan elegantemente se hacía antaño.

Nadie, ni mis abuelos me contaron nunca los detalles de aquel maravilloso encuentro, pero estoy segura de que fue algo mucho más que una simple coincidencia. Siento desde mis adentros que fue el hallazgo de dos grandes almas que al mirarse a los ojos supieron en ese instante que ya nada sería igual y que, dichosos por ello, se cogerían de la mano para no soltarse nunca, solo y únicamente cuando cada uno tuvo que emprender el viaje hacia su hogar espiritual.

Con los dedos entrelazados empezarían un centenario baile. Danzarían entre calamidades, entre hambruna, escasez, entre despedidas y alegrías. Lo harían en millones de escenarios, algunos amenizados con música alegre, otros con sonatas tristes, ambos se dedicarían verdaderas poesías de afecto cuando abrían sus labios. Rimas volátiles capaces de cambiar el decorado de un tablado aposentado y viejo, capaces de hacer magia porque había algo que nunca cambiaba a pesar de la tormenta del exterior: su amor infinito, su amor de almas gemelas, su amor hacia el universo, su amor a querer ser mejores, su amor hacia el amor de los demás. Un sentimiento que no haría falta nombrar, pues era tan grande, que solo bastaba acercarse a ellos para que un manto dorado caído del cielo nos cubriera y nos hiciera sentir queridos.

Recuerdo aquellas tardes en su casa, arropada por su calor y devoción en un sofá mediano y añoso, dispuesta a escuchar las grandes historias que tenían para contar de cuánto habían vivido. Añoro sus charlas, sus meriendas y sus comidas, pero sobre todo sus risas. La forma cómo se miraban era inmaculada, transparente como aquellos ríos donde puedes observar el fondo desde su superficie.

Podría dibujar a la perfección escenas que viví, pero ahora me viene una sencilla a la cabeza. De hecho, muchos de los momentos que atesoramos no corresponden a los grandes acontecimientos, sino más bien a los pequeños detalles. Cierro los ojos y veo la forma cómo mi abuelo cuidaba de mi abuela, sobre todo cuando su salud comenzó a decaer; el brillo de sus ojos, la manera cómo le ponía una mantita en el regazo y le daba la merienda, un trocito de pan con aceite y queso curado. Para él, ella siempre estuvo primero, nada era más importante, incluso él mismo.

Ella, Carmen, era una mujer con grandes dotes de mando, alguien muy empoderado para su

época, algo necesario para llevar las riendas de todo cuanto le aconteciera. Dueña de un gran corazón y disposición muy familiar siempre le encantaba vernos reunidos en la mesa, era una gran cocinera así que la comida era muy abundante, y mientras estábamos todos allí, ella se encargaba de hacernos reír con su especial sentido del humor. Amaba claramente a mi abuelo y, sobre todo, tenía una fuerte conexión con mi hermana por su gran parecido álmico y de personalidad.

Ella enfermó y fue una agonía larga que pudimos observar durante tres años. La demencia se iba apoderando de su mente y la acercaba a la muerte a cada instante. El cuidado de mi abuelo fue puramente álmico y con ello me refiero que fue atravesando el universo. Podía ver en sus ojos el dolor de ella, el sentimiento, la tristeza, el sufrimiento y el amor que permanecía, aunque la memoria se fuera. Porque el alma estaba intacta y casi se podía tocar, oler y percibir de un modo maravilloso. No puedo describirlo en una hoja, porque hay cosas que están más allá de las palabras.

¿Qué son las almas gemelas?

El de ellos era el amor de dos almas gemelas, el amor de miles de vivencias juntos. Experiencias marcadas por el sufrimiento y el dolor, pero también plenas de muchas alegrías, abrazos, dedos entrecruzados donde quedaba en evidencia la infinita conexión que existía entre ambos.

Desde que era pequeña y los observaba, su ejemplo me demostraba que el amor verdadero sí existe, el amor para toda y todas las vidas es real, fuera donde fuera. Me hicieron percibir que hay una fuerza sobrenatural que rompe cualquier barrera que exista entre mundos y entre dimensiones. Lloverá, caerán rayos devastadores frente de ellos, habrá huracanes que les den vuelta la vida para siempre, pero juntos siempre encontrarán la luz dentro de sí, y si uno no la puede ver, el otro será el encargado de mostrarle que hay un mejor paisaje por delante y, por lo tanto, todo es perfecto como es.

Disponemos de más de un alma gemela. Lo que hace que una unión sea mayor con una que con otra son todas las experiencias que portamos juntos. Al venir aquí lo hacemos aceptando muchas leyes. Entre ellas la Ley del Olvido. Esta Ley nos hace borrar de la memoria el amor que somos para precisamente recordarlo a través de las múltiples situaciones que nos toca vivir y nos brindan un gran aprendizaje. Con el alma gemela ocurre lo mismo, si bien los recuerdos se olvidan, algo permanece y eso nos permite identificar a la persona que tenemos delante simplemente al conocerla. La voz, una mirada, tocar de su piel, algo activa ese recuerdo de nuestra alma y nos hace sentir que es alguien con quien hemos compartido nuestro hogar.

El concepto de almas gemelas no es otro que frecuencias vibracionales muy similares por no decir iguales. Mi guía me dijo una vez que son como notas musicales creando una melodía. Vibrando y sonando al unísono. Es un claro reflejo de lo que somos en el otro, como un perfecto espejo. No tiene que ver con relaciones sentimentales. Las almas gemelas bien pueden encontrarse entre la familia, amigos u otro tipo de vínculos.

Voy a transcribir lo que me dijo un espíritu en consulta sobre las almas gemelas:

> *"Cualquier persona que te encuentres podrá ver tus cicatrices, pero el alma gemela podrá ver tus heridas y hurgar en ellas con el único propósito de sanar".*

El concepto de almas gemelas no se corresponde con aquel tipo romántico que nos han enseñado en las películas, sino que es algo más complejo. Si dos almas gemelas se encuentran y no están en el mismo punto evolutivo, el camino se hará un tanto arduo. Las dos deberán elegir sanar y salir de la zona del miedo o huir de un sentimiento verdaderamente fuerte. Todo aquello que se encuentra en nuestro inconsciente y a veces ni siquiera sabemos lo despertará el alma gemela.

No digo que sin un alma gemela al lado no podamos obrar por nosotros mismos, al contrario. Un alma gemela no nos completa, ya que nosotros ya lo estamos. Más bien nos complementa. En la multitud de experiencias con y sin cuerpo que hemos tenido, hay vivencias junto con nuestra alma gemela, pero no en todas las reencarnaciones nos vamos a encontrar con ella para experimentar una historia de amor infinita. Antes de venir al mundo, ideamos con nuestros guías un diseño prenatal en el cual nosotros mismos decidimos qué aventuras y qué pruebas tendremos, con el único fin de perfeccionar y evolucionar ayudando a otros seres a hacer lo mismo, directa o indirectamente.

Existen infinitas opciones a la hora de encontrarnos o no con nuestra alma gemela. Puede pasar que vivamos unos años, o nos reencontremos por un momento, o que tengamos una vida plena juntos o, simplemente, no hallarnos con ella. No importando ello, esa conexión energética se encuentra siempre unida como lo hacen los ríos en los continentes. Somos el otro, somos los demás, somos la Fuente, somos todos Uno y no existe separación alguna entre ninguna alma de ninguna procedencia, de ningún lugar, de ningún entorno, edad o aspecto.

El trabajo que realicemos en la tierra nos favorecerá tanto a nosotros como a nuestra alma gemela. Pero también a todos los seres de este y otros planetas, en las infinitas dimensiones que existen. Seamos conscientes de cuánto trascienden nuestros actos para no ser atrapados por las garras del ego, buscando el beneficio individual de nuestras acciones o la satisfacción solo de nuestras pasiones, como ocurre, por ejemplo, con las adicciones de todo tipo.

Digo esto porque hay una gran verdad a la base: cuánto das, recibes. Toda la energía que pones en los demás, la compasión y amor de tu entrega te será devuelto en la vida a través de maravillosos regalos.

Querámonos, somos almas únicas y especiales con grandes experiencias positivas y constructivas. Somos la chispa de la fuente divina, no nos aislemos, no nos hundamos motivados solo por pensamientos hedonistas, destructores y/o abusivos. Venimos cada uno con una misión pura y exclusiva. Aterrizamos con grandes dosis de fuerza para superar todo aquello que nosotros mismos nos hemos propuesto antes de nacer y que aceptamos como destino por el bien de la humanidad. Nunca diseñamos algo que esté fuera de nuestras capacidades, pero si nos dejamos manejar por el ego, por una mente meramente racional o por mandatos y deseos de otros —que creen saber más de nosotros— no podremos avanzar en nuestro camino evolutivo.

La maestría que portamos en el interior nos grita continuamente para que la escuchemos y cuando lo hacemos, en ese preciso momento, todo cambia. Las grandes transformaciones se manifiestan en el exterior a través de caminos que se nos abren sin problemas y que nos facilitan la vida, dejándonos la sensación de que hay una fuerza interna que nos guía y mantiene, que nos sostiene con tal intensidad, al tiempo que nos da paz y tranquilidad. El alma es esa luz que está debajo del abrigo corporal. Miremos debajo, asomémonos, pongamos una mano en el bolsillo y

toquemos más allá. Cojámosle la mano, dejemos que nos guíe y aprendamos a fluir con ella. Sintamos, respiremos profundamente, percibamos el oxígeno entrar en nuestros pulmones y en nuestra alma y vivamos. Somos seres de gran fortuna porque podemos seguir evolucionando, tenemos la oportunidad de sentir, experimentar y sobrevivir en un cuerpo con las grandes aventuras que ello supone.

Capítulo 8

El destino escrito en mis sueños

En nuestra sociedad, la gente no habla de la muerte. No se discute en las familias, ni menos en las escuelas. Es un tema tan tabú que es frecuente que a los niños se les oculten los fallecimientos de familiares sustituyendo la versión oficial por una donde el abuelo o la abuela se han ido de viaje y volverán luego de una larga temporada. Los padres piensan que así los niños no volverán a preguntar, pero es claro que lo hacen, pero como nadie les explica, las rabietas o enfados repentinos se acentúan a grados insospechados.

Yo era una niña entrando en la adolescencia cuando empecé a tener sueños premonitorios, muchos de los cuales anunciaban muertes de familiares. Cuando abría los ojos por las mañanas, una cascada de imágenes imposibles de parar llegaba a mí sin mi permiso. Esta especie de "aguacero" de información provenía de otro lugar y hacía que supiera con anterioridad lo que iba a suceder. En muchas ocasiones, por no decir en la mayoría, no quería volver a dormir nunca más, sobre todo aquella vez que supe de las muertes de mi abuelo Pedro y mi abuela Carmen. Sabía que ella lo haría antes, producto de la demencia, y que él la seguiría años después debido a un ictus.

La mayor parte de las veces mis sueños se cumplen en un corto período de tiempo, a lo más un año. No fue así con mis abuelos, cuya certeza de su muerte la tuve mucho tiempo antes. A él lo vi desvanecerse en el comedor de su casa por algo en la cabeza, de hecho, sufrió dos ictus, el segundo mortal, quizás producto de una vida dura y el tiempo que llevaba lejos de su amada.

Saber esto no me hacía feliz. Por el contrario, me sentía muy mal y me preguntaba continuamente por la razón de conocer aquello y cómo no, me sentía profundamente asustada. Comprobaba mis sueños una y otra vez. Yo quería parar el mundo, detener el tiempo para tenerlos más a mi lado, para no soñar, para volver a ser una niña para la que elegir un vestido para su barbie fuera su mayor preocupación. Pensaba que si al menos los sueños solo me anunciaran cosas buenas y agradables sería más llevadero, pero no era así, la vida es compleja y está llena de experiencias difíciles que son las que nos hacen crecer y ayudan a nuestra alma en su proceso de evolución. Y yo la veía en todos sus matices.

Harta de todo ello, de sentir a la señora de negro todo el tiempo rondando mi casa, de saber que lo que soñaba ocurriría en la realidad, sumado a algunos problemas familiares, me derrumbé y busqué ayuda. A mi mente solo venía el rostro de mi madre. Entonces la busqué, me acuerdo a la perfección de cómo me sentía. Mi corazón estaba ausente, recogido, esperando que sus brazos se acercaran y lo ayudaran a palpitar de nuevo. Me hallaba como una pequeña gacela mojada y perdida dentro de una cueva, atemorizada y abatida por las circunstancias y solo necesitaba amor para poco a poco salir de aquella oscuridad y observar el mundo con otros ojos, ver la luz dentro de aquella caverna.

Un día mi madre al ver mi rostro pálido, ausente y afligido decidió preguntarme qué me ocurría. Recuerdo algo dentro de mí queriendo gritarle que el espíritu de una señora me estaba

molestando, que me sacara de aquella casa y que encima estaba dejando de comer porque ya no podía más. Pero algo en mi cabeza, me volvió a decir: “si dices todo lo que te pasa, la señora se enterará y te hará más daño”. Era el miedo hablando nuevamente dentro de mí. Al final de cuentas era solo una niña, una inocente niña.

Miré a mi madre a los ojos y sentí como una gran llamarada salía de mi cuerpo, las lágrimas rodaban por mis mejillas sin que me hubiera dado cuenta. Llorando a mares, le dije con una voz entrecortada que todo lo que soñaba se cumplía, todo, absolutamente cada detalle y que ya no podía más. Lloré delante de ella y mi corazón pedía que, por favor, me preguntara más, que quisiera saber, que me ayudara a decirle lo que pasaba con aquel espíritu en las noches, en esas terribles noches que estaba viviendo, con los pasos, los portazos, las llaves, todo, quería que me apoyara, pero sobre todo que me creyera. Que sintiera el pesar de su hija como si fuera suyo, como si aún estuviera dentro de su vientre. Solo hacía falta que mirara mis ojos para entender que yo clamaba por su ayuda.

Quería que me sacara de todo ello, ¿si no iba a poder hacerlo mi madre, entonces quién? Estaba dispuesta a que me llevara a algún médico para que descartaran alguna posible neurosis. Aunque dentro de mí sabía perfectamente que todo ello no tenía nada que ver con la sanidad ni con pruebas cerebrales.

Mi madre me oyó, pero no me escuchó y no la culpo, su miedo eran tan grande que no pudo oír mi llamada de auxilio. Me miró y me dijo que me tranquilizara, que eso que pasaba eran casualidades y que era imposible lo que le contaba. Y eso fue todo, así se zanjaron las cosas. Probablemente al no tener respuestas, pensó que, obviando el tema, yo también lo haría y los sucesos desaparecerían. Era por tanto un modo de protegerme. Y aunque no la juzgo, su respuesta me hundió. Caí en picada como un ave tras su presa y sentí el encontronazo con el suelo, me dolía el corazón como si este hubiese sido atravesado por una piedra. El silencio se apoderó de mi ser y me alejé, de mi madre, del mundo, de mí misma. Lo que nunca me llegué a imaginar es que ella vivía escenas un tanto similares con aquella señora de negro al mismo tiempo que las vivía yo. Ella también la sentía en las noches, los objetos le volaban de las manos entre multitud de cosas más. No supe de aquello hasta que años después nos marchamos por fin de aquel lugar y hablamos al respecto.

De ahí en adelante, las palabras permanecieron dentro de mi garganta, atrapadas sin poder salir y expresar todo lo que pasaba. La luz se fue apagando al punto que más adelante casi no pude distinguir la puerta de salida. Gracias a nuestros guías protectores y ángeles que no nos abandonan, pude hacerlo, pero tuve que atravesar el desierto para lograrlo.

Abandonada a mi merced, mi mente intentaba encontrar una solución que mi alma sabía, pero que yo no escuchaba. Dada mi afición por la lectura, pensé que en los libros hallaría las respuestas y me decanté por buscar explicaciones lo más racionales posibles, bipolaridad y esquizofrenia eran dos conceptos que posiblemente explicaban mi mal y opté por autodiagnosticarme antes que seguir nadando en un mar de inconsciencia y dudas, pues sentía que me podía ahogar en cada paso que daba.

Siempre me había gustado la psicología y, en cierto modo, eso era lo que quería ser cuando fuera mayor. El máximo propósito que he tenido en vida ha sido siempre ayudar a las personas, conectándolas con la sabiduría que todos poseemos en nuestro interior. Supongo que mis padres

no se alertaron por aquellas lecturas, pues sabían la afición que yo tenía sobre ahondar en las profundidades del alma humana. Pero claro está, de ningún modo entraría en sus mentes el hecho de que aquellas lecturas tenían el objetivo de que su hija se intentara diagnosticar para tranquilizar así su mente y su vida.

Aún tengo los libros en la estantería de mi vieja habitación. Los miro cuando voy a casa de mis padres y es como si escuchara una pequeña voz que me recuerda por lo que pasé, pero también veo unos pequeños grandes ojos que me dicen dónde estuve y dónde estoy ahora, porque lo más importante es el modo en el que superamos las cosas y no cuántas veces nos caemos.

Los observo con cierta melancolía y ahora siento que fue necesario todo por lo que atravesé porque en cierto modo todo fue diseñado por mí antes de nacer. Eso me sirve para situar la brújula del hoy, la bitácora del ahora. Cómo soy, con qué ojos veo, cómo escucho, cómo vibro, con qué pies doy pasos firmes y qué manos me sujetan y sujeto para, en definitiva, mostrar al mundo que alma reside debajo de aquel abrigo que portamos llamado cuerpo. Y sin que nos pese, sin que nos lastime y sin que nos gobierne, poder ayudar y atisbar siempre la luz en nuestro camino, en el de todos y cada uno de los seres vivientes de esta escuela llamada tierra.

Si os soy sincera no los leí, los estudié. Me hice gran experta en toda sintomatología psiquiátrica y yo no calzaba en ella, aunque hubiese querido hacerlo. Seguir sin respuestas me resultaba muy desesperante. Al no encontrar una solución, guardé todos los libros en mi estante, y quedaron allí como silenciosos testigos de mi pasado. Junto a ellos están otros que me acompañaron durante el tiempo en que viví con mis padres, lecturas cargadas de historias, viajes y sueños que me ilusionaron en tantas etapas de mi vida. Sé que en el último respiro que dé en esta vida, un libro me acompañará en la mesita de noche, pues en ellos yacen almas viejas que me muestran senderos desconocidos y me hacen recordar qué y qué no soy.

La negación transgeneracional

Entendí la reacción de mi madre por dos vías. Ella no estaba pasando un buen momento personal y otra tenía que ver con el transgeneracional. Una vez investigué en mi historia familiar y pude saber lo siguiente: mis bisabuelos, a los cuales no conocí, se dedicaron al espiritismo durante mucho tiempo. Solo he podido saber que iba mucha gente a su casa y que tenían escritos y apuntes en libretas sobre los espíritus, que no he podido rescatar. Sus hijos, mi abuelo Serapio al cual me siento muy unida álmicamente tenía grandes dotes mediúmnicos los cuales no desarrolló. Por conversaciones con mi madre, él sabía lo que iba a pasar. Tenía grandes premoniciones. Su hermana Luciana, que tampoco conocí, ingresó en un hospital psiquiátrico porque ya no distinguía lo terrenal con lo espiritual. Trabajaba el espiritismo directamente con sus padres, mis bisabuelos. No me puedo llegar a imaginar todo lo que tuvo que vivir y experimentar.

Los hermanos de mi madre cada uno tiene un don distinto. Desde tirar las cartas, ver una luz cuando alguien va a fallecer o grandes habilidades de sanación a través de las manos como es el caso de mi madre. ¿Lo común? El gran tabú: miedo y desconocimiento sobre ello. Nadie en la familia tuvo los recursos para hablar sobre estas capacidades y menos ponerlas en práctica. La negación de mi madre hacia mi pregunta fue algo así como una protección adherida a un patrón del linaje familiar.

Aunque no sepa exactamente todo lo que ocurrió con mis bisabuelos sí que hay algo cierto. En el inconsciente de cada uno de los descendientes del árbol familiar había una asociación clara: las prácticas espirituales y el miedo o las consecuencias que ello traía. Algo negativo quedaría asociado a todo ello, ya que el temor a lo sobrenatural se enquistó en la familia.

Lo que quiero decir es que cuando cosas así ocurren se genera un patrón repetitivo hasta que algún miembro de la familia deshace dicho nudo y libera ese tipo de emoción. Es lo que comúnmente se conoce como las ovejas negras. Aquellas almas que vienen a sanar y cambiar el patrón repetitivo y se las considera raras porque no siguen un camino común y seguro. No obstante, gracias a aquello que hicieron y que no hicieron, pude deshacer el nudo y amar lo que ellos por recursos no pudieron: los dones psíquicos y mediúmnicos, enfocándolos hacia el bien mayor de la humanidad. Cada uno de nosotros nacemos en un árbol familiar y por lo tanto portamos en nuestras células del alma información y memorias de todo lo que han hecho con anterioridad a nosotros. Conocerlo nos ayudará a comprender para liberar cualquier patrón adherido.

Hoy en día los honro y les digo lo siguiente: “yo, con tus experiencias y traumas, hubiera actuado del mismo modo. Te honro y te venero. Gracias por todo el camino realizado. Me libero de todas aquellas emociones y sentimientos que no me pertenecen y con ello libero al árbol familiar, comprendo y acepto. Les ruego guíen mi camino cuando así lo requiera. Gracias, os amo”.

Estas palabras las puedes utilizar cuando tú lo sientas, poniendo o quitando cualquier letra. Es un modo de comprender nuestro linaje para liberar aquello que se ha estancado en el inconsciente. Así que te invito a que cojas papel y boli. Tomes una respiración y escribas desde tu corazón a todos aquellos familiares que te dejaron el camino para que lo transites y lo transformes en el día de hoy.

Capítulo 9

Huesitos

Todos los sucesos que he relato ocurrieron durante dos años. A los 14 seguía siendo una niña que jugaba a ser mayor, pero que tenía que cargar con una enfermedad mortal tan grande como la anorexia.

Mi delgadez ya era evidente, aunque si os he de decir la verdad yo nunca lo vi así. Es parte del repertorio de cartas con el que juega esta enfermedad, y vaya que juega. Los médicos y psiquiatras siempre me decían de que se trataba de una distorsión de la percepción del propio cuerpo y que por eso yo no era consciente de mi declive personal.

La verdad no lo veía con mis ojos, pero sí era consciente internamente, desde ese espacio claro que me observaba. Y era en mis peores momentos cuando más lo hacía y me daba cuenta de que allí no había un final feliz como había creído antes, pero tenía tanto miedo que era incapaz de reaccionar, me encontraba paralizada ante el terror, como si habitara un cuarto completamente negro del que no podía arrancar. Estaba anulada, ni siquiera sabía qué persona era. Seguir sin comer me hacía sentir bien para paliar todo el infierno que estaba viviendo en aquella casa.

El tiempo pasaba y yo sentía que crecía tanto física como psíquicamente con la presencia de la señora de negro a mi lado. Los sucesos eran cada vez más evidentes e intensos, mis dones no se disipaban, por el contrario, crecían exponencialmente. Veía más, escuchaba el doble.

A la mujer podía percibirla mucho más definida y las interacciones eran diarias por no decir constantes. No os puedo decir que me acostumbré. Para que os hagáis una ligera idea de mi sentir es como tener al lado a alguien que no deseas tener, pero del que no puedes liberarte. La veía en clase, en mi casa o mientras andaba. Y no me libraba ni cuando dormía, ya que ella también se comunicaba en los sueños. Lo sentía como una persecución. Lo cierto es que ella solo quería hablar conmigo, pero su enfado me alejaba mucho, ya que me generaba un gran miedo. Es decir, cuanto más la obviaba ella más insistía.

Los objetos no tan solo se movían, sino que volaban. Salían disparados de la mesa, se caían de la estantería situados arriba de mi cabeza. La sentía en mi cuerpo hasta el punto de que podía notar cuando me tocaba o estaba muy cerca de mí. Cuando abría los ojos por la noche la podía ver inquieta paseando por el pasillo mientras escuchaba perfectamente los pasos o yacía sentada al lado de la cama, esperando algo. Ahora tras toda mi experiencia creo que compartíamos esa sensación de invisibilidad. Tanto ella como yo queríamos que nos vieran y nos ayudaran, pero nadie lo hacía. Por lo que la impotencia reinaba entre nosotras.

Ya no podía quedarme sola ni un segundo en la casa. Prefería estar en la calle sola andando que pasar un segundo allí sin compañía. El miedo había invadido toda mi persona. No me interesaba nada en la vida. Siempre había sido muy estudiosa, pero dejé de escuchar a los profesores. Solo quería respirar del ahogo que me producía vivir.

Caminaba como si no tuviera pies, llevada por la inercia de la vida, tenía tan poca energía que

no fijaba mi atención, nada me importaba, no tenía sentido luchar, solo estaba a merced de lo que la vida quisiera hacer conmigo. Se me borró la sonrisa del rostro, ese gesto tan característico de mi persona y de mi niñez.

En cuanto a mi delgadez y luego de varias visitas médicas necesité de un control en mi alimentación. Dado que mi madre tenía que trabajar y que yo no podía estar sin supervisión mientras comía decidió pedir ayuda externa a dos “ángeles”. Nayara era mi amiga desde la infancia. El universo nos juntó entre juguetes, colegio y cosas propias de niños para que compartiéramos algo muy importante juntas: la vida. Tengo maravillosos recuerdos de ella, pero no hay palabras para describir todo el apoyo que me dio en aquella época y me sigue dando en la actualidad. Amable y extrovertida, me trató como una hermana, permitiendo que mi alma se abriera para llorar, sentir y expresar parte de lo que me pasaba.

Todos los días entre semana me quedaría a comer en su casa con su madre Chiki. En resumen, una madre para mí. Una persona empática y bondadosa, con una gran fuerza interna capaz de superar todo aquello que la vida le deparara sin miedo. Ellas dos me cuidarían, me regalarían risas y charlas, las que me harían olvidar durante algunos segundos la presión en el corazón con la que vivía.

Aunque me costaría cada mordisco y el hecho de tener que lidiar con miles de demonios en mi mente, había una especie de magia en aquella casa que me ayudaba a liberar parte de mi sufrimiento.

Entre cientos de conversaciones que tuvimos, un día las escuché hablar de experiencias paranormales que habían ocurrido en su familia. Mi alma vibró, lo hizo tan alto que pude sentir una especie de tranquilidad oyendo hechos que se parecían a los que yo había vivido. Por fin, alguien podía creer en mí, por fin podía leer en los labios de otras personas que todo ese mundo existía, que no estaba solo en mi mente. Desde aquel día sentí la necesidad de escucharlas más, que me contaran, que me abrieran el alma. Para mí eran dosis de medicina que me proporcionaban unas gotas de paz y solo deseaba estar más tiempo con ellas, preguntarles y que siguieran contando más historias. Con ellas me sentía yo misma, mi esencia podía expresarse.

Os preguntaréis si les conté sobre todo lo que estaba pasando y debo reconocer que no. De hecho, solo hace poco tiempo les pude contar sobre lo que entonces me aquejaba. Cuando lo hice, la madre de mi amiga me contestó: “yo sabía que había algo más que te estaba ocurriendo, algo que no nos querías contar, aunque podía ver esa intención en tus ojos. Ahora entiendo mucho más todo”.

Debido a las experiencias que estaba pasando, mi ser se encontraba en una especie de limbo, en el vacío, en la nada. La anulación de mi personalidad facilitaba que yo viajara por la vida arrastrada por las energías fluctuantes sin demasiada consciencia. El miedo al qué dirán y la afirmación clavada a fuego de que aquel ser me haría más daño, imposibilitaron que mi voz pronunciara palabras de liberación y, por tanto, seguía estando sola ante aquella vivencia.

La ayuda que recibí durante esos años en ese hogar fue muy valiosa porque me permitió saborear instantes de luz en plena oscuridad. Pasó el tiempo y nuestros caminos se separaron por años, la vida nos tenía pruebas distintas a cada una, pero desde entonces y en todo momento Nayi y Chiki, como os digo, tienen un lugar en mi corazón lleno de agradecimiento y amor,

sobre todo amor. En la actualidad son verdadera familia. Y con un nuevo miembro en la familia; Yasmina, hija de Nayara o Nayi como a mí me gusta llamarla bailamos entre pura felicidad de saber que nos tenemos la una a la otra y que el amor se ha multiplicado aún más.

Un mote ingrato

Para muchas personas la vida parece no tener sentido, se deambula de un lado a otro como sobreviviente en un campo de batalla. Durante la peor fase de mi enfermedad así me sentía, no obstante, algunos adolescentes aprovecharon esto para convertirme en "blanco fácil" para sus burlas y comentarios.

En aquellos tiempos mi peso rondaría unos 42 kilos aproximadamente, siendo yo una chica de unos 1,76 cm, y cada vez me costaba más dar largos paseos, el cansancio se había convertido en una parte más de mí. Salía a la calle con el ánimo por el suelo, aceptando el mundo que me tocaba en un estado de total conformismo

Recuerdo una vez que me dirigía a mi casa después de un aburrido día de colegio, cuando al pasar por un portal, un adolescente que vivía allí y que estaba sentado en la repisa me gritó:

—Me has clavado el hueso del fémur, das asco.

Me giré hacia él, sin entender la razón de aquel comentario rudo y vanidoso. Miré su cara, intentando encontrar una explicación mientras por dentro me deshacía como el papel consumido en una hoguera. Solo encontré odio y burla, sentimientos que me hicieron sentir más y más pequeña.

Ese fue el primero de muchos eventos similares que minaron mi autoestima hasta hacerme sentir completamente vacía. En ese entonces había una chocolatina que se llamaba "huesitos", mote que rápidamente se convirtió en mi apodo. Me lo gritaba en las calles de mi vecindario, lo pintaban en el portal de mi casa o lo garabateaban en mis cuadernos. Algunos chicos llegaron a escribir pancartas con esa palabra y me las mostraban cuando asistía a ver un partido de básquet o en busca de alguna distracción. La crueldad llegó a unos límites impensables. Me lanzaban esas chocolatinas cuando andaba por la calle o inventaban canciones que hacían referencia en tono burlesco a mi estado. Este auténtico infierno hizo que prácticamente no quisiera salir de mi casa.

Cuando vuelvo a rememorar estos instantes siento que fueron de los peores que he vivido hasta ahora. No quería salir bajo ningún concepto, ya no tenía lágrimas para llorar, no había ninguna motivación para querer vivir… y sí, pensé en el suicidio como una salida rápida para este dolor que estaba viviendo.

Sin embargo, a pesar del horror, sentía a mi alrededor cálidas presencias que me abrazaban con amor, paciencia y compasión. Había algo, una especie de luz que nunca se apagaba y que me alentaba a seguir con vida. Gracias a la compañía de estos seres, sabía en lo profundo que todo saldría bien. Sentía que se trataba de ángeles, guardianes, guías o mis propios familiares fallecidos. Es relevante que sepáis que nunca estamos solos y que en momentos de profundo abandono y dolor siempre hay unas manos que nos sujetan y elevan nuestro corazón hacia la luz para que podamos escucharlo.

Capítulo 10

Planta n.º 11

Toda la ayuda fue imprescindible en mi proceso, pero si bien tuve la dedicación de mis padres y el apoyo de la familia de Nayara esto no fue suficiente, porque yo no lograba superar todos esos pensamientos que me inducían a no comer y que favorecían mi autodestrucción. La convivencia con aquel ser perdido en casa solo hundía más y más mi alma. La no comprensión y cada día que pasaba sumaba más. Me encontraba por tanto muy agotada. Aunque en ocasiones imaginaba que al día siguiente ella iba a desaparecer no era así. Diría que era todo lo contrario, su presencia se iba haciendo más fuerte y yo más débil.

Por todo ello seguía sintiendo ese vacío en mi ser, como un gran agujero incapaz de ser llenado con nada de lo que ellos y los médicos me proponían. Acudía a cada consulta acompañada siempre con mi madre y volvía a casa con el mismo sentimiento de anulación personal.

Intentaba cambiar, pero algo me impedía hacerlo. Parecía algo así como la lucha del bien y del mal. Aquellas visitas se repitieron durante aproximadamente un año y medio hasta que mi declive llegó a un punto álgido y verdaderamente peligroso.

Me encontraba tirada como un trapo en el sofá del comedor de casa. Sentía fuertes mareos, mi piel estaba áspera y fría y tiritaba de frío constantemente. Me ahogaba en un gran vacío en aquel momento, podía escuchar el esfuerzo que hacía mi corazón solo al palpitar. Nada tenía sentido, ya no disponía de fuerzas para ello, solo tenía la energía necesaria para mantenerme en vida en aquel preciso momento. Mi ser ya no encontraba su propósito. Había dejado de desear, incluso de tener la mínima intención de seguir en esta vida.

Me di cuenta en ese momento que todo lo que estaba ocurriendo era mucho más serio de lo que creía. Nunca pensé que mi vida podía tener un fin y que yo estaba escribiendo a fuerza mi último capítulo. Lloré, lloré mucho, pero mis lágrimas no me sabían a nada.

La luz se manifestó con fuerza aquella noche. La magia irrumpió en la penumbra de aquella enfermedad y pude escuchar a mi alma a pesar de las lágrimas y sufrimiento. Debía frenar todo esto y la llave estaba entre mis manos. De hecho, siempre la había tenido, siempre había estado ahí, pero yo no la había querido ver hasta esa noche. El ingreso voluntario en el hospital sería la solución, necesitaba ayuda y la debía pedir, pero lo más importante es que pude reconocer la gravedad de lo que me pasaba y que no estaba sola. A mi alrededor había seres de luz de los que emanaba un gran amor y eso me permitió experimentar cómo se sentía el amor a uno mismo.

Lo decidí, me sentaría delante de la psiquiatra y le pediría mi ingreso voluntario, lo haría a pesar de todo. La luz que me rodeaba me daba la fuerza y la decisión necesaria para que toda mi situación cambiara a mi favor. Ahora sé que aquella luz provenía de mí misma. De mi yo superior. Pero también de todos esos seres de luz que me estaban cuidando desde el momento en el que nací. Lo que ocurría era que dada la oscuridad que estaba viviendo no era consciente.

Al otro día, iba sentada en el coche sin decir nada. No hubo conversación, no hubo miradas,

todos sabíamos que la situación había llegado al límite, si daba un paso más allá, la muerte me daría la bienvenida y pondría punto final a todo.

Finalmente fui mi decisión. Luego de un reconocimiento profundo de toda la situación junto a la psiquiatra ingresé durante un tiempo en la unidad de trastornos alimenticios de la planta 11 del hospital de Valencia: era aquello o la muerte.

El camino a la luz

Ahora me encontraba sentada en el suelo de mi habitación, lo helado del piso acompañaba un sentimiento igualmente frío. Tenía miedo y tristeza. Iba a dejar de lado mi vida durante un tiempo, me iba a alejar de todo lo que conocía e iba a introducirme en un mundo extraño y diferente.

Lloré, lloré muchísimo mientras hacía las maletas, pero, aunque parezca extraño, en ningún momento pensé en abandonar la idea del hospital. La fuerza que había surgido luego del encuentro con los seres de luz era un impulso irrefrenable. Estaba dentro de mí un fuego latente y parpadeante. El recorrido hacia ese ímpetu interno estuvo precedido de sentimientos que iban desde la esperanza, el miedo y la tristeza. El rostro afligido de mis padres reflejaba a la vez su convicción y fe en mi recuperación.

Nos encontrábamos ahora en la planta onceava del Hospital la Fe de Valencia. La última planta de uno de los mejores hospitales se iba a convertir en mi casa durante un tiempo indefinido. Y aunque no sabía cuánto iba a estar allí, sí tenía claro que yo tenía la llave de la co-creación, del cambio y de la esperanza. Yo decidiría el tiempo que iba a permanecer, pero para ello tenía que alimentar mi ser con grandes dosis de fuerza, vitalidad y amor.

Una enfermera nos abrió las puertas. Pude contemplar a primera vista un pasillo enorme, frío y gris. Se respiraba tristeza, impotencia y angustia. Iba a estar bien, aquella luz me cogía de la mano para recorrer juntos esta experiencia. Yo lo había decidido y sentía que tenía la fuerza suficiente para estar el menor tiempo posible en aquel pasillo rodeado de ventanas sin vistas y aire sin oxígeno.

Nos sentamos en una mesa redonda y aparecieron el médico psiquiatra y varias enfermeras. Les explicaron a mis padres el procedimiento y cómo era la vida —si es que se le podía llamar así— en aquel sitio. Yo me encontraba totalmente ausente, no creía que en ese lugar iba a despertar y a dormir todos los días, sin mi familia. Sabía lo que estaban sufriendo y experimentaba una gran tristeza en mi interior, ya que algo me impedía recuperarme en mi hogar. Todas esas situaciones paranormales me indujeron de algún modo a no saber gestionar todo cuanto me ocurría y encontrarme en esos momentos en aquel lugar. He de confesar que estos fenómenos no cesaron ni por un momento mientras estuve hospitalizada, si bien aquella mujer se quedó en casa, yo seguía sintiendo seres alrededor a cada segundo, seguía teniendo sueños premonitorios e intuiciones constantes.

Me despedí de mis padres, recuerdo a la perfección sus rostros. Estaban asustados, pero no perdían en ningún momento su fe en mí. Cuando la puerta se cerró, un sentimiento de soledad recorrió mi cuerpo como un rayo. Temblaba ante la idea de estar allí, pero a la vez la luz envolvía todo mi ser. No estaba sola y nunca lo iba a estar, más tarde pude comprobarlo con

certeza.

Una enfermera de modo amable me acompañó a mi nueva habitación. Las paredes grisáceas y vacías eran lo contrario a la calidez y alegría; había dos camas, una de ellas estaba vacía, más tarde llegaría otra paciente con graves problemas alimenticios. Mi cama daba hacia el pasillo, lejos de la ventana. Todos los cristales se encontraban cubiertos de barrotes blancos a modo de prevención, ya que el suicidio era más usual de lo que se creía en los trastornos alimenticios. Eso hacía que el ambiente se sintiera aún más terrorífico y carcelario.

Me informaron que dependía de mí y solamente de mí aquella recuperación. A medida que fuera evolucionando se me darían ciertas ventajas como tener algún peluche, un boli y papel para escribir o una simple foto, pero lo más importante era el aislamiento de mi familia. Si decidía hacer las cosas como estaban planeadas podría tener una llamada y escuchar sus voces e incluso recibir alguna visita. Lo más fabuloso, podría ir a mi casa los fines de semana si aumentaba correctamente de peso. Todo aquello sonaba maravilloso, pero soltar las cuerdas de mi anorexia no sería una tarea fácil. Necesitaría todo el consuelo y el apoyo de esos seres de luz que continuamente me acompañaban: mis guías y ángeles.

Y así fue. Ni los días ni las noches fueron fáciles, pero me quedaba despierta sin duda en las noches. A pesar de estar sola, había muchas luces que jugaban a mi alrededor, yo abría los ojos y podía verlas como un espectáculo de fuegos artificiales. ¿Lo más importante? Sentía amor y profundo acompañamiento. Nadie aún me había explicado quienes eran los guías, pero yo dentro de mí sabía que todas aquellas luces estaban a mi lado y eran mi sustento. Daba igual cuánta oscuridad estuviera también presente porque ellos siempre estarían ahí.

Como la señora de negro ya no estaba todo el tiempo a mi lado sentía un gran alivio. Suponía que seguía en la casa con mi familia, todo me hacía pensar que probablemente aquella era su casa y había sido de su propiedad, antes de morir. La cuestión es que pude respirar un poco, y aunque sentía la tristeza que reinaba en esa planta, yo al menos experimentaba tranquilidad.

En esos momentos de decaimiento, cuando llegamos al fondo de las cosas, la luz está ahí. Es cuestión de verla y sentirla. Y eso a lo largo del tiempo se agradece, porque es justamente en los períodos más complejos cuando más podemos acercarnos a descubrir lo más bello de nosotros mismos. Y cuando lo hacemos, cuando nos damos cuenta de la llama tan pura y brillante que portamos, podemos entender todo. Comprendemos el amor que llega a nosotros desde una multitud de dimensiones. Y si decidimos tomar nuestra andadura desde ahí, cambiamos y el mundo también lo hace.

Apertura psíquica

En cuanto a mis capacidades psíquicas estas se empezaron a abrir más. Dado que ya no sentía ese miedo atroz ante la presencia constante de esa señora, podía ver otros seres andando por los pasillos o en mi habitación y no experimentar tanto miedo. No verla fue algo así como liberarme de las cadenas en una cárcel. Mi sensibilidad fue en aumento. Podía sentir y percibir todo lo que mis compañeras me contaban. Podía percibir cómo se llevaban a cabo sus procesos de sanación, pero también la tristeza que ellas desprendían. Todo lo percibía en mi propia piel, en mi propio ser. Los sueños eran realmente vividos y premonitorios, pero esta vez desde la pura luz. En definitiva, este período lo sentí como un descanso y una gran apertura de mis capacidades

psíquicas. Pude confiar mucho más en ellas y sentir la faceta más luminosa de mis dones. Pude juguetear con aquellos seres de luz y sentirme una más con ellos. Pude ver, aunque fuera un poco, el propósito que había en mí y una de mis misiones de vida.

En cuanto a mi recuperación esta fue en dos meses. Alcancé el peso adecuado y pude salir de allí. A pesar de que los médicos le advirtieron a mi familia de una muy probable recaída yo no volví a ello. No lo hice porque encontré mi chispa. Me encontré a mí misma y entendí todo. Y también porque sentí que había recorrido un camino importante para la familia. Había mostrado algo que se debía trabajar y que mi alma vino a despejar, como lo es una herida profunda de rechazo; por lo tanto, el trabajo había concluido. Y aunque me sentía agotada, no tenía ninguna duda de que mi alma había superado algo que había elegido previamente. Ahora por tanto me tocaba seguir, pero con una sonrisa interna y agradecida infinitamente por todo el gran aprendizaje tanto espiritual como personal que había tenido.

Una mudanza y la señora de negro

Cuando salí de aquella clínica también salió aquella parte de mí que había dejado de comer. Era sin duda otra persona, aunque débil físicamente, la fuerza interna que me rodeaba era mucho más intensa. No solo salí de aquel hospital sino también lo hicimos de aquella casa y, por ende, hubo una despedida de aquella señora de negro, aunque de forma inconsciente.

Casi todas las tardes mi madre y yo paseábamos e íbamos hacia la casa de mis tías. Era como nuestro refugio de charlas y de risas. Mi madre decidió de un modo natural decirle a mi tía Amelia que en aquella casa de antes pasaban cosas paranormales.

Os he de decir que sentí alivio a la par que mis labios se quedaron mudos y mi corazón palpitaba por saber su respuesta. Mi tía cerró los ojos y en cuestión de segundos estaba sin que nadie le diera ningún dato, describiendo con total seguridad a aquella señora que yo había estado viendo durante siete años de mi vida. A mí solo me quedaba asentir con mi cabeza a todo lo que estaba diciendo. Además, sentí tranquilidad y mucha sorpresa al saber que a mi madre también le ocurrían estos sucesos paranormales. “Qué curioso que las dos lo vivíamos en silencio”, pensé.

Nos contó que aquella mujer había muerto enfadada en aquella casa. Tenía problemas con sus hijos y con su marido y, por ende, estaba muy apegada a la materia. Es decir, a su casa. Por lo tanto, no sabía que estaba fallecida. Y además para ella nosotros éramos como unos ocupas ilegales en su vivienda. Su objetivo de algún modo era que nos fuéramos de allí. Desde mi alma sentí que en verdad ella quería ayuda, pero su enfado le impedía verlo.

Recuerdo cómo mi tía se dirigió a mí y me preguntó que por qué no le había dicho nada antes. No supe cómo explicarle que el miedo me tenía tan atrapada que era dueño absoluto de cada una de mis acciones y directrices.

Sentí compasión por la señora de negro. Recé por ella mucho y no tuve ningún rencor hacia su alma. A los años después pude tener una visión. Se trataba de una luz destellante que salía de todas las ventanas de aquel piso. Dicha luz se convertía en una flor y supe que ella se había marchado a la luz, al hogar. Sonreí tan fuerte que sentí que ella sonrió conmigo.

Tiempo después en un intercambio de consultas de mediumnidad con una compañera, con el fin de practicar apareció, la señora de negro. Le proporcionó multitud de evidencias y algo precioso

ocurrió: me pidió disculpas y dijo que ya estaba en la luz.

No tenía por qué disculparse pensé. Yo, de algún modo, la había escogido como maestra. Le agradecí el gesto y sentí dentro de mí un abrazo entre dimensiones de nuestras almas. Y así es como finaliza el capítulo con aquella señora. Al tiempo supe que su nombre es Encarna. Yo le llamo Encarni con cariño. Un alma que en medio de estados atormentados emocionales se quedó atrapada en su propio sentir pero que ahora ya goza de la luz divina en el hogar. Gracias Encarni, por tanto.

Nuestro guía espiritual principal

Todos y cada uno de nosotros estamos protegidos por un séquito de seres de luz. Aquel que más nos conoce, porque ha compartido con nosotros cientos de vidas, es nuestro guía principal. Es como una prolongación más de nuestra alma, una voz interna que nos guía y que se presenta en ocasiones como hombre o mujer para que podamos identificarlo, aunque en realidad es de sexo neutro. Lo cierto es que no es más que un núcleo de alta vibración que nos ayuda mientras estamos en este planeta y nos acompaña cuando viajamos a nuestro verdadero hogar, el más allá.

Nuestro guía principal no va a interceder nunca en nuestro camino. Como la palabra indica es un guía. Es decir, nos va a ir susurrando diariamente mediante una multitud de señales el camino que hemos de recorrer, haciéndonos recordar las misiones y el plan prenatal que nosotros hemos elegido antes de inscribirnos en este planeta Tierra. Sabiendo que somos cocreadores y estamos adheridos a la Ley del Libre Albedrío. Somos, por tanto, los responsables de nuestras acciones. Nosotros decidimos si la lección va a ser aprendida o no. Decidimos cuánto queremos profundizar en esta existencia.

Cuando reconocemos a nuestro guía principal automáticamente nos reconocemos a nosotros mismos, ya sea que percibamos un color, una vibración, un sentimiento o un aspecto “físico”. Cualquier característica que este tenga resuena con algo que nos es propio. Es como un punto de partida en la búsqueda interna. No es casualidad que nuestro guía se manifieste, por ejemplo, con características celtas, a través de un libro cualquiera o que tenga un aspecto masculino. Esto nos dirá que nuestra alma ha trabajado estas cualidades en una vida muy profundamente. Por lo tanto, profundizar en dicha cultura, observar la dimensión masculina o leer esas páginas siempre nos servirá.

En el momento en el que nuestro ser reconoce la presencia del guía se nos abre un camino de paz y comunicación profunda. Nuestra luz interior estalla más allá del ego y de ella brota una gran cantidad de amor y compasión. En realidad, poco importa su nombre o género, ellos son un símbolo de que hay un mundo de posibilidades tras nuestra muerte física. Cuando conectamos con su sabiduría, reconocemos cuán conectados estamos y el sentido del yo puramente material al que nos aferramos constantemente desaparece. Se nos abre un sentimiento amoroso a todo cuanto realizamos en el día a día y la relevancia de lo material deja de ser prioridad. Vamos más allá del mundo consumista en el que estamos insertos, pudiendo encontrar la luz divina, especial y única que cada uno de nosotros portamos.

Logramos entender la magia de cada instante, la importancia de nuestra respiración y podemos agradecer cada uno de los momentos vividos y por vivir. La Tierra es una gran escuela donde aprendemos a comprender que lo que realmente importa es el amor y su presencia en toda la

existencia. Esta es la energía que mueve los hilos del universo, donde cohabitan el todo y la nada al mismo tiempo. Todos somos parte de un todo, de un mismo núcleo, una misma luz. La experiencia de separación es propia de la vida terrenal, nace de los intereses mundanos, los conflictos y el deseo de sentirse superior a otro. Dios, o como prefiráis llamarlo, no reconoce estadios o clases de seres. Vivamos, respiremos, amemos en cada segundo de nuestra existencia, equivoquémonos como niños que experimentan un juego. La vida terrenal no es más que un disfrute limitado de las capacidades y el cumplimiento de ciertas misiones y limpieza de otras.

Sentid la energía que viene del cielo, cómo estos seres de luz nos acompañan y cobijan nuestras lágrimas, pesares y preocupaciones. Conectad con ellos a cada instante y os daréis cuenta de que nunca estamos solos, ni siquiera por un segundo. ¿Cómo hacerlo? Pues a través del silencio de la mente y la calidez del corazón, esto es lo más cerca que estamos de nuestra alma. Todos tenemos un maestro espiritual dentro, su palabra es sagrada, no es necesario buscar afuera, sino más bien mirar dentro, sentir el palpitar del corazón ahí está la respuesta para el sentido de la vida y el dolor que experimentamos.

Abrid un hilo de comunicación con vuestro guía. Iniciad el diálogo. Y sí, hacedlo desde lo terrenal. Como si tuvierais el privilegio de conocer a una persona maravillosa. Hacedle preguntas y que vea vuestra intención de ese encuentro. Pedidle señales concretas y divertiros en ellas. No tiene por qué tener relación con lo espiritual, puede ser una camiseta de colores, un bolso lleno de purpurina, cualquier cosa sirve.

El guía principal se sentirá muy emocionado de vuestro reconocimiento y empezará a trabajar activamente con vosotros. Ahora sí, tened paciencia y no os apresuréis. Todo lleva su proceso y vuestro guía irá manteniendo una comunicación paulatina para que vayáis entendiendo cada paso y no os abruméis. Os invito, por tanto, a que entréis en el mundo tan apasionante de conocer a vuestro gran protector.

Capítulo 11

Bailando con un ángel

Una vez salí de la anorexia decidí inscribirme en una academia de baile de salón cercana a mi pueblo, y allí conocí a alguien muy especial: Andreu. Sin duda, uno de los seres más extraordinarios que se han cruzado en mi vida, con un corazón noble y puro, y una generosa capacidad para amar a los demás y al mundo. En resumen, un individuo único.

Andreu de 19 años de edad tenía cabello rizado y una estatura mediana, pero lo que más destacaba en él era su asombrosa belleza interior. Sus ojos, de un tono miel, eran un reflejo perfecto de su alma, hablaban por sí mismos sin necesidad de palabras. Su sonrisa tenía el poder de iluminar cualquier espacio y llenarlo de alegría. Era una persona con un espíritu bondadoso, amoroso y delicadamente sensible.

Nos encontramos por primera vez en ese salón de baile, rodeados de otras personas, y nuestra conexión fue instantánea. Había algo familiar, a pesar de que nunca antes nos habíamos visto. Algo sabio y profundo emergió casi al primer contacto y desde ese entonces nuestras almas comenzaron a vibrar en conjunto.

La amistad se desarrolló de inmediato, rápidamente empezamos a compartir confidencias, abrazos y lágrimas que fortalecieron aún más el lazo que ya existía desde otras vidas. Debo admitir que, gracias a él, recuperé la alegría de vivir y el deseo de experimentar nuevas situaciones. De algún modo, él reflejaba en mí mi propia luz. El día en que me recogía en su Peugeot amarillo se convirtió en el más esperado de todos. Juntos reíamos, cantábamos y nos preparábamos para bailar, haciendo que nuestro amor profundo y nuestras almas danzaran tanto en el cielo como en el suelo al ritmo del chachachá o la salsa. Bailar cada día con ese maravilloso ángel era un regalo que no dejaba lugar a dudas.

Éramos inseparables. Cuando yo tenía algún problema, él lo percibía sin que yo pronunciara una sola palabra, y se presentaba en mi casa. Yo hacía lo mismo por él. Sentía que nunca encontraría a alguien igual.

La situación de Andreu no era sencilla ni cómoda, a pesar de que su orientación sexual no debería haber sido un problema en absoluto. Él era homosexual, pero el verdadero obstáculo estaba en su familia, que no aceptaba completamente esta parte de su identidad. A pesar de la luminosa persona que él era, ellos solo podían ver esa dimensión de él. Por ello, sus lágrimas eran una presencia constante en mi hombro. Cada día se sentía más abatido, y su relación actual tampoco iba bien. Las continuas infidelidades y engaños eran realmente un peso en su espalda. Sentía el rechazo constante a su alrededor, incluso dentro de su propio hogar, y esa carga se volvía cada vez más abrumadora para él. La chispa en sus ojos había perdido su brillo anterior, y su sonrisa apenas se dibujaba, aunque siempre trataba de hacerlo.

Un día, mientras estábamos sentados en el coche, nos miramos y él me confesó abiertamente que no se encontraba bien. Los servicios psicológicos del ambulatorio simplemente le habían

recetado unas pastillas que debía tomar, algo a lo que él se negaba de forma rotunda. Las visitas se habían limitado a una vez al mes y no estaban ayudando en absoluto a mejorar su situación.

Vi su alma sufrir y pude sentir el mismo dolor que él experimentaba. Por ello saqué de mi cartera la tarjeta de una psicóloga. Él tomó la tarjeta y la guardó en su billetera, pero me dijo que no quería buscar ayuda porque consideraba que eso era para personas débiles.

Hablé con él, más bien dejé hablar a mi corazón, pero nuestras palabras quedaron atrapadas entre lágrimas en el interior de su coche amarillo, con la tarjeta aún guardada en su billetera. Al final del día, la decisión era suya, y yo respeté su elección.

Las semanas pasaron. Recuerdo una escena que me rompió el corazón mientras caminábamos por el parque de mi pueblo. Vimos a lo lejos a su padre con su hermanito pequeño. Supuse que nos detendríamos para saludarlos, así que reduje el paso, pero su padre pasó de largo como si fuéramos unos completos desconocidos.

Experimenté un vacío dentro de mí y un profundo desagrado en mi corazón. No me atrevía a mirar a Andreu, pero le tomé de la mano. La injusticia de la situación me generaba una gran impotencia, pero sabía que había poco que pudiera hacer; simplemente, así era la realidad.

Dejé de juzgar hace años cuando comprendí que todo, absolutamente cada detalle de los que observamos y percibimos, es como debe ser; perfecto a su propia manera. Aquella familia, esos amigos y vecinos que mostraron rechazo, quizás no contaban con las herramientas para comprender una simple orientación sexual, o si las tenían, optaron por no usarlas. Todos cargamos con miedos e inseguridades, tanto de esta vida como de otras, y cada uno de nosotros necesita un constante proceso de aprendizaje para resolverlos. Además, también debemos tener presente el hecho de que elegimos a nuestro papá y mamá, ellos son en cierto sentido nuestros maestros.

El aprendizaje para los padres de Andreu probablemente implicaba la aceptación de una condición “diferente” a la norma social preestablecida. Tenían que mirar más allá de las expectativas convencionales y reconocer a su hijo en su totalidad, abrazando y comprendiendo lo que inicialmente les resultaba desconocido. Debían ver lo extraordinario de su ser y encontrar el amor en cada partícula. A veces, no cumplimos con los objetivos de aprendizaje que nos proponemos en una vida y necesitamos múltiples experiencias; a veces pasa que, si tenemos el valor y la conciencia adecuados, podemos resolver conflictos internos en una sola.

El aprendizaje de Andreu, posiblemente, consistía en aceptar el rechazo que experimentaba como parte de su camino y transformarlo en fortaleza interna, así como en un profundo reconocimiento de su identidad. Debía asumir quién realmente era y seguir adelante con su felicidad, sus proyectos, su luz y su sonrisa. Debía aceptarse a sí mismo y, al mismo tiempo, ofrecer a su familia el aprendizaje de transformar la desaprobación en amor propio incondicional. Sin embargo, lamentablemente, no logró realizarlo.

Era un sábado de septiembre, aún sentíamos el sofocante calor que agosto había dejado a su paso. Estaba emocionada esperando a Andreu para el baile. Nuestro profesor había reconocido la energía que irradiábamos en la sala y nos había propuesto participar en competencias futuras, pero para ello debíamos trabajar duro y pasar muchas horas juntos. Aceptamos de inmediato, ya que hacerlo bailando era una de las mejores sensaciones para ambos. Nos citó aquel sábado por

la tarde para comenzar el entrenamiento.

Durante la semana previa, estuvimos juntos todas las tardes, conversando, paseando y viendo videos de bailarines profesionales con gran entusiasmo. Sin embargo, yo notaba que algo no estaba bien. Su mirada estaba perdida, distante y su energía era diferente.

El viernes por la tarde, estábamos frente a mi casa cuando me informó que no sabía qué hacer el sábado por la mañana. Su expareja le había pedido que lo visitara, pero Andreu había descubierto cosas que no le habían gustado. A pesar de eso, seguía deseando verlo. Para ello, debía tomar el coche e ir a Denia, un municipio situado en la costa de la provincia de Alicante. Y el sábado por la tarde volver a Llíria para entrenar conmigo. Lo abracé, le dije que no fuera, algo dentro de mí, un presentimiento, me advirtió que pronunciara las palabras adecuadas para convencerlo. No debía ir, era una sensación amarga que resonaba en mi cabeza como una advertencia, como si alguien me estuviera alertando sobre algo. Además, esa noche de sábado íbamos a un concierto de Carlos Baute en Llíria, un cantante que a ambos nos encantaba. Teníamos un día perfecto por delante, un fin de semana ideal para sonreír y disfrutar juntos.

Dejé salir todas las palabras que brotaban de mi corazón, parecían guiadas por alguna fuerza superior, como si esta fuera mi última oportunidad, y así lo sentía. Él no dijo nada, me miró con indecisión y me comunicó que lo pensaría. Nos abrazamos, un abrazo largo que acercó aún más nuestra luz. Subí a casa, desconcertada por la situación. Intenté centrarme en el día siguiente, el que nos esperaba lleno de alegría y diversión juntos. Sabía que tenía que ayudarlo, ya que tenía pocos apoyos a su alrededor.

Llegó aquel sábado el 23 de septiembre, almorcé y pasé un poco de tiempo frente al ordenador. A las 16:00, esperaba la llamada de Andreu. Me iba a avisar que bajara para encontrarnos. Me había arreglado un poco más de lo usual porque era un día especial. Mis zapatos de baile estaban limpios y listos, mi mochila preparada, y yo ansiosa por comenzar este nuevo camino, el de la danza profesional con él.

Las cuatro de la tarde llegaron, pero nadie llamó al teléfono. Pensé que tal vez se había retrasado, quizás había viajado a Denia, a pesar de mis ruegos para que no lo hiciera. Me quedé en el ordenador, tratando de calmar mis preocupaciones con justificaciones racionales, pero había una creciente sensación de inseguridad en mi estómago que no lograba disipar. Permanecí un poco más frente a la pantalla, pero experimentaba una creciente preocupación que las justificaciones de mi mente no lograban calmar.

A medida que se acercaban las cinco de la tarde, esta seguía en aumento. Decidí llamar a su padre, no sabía por qué tenía su número, pero lo tenía. Al principio, no entendí nada, solo escuché un balbuceo entre lágrimas. Me concentré para oírlo mejor y tuvimos la siguiente conversación:

—Hola, estoy esperando a Andreu para ir a bailar, pero no aparece. ¿Sabes algo de él? —pregunté con esperanza.
—Bueno, sí —respondió con dificultad.
—Acaban de llamarme e informarme que Andreu tuvo un pequeño accidente con su coche, pero está bien. Me dijeron que debería dirigirme allí —su voz temblaba y podía sentir su nerviosismo desde el otro lado.

—¿Pero él está bien? —pregunté con gran preocupación.
—Sí, te tengo que dejar, tengo que irme.

Nuestra conversación terminó de forma abrupta. Inmediatamente después de escuchar su voz, supe que lo que me había contado no coincidía con lo que realmente había ocurrido. Sentí una intensa premonición en mi alma, como si los seres de luz estuvieran rodeándome y formaran un círculo.

Decidí acostarme para intentar tranquilizarme, y mi mente seguía repitiendo: "seguro que está bien para ir al concierto esta noche". Sin embargo, mi alma tenía un mensaje completamente distinto. Cerré los ojos, coloqué las manos en mi estómago y tuve una visión nítida, algo que nunca antes me había sucedido con tanta claridad fuera de los sueños. Vi que Andreu ya no estaba con nosotros, se había ido, y algo malo había sucedido. No se trataba solo del accidente, era algo más profundo. Esta visión, con una mezcla de colores, escenas y emociones, me impulsó a levantarme de la cama de inmediato. Necesitaba saber la verdad, mientras hacía lo necesario las lágrimas ya recorrían mi rostro antes de obtener más información. Cuando una premonición te invade de esa manera, cualquier duda se desvanece, ya que se siente más real que la propia vida que estás experimentando.

Fui directa al ordenador, sin entender por qué, en busca de respuestas, mientras el sudor perlaba mi frente. Pedí ayuda interiormente, confiando en que los seres de luz me proporcionarían alguna respuesta. Cuando permites que la dirección y el apoyo de los guías o seres que nos acompañan te lleven, la mente queda en un segundo plano, y de forma inexplicable, te encuentras con la solución de inmediato.

En aquellos tiempos no existía el WhatsApp, sí el Messenger, un chat con el cual podías interactuar con todos tus amigos y era el que se utilizaba. Por lo tanto, y para buscar respuestas, abrí el chat de mi prima Carmen de forma intuitiva. Ella conocía a mi mejor amigo, aunque su relación no era muy cercana. Simplemente se ubicaban a través de amigos en común. A pesar de eso, seguí mis instintos y dejé que todo fluyera.

Empecé a escribir en su chat, con los dedos temblorosos y una sensación de que algo muy intenso estaba por suceder en ese día. Dentro de mí, sabía que tendría que enfrentar una situación extremadamente difícil.

> Hola Carmen, ¿sabes algo de Andreu? Me dijeron que había tenido un accidente de coche, pero que él está bien. ¿Nos vemos esta noche en el concierto?

No sé por qué mencioné el concierto. Mi mente buscaba esperanzas, tenía miedo de la respuesta y ansiaba estar con él allí más que nunca en ese momento.

Vi que Carmen leyó el mensaje, pero no me respondió de inmediato. Pasaron unos momentos, unos segundos, y mi teléfono sonó. Me sobresalté, mi cuerpo y mis manos comenzaron a temblar. No sabía quién estaba llamando, no quería contestar, pero lo hice.

Era mi prima, había leído mi mensaje y la respuesta que necesitaba no podía escribirla en un chat, así que decidió llamarme. Fue ella quien me dio la noticia:

—¿No sabes lo que le pasó a Andreu? —dijo nerviosa.
—No, ¿y tú? —estaba preparada para escucharlo, sabía que iba a ser un golpe muy profundo.

—Andreu se ha suicidado. Se arrojó a las vías del tren esta mañana en Gandía. Lo siento —su voz reflejaba lo difícil que era para ella darme esa noticia. Sabía que Andreu era parte de mí.

No recuerdo qué palabras salieron de mi boca a partir de ese momento, solo colgué rápidamente. ¿Qué se supone que se puede decir en una situación así? Estaba sumida en un dolor extremo y profundo que solo podría curarse con el tiempo y mucho amor. Lloré y me quedé totalmente inmóvil. No podía asimilar nada de lo que estaba pasando; las lágrimas no me proporcionaban ningún consuelo. Después de un tiempo en ese estado, tomé la decisión de salir al pasillo de mi casa, arrastrando los pies. Por un instante, no sabía quién era, ni dónde me encontraba, solo sabía que la vida me había arrebatado a mi otra mitad.

Busqué a mi madre, que era la única persona en casa en ese momento. La encontré en su habitación doblando calcetines. Cuando se volvió y me vio en ese estado, me preguntó de inmediato, y yo no sabía qué decir. Decirlo en voz alta parecía hacerlo aún más real, y no quería afrontarlo, pero lo hice:

—Andreu ya no está, mamá. Se ha suicidado —cada palabra era como un puñal clavado en el corazón, pero ya lo había expresado.

Su rostro se petrificó, y me abrazó. Siempre fui muy reservada con mis propios problemas, probablemente porque nadie me enseñó a hacer lo contrario, pero cuando se trataba de las dificultades de los demás, era como una caja fuerte. Entendía la importancia de mantener la confidencialidad cuando alguien confiaba en mí para compartir algo, pero mi madre ya tenía algún conocimiento de la situación de Andreu. Vivíamos en un pueblo pequeño, y todos parecían saber hasta el más mínimo detalle.

Nadie podía aliviar mi dolor en esos momentos, ni tampoco los días siguientes, sentía una profunda culpabilidad. Me preguntaba una y otra vez si había hecho lo suficiente, si debí haber dicho más ese viernes, si pude haber hecho algo para evitarlo. Sin embargo, ya no tenía respuestas para esas preguntas; eso había quedado atrás, y ahora estaba viviendo un presente doloroso y un futuro sin él, mi ángel.

Me enteré de que había dejado una carta escrita antes de quitarse la vida, en la que señalaba que nadie, absolutamente nadie, tenía la culpa de lo que acababa de hacer. Me pregunté durante un rato si me había mencionado algo de ello, pero en realidad, no me importó. Los dos sabíamos del amor que sentíamos el uno por el otro, y teníamos claro que eso nunca moriría.

En aquellos tiempos estudiaba en el instituto y no permitían ninguna salida al exterior por seguridad. Supliqué junto con un compañero de clase, David, que también conocía a Andreu, poder ir al tanatorio. Mi rostro era devastador y las lágrimas se habían vuelto compañeras del día a día, por lo que el director no tuvo ningún tipo de objeción para dejar despedirme de él.

El tanatorio estaba alejado del instituto a pie, y mientras recorríamos el camino en silencio, mi compañero de clase David finalmente habló:

—Ya lo había intentado varias veces, me lo comentaron sus padres —dijo David, con la necesidad de compartir lo que llevaba dentro.
—¿Intentar qué? —formulé una pregunta cuya respuesta ya conocía.
—Suicidarse. Lo intentó de varias formas, pero esta fue la definitiva —dijo con la voz

entrecortada.

Debo admitir que me sentí mal al darme cuenta de que no sabía nada de ello. Enterarme de que Andreu había llevado todo eso en secreto me destrozó por dentro. Era posible que no quisiera lastimarme con esas confesiones, lo que me hizo darme cuenta de que todas las palabras que habíamos compartido durante horas, años, podrían haber sido un reflejo de un sufrimiento mucho más profundo de lo que yo había imaginado. Una especie de comprensión y sabiduría llegó a mí en ese momento y me hizo entender que el arrepentimiento no proporcionaba respuestas, solo prolongaba el dolor y el sufrimiento.

Finalmente, entre palabras entrecortadas y confesiones, llegamos al tanatorio. La primera persona que vi y pude sentir desde la distancia fue su padre. Un hombre de estatura media, con cierto parecido a su hijo, tez morena y bastante delgado. Vestía de negro y se encontraba en medio de una fila recta de familiares, aparentemente desorientado en tiempo y espacio, con el rostro desencajado, probablemente debido a la medicación que había ingerido.

Sentí una inmensa necesidad de abrazarlo, de ofrecerle mis brazos llenos de compasión y amor. Podía percibir que su alma ansiaba comprensión y noté un halo de arrepentimiento a su alrededor.

Me dirigí hacia él, pero no pude encontrar las palabras adecuadas. En su lugar, levanté las manos, y antes de que mis manos tocaran su espalda, sus brazos ya me habían rodeado con fuerza. Lo hizo con una intensidad que nunca antes había experimentado, y entre sollozos, me hizo una confesión:

—Dime que bailaré contigo como lo hacía Andreu, quiero sentirme como él cuando danzaba contigo. Lo siento, lo siento mucho por todo —me lo dijo con un tono cargado de emoción y remordimiento.
—Claro que lo haremos —respondí como pude, y lo abracé aún más fuerte.

Ese baile nunca se concretó. Por diversas circunstancias, ninguno de los dos supimos cómo cumplir ese último deseo. Sin embargo, más allá de ello, lo que realmente importó fueron esas palabras y la comprensión y el amor que emanaban de lo más profundo de su alma.

Algo en ese momento me reconfortó. Dentro de mí, pude sentir con certeza que Andreu estaba presente en ese instante, y con toda mi experiencia posterior, no tengo ninguna duda al respecto. Solo experimenté un amor sin juicio por cada miembro de la familia, especialmente por los padres que, desde su desconocimiento, no podían comprender más allá de lo que consideraban inadecuado, como la homosexualidad.

En ese momento, éramos uno solo, envueltos en la luz que emanaba de la presencia de Andreu. Era como una especie de bendición enviada desde el universo a través de las manos de mi mejor amigo, y si esas emociones se hubieran traducido en palabras, habrían sido algo así como:

> *“Todos somos amor, la unión entre vosotros después de lo sucedido, a través de la compasión y la comprensión, abrirá muchas lecciones en cada uno. Volveré, reencarnaré y lo haré para seguir superando y evolucionando en cada lección. Nos veremos pronto, nos reencontraremos aquí o allá, pero nos encontraremos”.*

Al escribir estas palabras, este capítulo y este libro, siento que él está muy cerca de mí. Las

palabras resuenan en mi interior de la misma manera en que lo hace el sonido vibratorio en el cuerpo de una guitarra al ser tocada.

¿Cómo sé que esto es real y no producto de mi imaginación? Es sencillo; las sensaciones acompañadas de mensajes son como una sonrisa interna, un escalofrío, una sensación de calor y de amor infinito y no pueden ser maquilladas ni confundidas con nada más. Son, simplemente, mensajes del universo, y me invade una sensación de calma y felicidad mientras escribo estas letras y canalizo parte del libro. Y cada una de estas palabras van para ti mi gran querido amigo, mi alma afín, mi luz compartida, allá donde estés.

El mapa de la existencia

Días después decidí visitar a mi tía Amelia. Hace un tiempo atrás había ido a su casa porque me dolía la barriga. En ese momento, aún no conocía ni había leído nada sobre la curandería o la mediumnidad. Mi sabiduría se basaba en mi experiencia y en la observación atenta de mi tía mientras colocaba las manos, susurraba o atendía según lo que iba sintiendo. Para mí, ella era una fuente de admiración absoluta.

Mi tía era una mujer callada y de gran corazón. Siempre estaba rodeada de los numerosos gatos, quienes a menudo encontraban en ella la energía perfecta para reclamar un lugar especial entre sus piernas. Me senté, y ella colocó sus manos sobre mí. De inmediato, experimenté un calor que parecía penetrar en cada rincón de mi ser, junto con una sensación de relajación y paz interna verdadera. Simplemente me dejé llevar y cerré los ojos.

Luego, ella concluyó con unas palmaditas en la espalda, lo cual me pareció bastante curioso. Mi ser se sentía tranquilo, y el diagnóstico resultó ser una indigestión de macarrones que había comido hacía un día. Me sorprendió. ¿Cómo podía ella saber el tipo de comida que tenía en mi estómago cuando nadie más lo sabía? ¿Tenía el don de ver a través de las personas? ¿Qué poder tenían sus manos? Me fui a casa con un sinfín de preguntas sin respuesta. Mi tía solía ser muy reservada con respecto a esta información, sobre todo por el miedo que sentía hacia todos los temas espirituales, sorprendentemente. Pero esa tarde, después de la muerte de Andreu fue diferente.

Después de apartar sus manos de mi espalda, tomó las mías, respiró profundamente y me dijo lo siguiente:

—Tu amigo Andreu está pasando por un momento difícil. Se siente confundido y perdido. Ora por él, yo lo hago todos los días —dijo con voz firme, pero llena de amor.
—Lo haré, tía. Rezaré mucho por él —respondí con voz suave.

Con las manos de mi tía aún en las mías, de repente tuve una visión y recordé un sueño que había tenido días atrás. Cuando tenía 15 años, los sueños premonitorios y los viajes astrales se volvían más frecuentes, y esa noche Andreu me visitó en uno de esos sueños. Sabía que podía hacerlo, que yo lo recordaría y que de alguna manera podría ayudarlo.

En el sueño, me encontraba en una especie de habitación cuadrada y muy oscura, apenas entraba luz, pero podía ver que era él. En aquellas cuatro paredes había puertas, todas del mismo tamaño, alrededor de tres en cada tabique. Andreu tenía el mismo aspecto que cuando nos dejó, pero la expresión de su rostro estaba completamente alterada, mostraba miedo y conmoción

mientras intentaba abrir cada una de las puertas, como si estuviera buscando algo desesperadamente.

Mi cuerpo estaba en una de las esquinas de la habitación, observándolo en silencio. De repente, se acercó a mí y me dijo lo siguiente:

—Raquel, me siento muy perdido, por favor, ayúdame. No encuentro la salida, ayúdame —me dijo con su rostro más cerca y sus ojos llenos de lágrimas que reflejaban una gran angustia.

El sueño terminó, el escenario desapareció y con él Andreu. Me desperté a la mañana siguiente extremadamente conmocionada. Estaba contenta porque lo había visto, había estado con él, pero ese sentimiento jubiloso se desvaneció rápidamente cuando recordé todo lo demás.

En aquel momento, carecía de la experiencia y la información que poseo en la actualidad. No sabía que los suicidas enfrentan a veces, no siempre, un proceso complicado en su tránsito hacia el más allá cuando deciden romper su contrato de vida. El choque que experimentan al darse cuenta de lo que han hecho les provoca una intensa sensación de culpabilidad y dolor, eliminando cualquier juicio externo que pudiera ejercerse sobre ellos. En el más allá, no existen juicios; hay un reconocimiento principalmente propio de lo que hemos superado o no.

Muchos pacientes que han tenido experiencias cercanas a la muerte, conocidas como ECM han compartido valiosas enseñanzas al respecto. Autores como Raymond Moody, en su aclamado libro *La vida después de la vida*, recopilan estos testimonios. Al abandonar el cuerpo y tener una visión completa de lo que ocurre a su alrededor, el alma experimenta una revisión de su vida desde el nacimiento hasta la muerte. Durante esta es consciente de sus errores y aciertos, pero no se le castiga ni juzga.

Es esencial comprender que el infierno o el cielo no son lugares de destino predeterminado para el alma según un juicio de un tribunal supremo. Son, en cambio, estados mentales que el alma experimenta al desprenderse del cuerpo físico. Aprender a morir es tan importante como aprender a vivir.

Si el alma lleva consigo un estado mental impregnado de odio, rabia, ego, engaños o culpabilidad, la transición hacia el hogar, hacia el más allá, puede ser difícil y problemática. Las almas perdidas, que no han logrado hacer esta transición, se encuentran en un estado mental de oscuridad y confusión. Algunas buscan desesperadamente una salida, otras intentan encontrar a alguien que las ayude a resolver asuntos pendientes, como una reconciliación o unas palabras amables hacia un ser querido. Otras, en cambio, se niegan a aceptar que han muerto debido a su apego a posesiones y objetos materiales que consideran fuente de poder, algo similar a lo que experimenté con la señora de negro y su casa.

Es fundamental comprender la importancia de morir de manera consciente y amorosa, rodeados de seres queridos que nos brinden apoyo y nos ayuden a despedirnos. Debemos reconocer que todo lo que hemos hecho en esta vida lo hemos hecho de la mejor manera posible y que cada acción ha estado destinada a ayudar a los demás. Elisabeth Kübler-Ross, en su libro *La rueda de la vida*, enfatizó la relevancia de una muerte digna, en la que estemos rodeados de lo que nos brinda paz y acompañados por seres queridos, con la menor cantidad de medicación posible para evitar el aturdimiento que esta pueda causar. Kübler-Ross fue una defensora incansable del acompañamiento de los moribundos y del derecho a una vida, pero sobre todo a una muerte

digna, ampliando nuestra comprensión de la realidad hacia un plano con infinitas posibilidades, como es el más allá.

En ese momento, tumbada en mi cama y sin apenas moverme, sentí que Andreu estaba perdido. Había experimentado un gran shock al descubrir que la vida continuaba y se encontraba aturdido y confundido. Su estado mental correspondía a esa confusión y su alma vagaba por escenarios que reflejaban su estado de desorientación.

Durante esos días, no sabía cómo actuar ni qué hacer, ya que carecía de los conocimientos necesarios. Sin embargo, cerré los ojos y escuché mi intuición, que me pedía calma y una medicina simple, pero poderosa: pensar en él, visualizar su rostro y enviarle amor y luz. Aunque no sabía si iba por el camino correcto, estaba en sintonía con mi ser superior y las necesidades de Andreu en ese momento.

Después de la revelación que mi tía me hizo, pude finalmente unir todos los puntos y confiar plenamente en mis premoniciones diarias. Me inundó una fuerza interior, estaba decidida a ayudar a Andreu como nunca antes lo había hecho. Rezaría y enviaría luz y amor desde lo más profundo de mí para que el oscuro escenario de incertidumbre que lo rodeaba se transformara en uno lleno de luz, paz y dulzura.

Aunque soñé con Andreu en algunas ocasiones posteriores, ya no lo vi atrapado en esa atmósfera confusa. Muchos médiums sostienen que las almas de quienes se quitan la vida a menudo quedan ancladas en la Tierra y reencarnan más rápido que aquellos que mueren naturalmente. Quiero afirmar que no quedan atrapados en ningún espacio de sufrimiento, pueden permanecer confusos un tiempo, pero la luz siempre les espera con amor y gozo. He podido hablar con espíritus en consultas que se habían suicidado y muchos de ellos habían llegado directamente a la luz. Su mensaje era el siguiente:

> *"Soy feliz. Aquellos que tomamos esta decisión estudiamos con nuestros guías qué nos ha llevado a ello, así como nuestras próximas vidas para que no volvamos a escoger dicha muerte. Aquí es todo amor".*

Los familiares tienen un papel importante en cuanto a aceptar y reconocer el modo de muerte sin experimentar vergüenza o responsabilizarse por ello, aunque esto último sea complicado. Por ejemplo, si repiten de corazón esta afirmación: "Honro tu partida a la vez que la acepto. Fuiste libre en tu decisión y venero el amor que nos une en un infinito universo", se puede soltar la angustia y culpa que un evento así puede generar en la familia o personas cercanas.

En definitiva, estoy segura de que Andreu abordará su próxima reencarnación con valentía y vivacidad. Aun así, un fragmento de su alma siempre estará para el reencuentro de todos nosotros cuando transcendamos.

La biblioteca de nuestra alma

Debemos ser viajeros conscientes, cartógrafos de nuestro propio mapa de vida. Creamos, aprendemos y disfrutamos de nuestro viaje, pero nunca debemos optar por romper ese mapa como una solución a los problemas que enfrentamos. En lugar de eso, podemos tomar consciencia, revisarlo las veces que sea necesario, tomar descansos en áreas de servicio o detenernos en lugares con aire fresco durante períodos prolongados. El suicidio no borra el mapa de nuestra existencia; en cambio, la vida misma es una oportunidad para explorarlo más a fondo y descubrirnos a nosotros mismos y al universo en cada paso del camino.

Somos almas que habitamos cuerpos y hemos experimentado una diversidad de vivencias complejas. Cada una es como un hilo de lana que se teje y se entrelaza con otros hilos de diferentes colores, formas y texturas, creando una vasta red de historias y conexiones que llevamos impresas en nuestras almas. Esto se asemeja a los llamados *registros akáshicos*. Estos registros no tienen una ubicación física específica, sino que son inherentes al "ADN" del alma.

En muchas ocasiones, nuestra mente busca dar forma y explicación a palabras e incidentes inusuales, incluso cuando son difíciles de comprender. Podemos imaginar estos eventos como libros en una vasta biblioteca que contienen millones de historias de nuestras diversas vidas encarnadas.

Estas historias y experiencias nos permiten abordar y superar ciertas "asignaturas" que hemos elegido antes de encarnar en esta vida, como la compasión, el amor, la confianza o el miedo, entre otras. Cada experiencia que enfrentamos contribuye a nuestra evolución y al logro de estas lecciones.

Es importante recordar que tenemos libre albedrío en nuestras acciones y somos cocreadores de nuestra realidad y nuestro camino. Nuestros miedos y fobias no son solo el resultado de nuestra infancia; también están influenciados por nuestro "ADN" en lo más profundo de nuestro ser, que nos guía hacia ciertas acciones y comportamientos. Aunque la influencia de nuestros padres y nuestra herencia genética también juegan un papel importante, todo esto forma parte de nuestro plan de vida que, como he dicho antes, acordamos antes de nacer, que incluye incluso el entorno familiar que nos rodeará.

Recuerdo un sueño en el que entraba en un vasto salón lleno de estantes infinitos. En el centro, había un anciano que parecía ser el guardián de todos esos libros. En el sueño, tenía la capacidad de iluminar cada uno de esos libros con mi mente. La luz que emanaba de ellos era fascinante y yo tenía el poder de activarlos para revisar su contenido. Luego, cuando me desperté alrededor de las 3:00 a.m., registré el sueño en mi diario de sueños, que se convirtió en una valiosa fuente de información debido a las revelaciones que a menudo contenía.

Cuando tomo un bolígrafo, siento que la canalización de información está garantizada, y sabía que ese sueño tenía una importancia significativa. Lo registré con fecha y detalles en mi cuaderno, reconociendo que había accedido a un lugar especial en el universo.

En ese momento, un libro llegó a mis manos: *Vida entre vidas* de Michael Newton. Siempre he sentido que los objetos, minerales, libros o incluso las personas llegan a nosotros en el momento adecuado, cuando realmente los necesitamos. La información contenida en estos encuentros parece estar destinada a ayudarnos en nuestro viaje.

Dentro de este libro, encontré un capítulo que narraba la historia de una paciente que había experimentado una regresión hipnótica. Esta poseía una profunda percepción y sensibilidad y relató su experiencia en el escenario previo a la reencarnación. Describió una preparación detallada del alma antes de encarnar, donde accedía a los registros akáshicos para revisar todas las memorias almacenadas. Este proceso era esencial para superar las lecciones de vida y crear un mapa preciso para nuestra evolución.

Lo sorprendente fue que cada detalle que había mencionado en mi sueño y registrado en mi cuaderno se correspondía asombrosamente con lo que leí en el libro de Michael Newton.

Coloqué las dos hojas una al lado de la otra y noté que eran prácticamente idénticas. Este hallazgo me llenó de escalofríos y una profunda sensación de confianza. Era difícil de creer que algo así pudiera ocurrir en medio de las innumerables posibilidades, pero solo podía explicarlo como un acto de magia fascinante y misteriosa, que continúa sorprendiéndome y que ahora comparto como parte de este libro.

El destino me gusta imaginarlo como un inmenso mapa extendido sobre una gran mesa de madera, lleno de anotaciones y con dos marcadores resaltados en rojo: el punto de inicio (Punto A) y el punto de llegada (Punto B). Al comenzar nuestro recorrido en el Punto A nos encontramos con una red de caminos y rutas: rotondas, senderos de piedra, autopistas de peaje, trayectos embarrados e incluso calles sin salida. Sin embargo, siempre contamos con indicaciones sobre hacia dónde dirigirnos. Estas señales pueden venir de nuestra intuición, nuestro ser superior, nuestros guías y, en última instancia, del universo, en forma de múltiples señales. A menudo, estas señales son pasadas por alto por una mente excesivamente lógica.

Antes de encarnar en un cuerpo, el alma elige su destino en el mapa, sus misiones y objetivos que le permitirán evolucionar y contribuir al crecimiento de otros seres. A medida que avanzamos desde el Punto A hacia el Punto B, el camino puede ser fácil o arduo, según nuestras elecciones. Podemos quedarnos atascados en un callejón sin salida durante mucho tiempo o evitarlo por completo, optando por otro con vistas impresionantes, aunque a veces haya obstáculos necesarios para nuestras lecciones.

El dolor es una poderosa herramienta de aprendizaje que a menudo confundimos con sufrimiento, lo que retrasa aún más el flujo de energía necesario para llegar al Punto B. El dolor nos proporciona un aprendizaje profundo y nos brinda una suerte de introducción a las asignaturas que debemos superar.

Es importante recordar que somos los arquitectos y diseñadores de nuestro propio mapa, y tenemos herramientas poderosas para cocrear y navegar por los senderos según nuestro libre albedrío. No hay nada que deba asustarnos ni paralizarnos. Cada detalle en ese mapa está destinado a ayudarnos a alcanzar la cima del Punto B, donde habremos aprendido nuestras lecciones. Al bailar con amor entre las notas y líneas del mapa y ayudar a otros en el proceso, avanzamos en nuestro propio sendero. Después de todo, todos los caminos de los seres de luz que somos nos llevan hacia un magnífico Punto B: la iluminación y la cercanía a la fuente divina, lo que en muchas culturas se llama el nirvana o el paraíso eterno.

Andreu no pudo alcanzar su Punto B debido a ciertas circunstancias que lo llevaron a un callejón sin salida. Creía que la muerte marcaba el fin de todo lo que conocía y no había nada más allá de la vida. Cuando encarnamos, aceptamos un tipo de “contrato del alma”, en el que nos comprometemos con nosotros mismos y con el universo a aprovechar la oportunidad que se nos brinda de tener un cuerpo y aprender las lecciones que este conlleva. Al optar por la ruptura voluntaria de ese contrato a través del suicidio, llevamos con nosotros las lecciones pendientes y debemos enfrentarlas en otra vida, en circunstancias diferentes e incluso más desafiantes que antes. Esto nos puede llevar a reencarnar más rápido de lo que lo haríamos con una muerte natural según el contrato. Cada uno de nosotros tiene una fecha de nacimiento y una fecha aproximada de fallecimiento cuando encarnamos en un cuerpo.

Por mi parte, aprendí a valorar la vida, reconociendo que cada aliento era un regalo para mi

alma. Tras lo sucedido, descubrí una misión que siempre había estado dentro de mí, aunque mi mente no lo supiera. Los eventos que se sucedieron estaban conectados y me guiaban hacia un propósito, una responsabilidad: compartir mi verdad y mis experiencias con el mundo, desnudar mi alma y ofrecer amor y luz a través de mis palabras. Mi misión era abrazar a otras almas con mis palabras y mi comprensión.

A menudo, cuando pensamos en una misión, imaginamos tareas grandiosas y complejas que involucran a grandes poblaciones. Sin embargo, una misión, un Punto B, puede ser tan simple como tratar a los demás con amor a través de pequeños actos de bondad, no solo cuando se necesita, sino como un estilo de vida.

Debo admitir que ya tenía un presentimiento antes de que todo esto sucediera con Andreu, pero después de esos acontecimientos, mi certeza se fortaleció enormemente. Fue como si una pequeña gota de luz cayera en un vaso de agua turbia y apartara toda la suciedad hacia los lados, revelando el fondo de la vasija con claridad. En ese momento, me encontraba contemplando el lecho de ese recipiente y podía ver claramente uno de mis Puntos B, como si estuviera anotado en el fondo con un bolígrafo. La línea decía: “La escritura a través del amor”.

La idea de desnudar mi alma y compartir mi historia comenzó cuando tenía unos 9 años, cuando sentí que era una forma maravillosa de sanación. La escritura me brindaba, y aún lo hace, una gran sensación de calma y paz, al tiempo que me permitía canalizar y conectarme con el más allá. Mis dedos danzan sobre el teclado y el bolígrafo se desliza como una bailarina de vals cuando plasmo las imágenes que se presentan en mi mente y transmito las palabras que me llegan. En la actualidad puedo reconocer que todo aquello era escritura automática. Escritura totalmente canalizada orientada y llevada por un espíritu o guía y que actualmente utilizo en mis consultas.

Ahora sé que esto ya me ocurría desde muy joven, cuando escribía poesía de manera sencilla y llenaba cuadernos que desaparecieron durante una mudanza, al igual que las primeras páginas de este libro que comencé hace unos 20 años y que estoy retomando ahora. En aquel entonces, simplemente no lo sabía. Sin embargo, dejé de escribirlo desafortunadamente después de compartirlo con un profesor de lengua castellana que había publicado un libro recientemente. Le hablé emocionada sobre mi deseo de escribir un libro y solo quería escuchar sus palabras de aliento y aprender de él, ya que era la persona más cercana que conocía que había escrito un libro. Cuando pronuncié esas palabras, el profesor, un hombre delgado, de tez morena y expresión un tanto excéntrica, me respondió lo siguiente:

—Vaya, haz lo que quieras, pero con el libro no te harás rica —pronunció con una sonrisa medio seria y juguetona, y no dijo nada más.

Rica. Nunca me había interesado, ni siquiera lo había pensado. Para mí, el dinero no tenía más propósito que la supervivencia en un mundo terrenal en el que las cosas funcionaban así. Lo que realmente me importaba era la emoción de sentir que, al escribir, estaba sacando mi esencia y que a lo mejor mi testimonio podía prestar auxilio a alguien. ¿Alguien que sufría de un trastorno alimentario, pensamientos suicidas, o que experimentaba fenómenos paranormales, conexiones con el más allá? ¿Podría dar esperanza en cada uno de esos puntos? ¿Podría, a través de mi testimonio, ampliar la visión del mundo en el que vivimos?

Todas esas preguntas pasaban por mi mente como estrellas fugaces, dejando destellos de luz en mi alma a medida que las atravesaban. Esas diminutas partículas centelleantes se impregnaban en mí de manera permanente, como antorchas en los días oscuros, con el propósito de ser una guía constante en el gran mapa de la existencia. Esa llama nunca se apagó, al igual que las demás que señalaban el camino correcto.

En el momento exacto en que tomamos conciencia de nuestra maravillosa existencia y nuestros propósitos, esa luminiscencia se expande, creando un mágico encuentro entre tú y tu verdadero yo, tu yo superior, tu elevada consciencia. Es entonces cuando se produce una gran alineación interna y externa. En ese momento, sin darte cuenta, extiendes el mapa sobre la mesa. Sentado frente a él, comienzas a observarlo, a tocarlo, a ver dónde te encuentras y qué puedes hacer para llegar al Punto B, al final del camino. Eres consciente de que tú y solo tú eres el cocreador de los itinerarios, que manejas tu propio volante. Decides tomar el control por tus propios méritos y talentos. Decides sumergirte en caminos inciertos porque sientes que te harán feliz, lo percibes en tu interior, sientes esas luces, esos faros parpadeando una y otra vez. También puedes optar por no apagarlos nunca con tus miedos o excusas. Decides, de manera definitiva, tomar las riendas y transitar por los caminos que ves como propios porque al recorrerlos simplemente encuentras la felicidad. Incluso cuando debas detenerte en una autopista de peaje, hay belleza en ello. Al fin y al cabo, comprendes que todo es perfecto tal como es y que, en cada detalle, absolutamente en todo, hay belleza. Experimentas, por tanto, un cambio de consciencia, un encuentro con tu verdadero yo.

Capítulo 12

Mi guía del amor

El tiempo se convierte en un bálsamo que da calma y paz. Aunque solo puede sanar la parte más superficial de las heridas más profundas… el tiempo cura. Cada hora que transcurre es una prueba de mi existencia y de mi fortaleza, ya que hace meses que salí del hospital y todavía estoy en proceso de recuperación de todo lo que me tocó vivir.

Sentir a Andreu, verlo en ocasiones en mis sueños y saber que me brinda ayuda a través de mis oraciones y amor, me llena de serenidad. Saber que hay vida después de la muerte me proporciona una seguridad interna, como si Andreu y yo no estuviéramos tan separados por la muerte como podría parecer.

El hecho de que nuestros cuerpos físicos ya no se encuentren día a día como solían hacerlo no elimina la realidad de que nuestras almas sienten la presencia mutua y que hay una comunicación aún más profunda y vívida de la que existe dentro de una estructura física.

El duelo por la muerte de alguien no es tarea fácil. Extrañar su rostro, sus ojos, sus manos, las rutinas, las conversaciones y los paseos que solían llenarnos de felicidad y paz es normal. Sin embargo, reconozco que algo dentro de mí me envuelve en un constante halo de serenidad. La magia se forja a partir de los milagros que ocurren en la vida cotidiana, los que crean innumerables libros llenos de historias por descubrir. Los milagros están en cada respiración que disfrutamos, en cada paseo, en cada sonrisa y en cada lágrima. La magia también reside en las señales inexplicables, en las frases que llegan en el momento oportuno, en los sueños que nos ofrecen soluciones, o en una llamada de alguien justo cuando más la necesitamos.

Era viernes y el reloj casi marcaba las diez de la noche. Estaba tendida en medio de la cama, sin el pijama puesto y con una expresión agridulce. El silencio reinaba en ese momento, mis padres entendían perfectamente la situación, y mi habitación se había convertido en muchas ocasiones en mi refugio. Las lágrimas rodaban por mis mejillas cuando recordaba nuestras sonrisas compartidas en medio de bailes y dentro de ese icónico coche amarillo que aún podía ver estacionado frente a su casa.

Cerré los ojos y permití que mi llanto fluyera libremente. Estaba bien, llorar era parte del proceso de liberar el dolor que albergaba en mi alma. Sabía que, si lo mantenía atrapado dentro de mí, las consecuencias serían aún más complicadas. En ese momento íntimo, mientras experimentaba la inmensidad de mi pena, escuché una voz profunda, suave y llena de amor infinito.

—No dejes de bailar, nunca lo hagas. Quiero verte siempre con esa sonrisa en la pista.

Me estremecí ante el profundo amor que emanaba de esas palabras. Sonreí suavemente y de repente me sentí impulsada a levantarme e ir al ordenador. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba sentada frente a la pantalla sin saber qué buscar o qué hacer? Una vez más, me dejé llevar y, sin prestar atención a los pensamientos que inundaban mi mente, logré aplacarlos y centrarme

en esa señal. Estaba segura de que acababa de ocurrir un milagro y deseaba explorar su maravillosa respuesta.

Otra voz resonó en mi interior con estas palabras:

—Andreu quiere verte feliz. No dejes de bailar por lo que ha sucedido. Baila, baila dondequiera que vayas.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo; era otra señal, otra conexión con el más allá. No sabía quién era la fuente de estas palabras, pero eso no importaba. Lo que realmente importaba era lo que se me había transmitido.

"Bailar, está bien", pensé. No conocía ninguna otra academia o lugar aparte de la que estaba cerca de mi pueblo y que compartía con Andreu, pero estaba segura de que el buscador tenía la respuesta. Con entusiasmo, escribí: "Clases de baile en Valencia".

No tenía idea de hacia dónde me llevaría todo lo que estaba sucediendo, pero una vez más, me dejé llevar por la corriente.

Resistir al cambio. Eso es lo que a menudo nos sucede en la vida cotidiana. Buscamos preguntas que tengan respuestas inequívocas e inmediatas. Queremos tener todo planeado y atado con seguridad. Nuestra mente necesita etiquetar cada paso del camino para sentirse tranquila, pero los milagros ocurren fuera de este guion preestablecido. Aparecen cuando uno de esos eslabones se quiebra y nos lleva frente a un abismo, y ante nuestro miedo aparecen un montón de partículas destellantes que danzan frente a nuestro rostro. Una vez ahí, tenemos la posibilidad de bailar de la mano con la magia del universo y confiar en ella.

Tener la certeza, sin resistencia, de que cada una de esas diminutas partículas de luz representa una nueva oportunidad en tu camino, para cocrear, ser tú mismo y vivir cada momento en calma. Al sentir algo hermoso dentro de ti, sabes que la magia también te protege y te acoge en sus brazos constantemente; solo tienes que estar dispuesto a escucharla y desearla en tu vida. El universo, los ángeles y los guías están esperando que confirmes ese deseo para permitir que la magia entre en tu camino, y entonces, solo entonces, te aventurarás alrededor de abismos misteriosos y maravillosamente extraordinarios.

Esa noche, me dejé sumergir por un momento en esa luminosa oquedad sin oponer resistencia. Había experimentado en repetidas ocasiones que esto equivalía a la manifestación de una magia única y perfecta. Y así sucedió, aunque tuve que esperar siete días para comprobarlo.

Hice clic en el chat de la página "Baile en Valencia". Diversas personas de diferentes edades compartían momentos de baile y quedaban para danzar juntos sin ningún tipo de compromiso más allá de disfrutar del movimiento y la música. Escribí un anuncio en busca de un compañero, alguien con quien continuar la travesía que había comenzado con Andreu, aunque sabía que nunca sería lo mismo.

En cuestión de minutos, recibí una respuesta de alguien llamado Pablo que aceptó acompañarme a bailar. Tuvimos una breve conversación y acordamos vernos el próximo sábado en Valencia. Establecimos un punto de encuentro y nos dispusimos a hacerlo sin más preámbulos.

Era todo bastante inusual. Había concertado una cita con un desconocido para bailar y, a mis 17

años, tenía que viajar sola a Valencia sin que mis padres se enteraran, ya que no iba a obtener su permiso de ninguna manera. A pesar de todo, experimentaba una sensación de bienestar interior que presagiaba un desenlace feliz.

En aquellos momentos mantenía una relación con el que había sido mi mejor amigo durante los dos años de instituto. Un apuesto chico alto y con el pelo ligeramente largo y alborotado con una sonrisa amplia, era un apasionado de los juegos de ordenador. Pasábamos muchas tardes juntos, viendo películas, hablando y comiendo, pues disfrutaba mucho de la comida. Su ayuda fue imprescindible cuando falleció Andreu. Sus abrazos, sus palabras y su afecto aún los agradezco por lo que aún tenemos una buena relación.

La historia de aquella noche fue larga a la vez que bonita. Sucedieron una gran cantidad de sucesos sincronizados, por los cuales fui guiada por la voz de mi mejor amigo. Esta me llevó directo al amor, uno que duraría ocho años y que implicaría grandes aprendizajes. Desde ese día, Andreu se convirtió para mí en mi "guía del amor" y así lo ha hecho desde entonces.

Las relaciones posteriores han estado repletas de sus señales y de sus pasos. En una ocasión recuerdo haber tenido un sueño con él. En ese momento estaba soltera y yo entraba a un lugar que parecía como una iglesia. En uno de los bancos estaba él mirándome con sus ojos llenos de vida y de inocencia. Llevaba en la mano un sobre morado y me instaba a que me sentara. Lo hice sin dudar.

—Me estoy dedicando al encuentro de tu próxima relación. Un alma verdaderamente afín —me dijo Andreu mientras me sonreía como lo había hecho siempre.

Nuestros familiares y amigos que comparten almas afines asumen roles de apoyo para elevar nuestra consciencia y acompañarnos en nuestro camino. Cada uno de ellos desempeña un papel, ya sea pequeño o grande, en esta tarea. El conocimiento de esto nos permite colaborar de manera continua con ellos y mantener un diálogo consciente. Por ejemplo, al saber que Andreu se encarga de apoyarme en mis relaciones amorosas, le pediré ayuda y orientación cada vez que mi ser tenga dudas o se sienta confuso. En ese momento, no tendré ninguna duda de que él estará trabajando en ello y me rodeará con múltiples señales diarias. Le rindo homenaje y le agradezco por susurrarme pequeños poemas románticos y por brindarme apoyo en mis momentos de vulnerabilidad.

Mi amigo Tuku, mi perro fiel; Los animales en el más allá

Cuando Andreu me guio hacia una nueva relación amorosa, también lo hizo hacia otra muy especial. Encontré a alguien cuya presencia y recuerdo están profundamente asentados en mi corazón, era otra alma conocida con la que me tocaba vivir otra vez una historia de amor: mi perro, Tuku. Era un bulldog francés con un cuerpo esbelto y un pelaje blanco y negro en el que destacaba especialmente el círculo negro alrededor de su ojo izquierdo, que parecía el parche de un pirata en medio de una gran aventura. Siempre llevaba una sonrisa en el rostro y nos brindaba momentos cómicos a cada instante. Tenía un corazón enorme y casi de inmediato, todos lo amaban en cuanto lo conocían.

Mi deseo de tener un perro se hizo realidad gracias al universo en 2006, cuando lo rescatamos de unas condiciones terribles. Estaba encerrado en una jaula tan pequeña que apenas podía

moverse, en el escaparate de una tienda de alquiler de videos y comidas preparadas. Nunca comprendimos cómo eso podía ser legal, pero de inmediato entendimos que el rescate no era solo para él, sino también para nosotros. Tuku nos brindó una vida llena de risas, anécdotas y momentos que aún recordamos con una intensidad que nos llena de alegría y amor.

Las tres almas que conformábamos nuestro pequeño grupo vivimos un cuento extraordinario. Cada página escrita, cada gota de tinta derramada fue resultado del amor puro, la estima y la veneración absoluta. Esta historia es una que volvería a repetir millones de veces debido a las lecciones de paciencia, madurez, felicidad, autoestima, comprensión y compasión que adquirimos. Tuku finalmente cruzó el umbral hacia la luz en enero de 2019, ya muy mayor. Lo hizo en nuestra compañía, a pesar de que nuestra relación sentimental había terminado.

Si reflexionáramos por un momento sobre cómo desearíamos que fuera nuestra partida, algunos de nosotros coincidiríamos en la importancia de estar rodeados por aquellos seres queridos a los que amamos, tomados de la mano, en medio de una emotiva despedida. Un adiós que esté impregnado de palabras como “hasta pronto”, “gracias” y “descansa en paz”, en un ambiente cálido, familiar y reconfortante para quien se está preparando para su travesía final. Aun así, cada alma elige su proceso y su *modus operandi* en pro de disponer de un viaje hacia la luz lo más adecuado según las circunstancias. Que un familiar fallezca “solo” o “en soledad” significa que esa persona necesitaba de ello para realizar el proceso de transición. Nadie muere ni nace solo. Estamos acompañados de multitud de guías y familiares en el proceso.

El día anterior a la partida de Tuku, me senté a su lado, sosteniendo una de sus patitas mientras juntaba nuestras frentes. En ese momento, con nuestra luz interior conectada como nunca antes, le hablé, recé por él y le expresé mi gratitud, acompañando todo con un “hasta pronto, ve tranquilo, la luz te espera y muchos compañeros te aguardan”. Inmediatamente, pude sentir su respuesta a través de una profunda sensación de calma y paz que parecía inundarlo todo. Me agradeció con un: “Gracias, no tengo miedo, estaré bien y tú también”. Nos despedimos físicamente, pero nuestra conexión a nivel espiritual nunca se rompió.

Hoy en día, sigo comunicándome tanto con Tuku como con otros seres queridos que ya han cruzado al otro lado. Conectamos de forma telepática, a través de la clarividencia auditiva. En muchos sueños, Tuku me ha brindado abrazos, transmitido amor y revelado valiosa información. Continúa siendo el gran maestro que acogí en mis brazos aquel verano hace catorce años y al que nunca dejaré. Me gusta pensar en Tuku como una gran alma maestra, una llama clara y pura, que ahora descansa en el reino espiritual. Cuando nos encontramos en los confines de dos mundos, recordamos las experiencias que compartimos en el plano físico y reímos con alegría por todo lo vivido.

En muchas consultas, los animales han aparecido proporcionando evidencias concretas de lo que fue su vida en compañía de los seres humanos. Revelan detalles sobre los lugares donde jugaban, donde están enterrados y sus costumbres. No he percibido una diferencia significativa entre la comunicación con nuestros seres queridos y nuestras mascotas. Pero para mí, estas experiencias han dejado una huella profunda en mi desarrollo personal y profesional.

Además, en ocasiones, también ha llegado a mis sesiones seres queridos fallecidos acompañados de sus mascotas fallecidas, lo que sugiere que sus almas siguen teniendo encuentros y eso nutre aún más nuestros corazones. Por lo tanto, no dudéis de que el espíritu de

vuestras mascotas continúa guiando vuestros pasos y que, una vez cruzado el umbral, os reuniréis con ellas. Cuando los niños más pequeños fallecen, a menudo son las mascotas con las que han compartido un vínculo preciado las que los reciben. Así que, honradlos y mantened vivos todos vuestros recuerdos, ya que enriquecerán vuestra existencia en diferentes planos.

Durante esos ocho años tan significativos para mí, también tuve el privilegio de entablar amistades extraordinarias que aún hoy en día sigo valorando y protegiendo. Son amistades que hacen que nuestros corazones se eleven mutuamente y nuestros caminos se iluminan. Son relaciones en las que no existen barreras temporales ni limitaciones geográficas. En muchas de ellas, seguimos sumando experiencias y compartiendo nuestras vidas unos al lado de otros.

En cuanto a los sucesos paranormales, mis visiones, los sueños, los contactos con otros seres desconocidos, las premoniciones y los viajes astrales seguían desarrollándose y ampliándose con el tiempo. No me negué a estas experiencias, lo cual resultó fundamental para mi evolución en el plano espiritual. Aunque mantuve estas vivencias en secreto ante los demás, nunca las oculté de mí misma. Jamás le pedí al universo que cesara en su flujo. Reconocía que formaban parte intrínseca de mi alma, de mi esencia, y que serían un elemento fundamental en mi futuro. Sin embargo, comprendía que debía realizar un trabajo personal en mi interior durante varios años para que estas experiencias florecieran de manera más amplia y abierta.

El momento adecuado llegó cuando mis ojos físicos se encontraron con mis ojos espirituales, libres de miedo, y reconocí plenamente la conexión con otros mundos y planos de existencia extremadamente sutiles y preciosos. En última instancia, se trataba simplemente de verme a mí misma, aceptándome sin reservas, sin juicio y sin dolor, abrazando cada faceta de mi alma con amor.

Capítulo 13

El mapa de la existencia

Era un sábado por la tarde de septiembre de 2019 en Madrid, todavía hacía mucho calor, las calles estaban llenas de gente que celebraban este verano tan prologado. Yo estaba sentada en una mesa fría de metal con tres amigas, observando el café helado que tenía entre mis manos y que enfriaba mis dedos.

Me sentía algo rara. Tenía escalofríos y una especie de tensión generalizada recorría mi cuerpo. Yo sabía que esos síntomas anunciaban un acontecimiento de gran importancia para mí, algo que me daría respuestas que hace tiempo estaba buscando. Estaba a punto de tener una consulta con una astróloga y vidente y era el momento de enfrentarme con una realidad que hace tiempo se me imponía. Pero ¿cómo llegué hasta aquí? ¿Cómo terminé viajando a Madrid? ¿Cómo conocí a esa astróloga?

Volvamos al año 2016, por tercera vez el baile me regaló una nueva alma para seguir escribiendo otros cuatro años de capítulos de amor en mi vida. Tras un tiempo sin tomar clases, anhelaba volver a sentir la conexión con las melodías de la salsa. Después de buscar entre diferentes academias, supe al instante que tenía que elegir una en particular, y no me equivoqué.

Un 4 de julio, mientras compaginaba mis clases de Magisterio con un trabajo en una tienda de cafés, tuve una fuerte premonición. Sentí a mi amigo Andreu y también tuve la certeza de que esa noche, en mi primera clase de baile, conocería a alguien especial. Sabía que nos esperaban años llenos de experiencias, viajes y aventuras. Todo eso estaba a punto de suceder. Cerré la tienda y, mientras me dirigía al centro de la ciudad, esa seguridad iba colmando mi alma. Vestida con mallas negras, una camisa de manga corta y zapatos adecuados para bailar, llamé a mi madre y compartí con ella lo que sentía en mi corazón: dos almas estaban a minutos de encontrarse, y yo era una de ellas. Y así fue, una vez más el baile me hacía reunirme con un alma verdaderamente afín y amorosa.

Fueron cuatro años de profundo desarrollo espiritual donde mi alma ansiaba expresar en palabras todo lo que experimentaba. Sin embargo, al final él optó por no establecer una relación con alguien que tenía esta sensibilidad, y yo decidí continuar mi camino hacia lo que sentía como la fuerza más intensa que jamás había experimentado: mi misión de vida. Pude vislumbrar la razón por la que había encarnado y que yo elegí por mí misma. Con miedo, pero me elegí. Y él me soltó con todo el amor que su alma podía procesar, puesto que sabía que mi crecimiento estaba fuera del entorno que se había diseñado. Todo esto surgió en un ambiente de respeto y comprensión mutua. Simplemente comprendimos que habíamos llegado al final de un camino que habíamos construido juntos. Aunque podríamos haber seguido creando nuevos senderos, ya no había nada más que cosechar, y tuvimos que aceptarlo. En esa aceptación encontramos nuestra última lección juntos.

Después de que terminamos, necesitaba un respiro. Desde que era muy niña me había sentido incomprendida y ese dolor volvía a aparecer cada tanto, sin embargo, yo sabía que no estaba

bien. Podía darme cuenta del mensaje que encerraba todo eso, y si utilizaba mi oído espiritual, podía descifrarlo claramente: había estado dispuesta a abandonar mi ser, entregándome por completo al placer de la otra persona. El amor que albergaba en mi interior estaba destinado completamente a los demás, sin restricciones y en total aceptación, pero me había olvidado de lo más importante durante mucho tiempo: la capacidad de cultivar el amor propio y sin condiciones. Había escrito mi nombre en la última posición de la lista de prioridades, y mi alma anhelaba liberarse de esa especie de caparazón para volar, sentir y escribir su propia historia, no solo la de los demás.

"Madrid". Esa palabra resonó en mi mente mientras deambulaba por el pasillo de mi casa. ¿Debía ir a Madrid ahora? ¿Cuál era la razón? Algo dentro de mí me decía que no debía cuestionarlo demasiado. Por experiencia, sabía que las respuestas se revelaban en el momento oportuno, ni antes ni después.

Tomé mi teléfono móvil y, aunque no me encontraba en mis mejores días, comencé a hablar con un amigo que vivía en la capital. Nuestra conversación fluía perfectamente y, de repente, sentí un fuerte impulso de ir a Madrid, a pesar de que la idea casi se había ido de mi mente. Esta vez, el sentimiento venía desde lo más profundo de mi estómago, así que sin pensarlo le pregunté.

—Sí, claro, ¡cómo no! Ven a Madrid, nos divertiremos —me contestó Albert con entusiasmo.

Albert era un joven sumamente inteligente, con una voz excepcionalmente profunda y sensible a la que había convertido en su herramienta profesional como locutor de anuncios de televisión y actor, entre muchas otras habilidades. Conversar con él era un placer, y estar a su lado siempre implicaba aprender algo nuevo.

Lo siguiente que hice fue reservar un automóvil compartido de ida el viernes de esa misma semana y dejé margen a la vuelta entre el domingo o el lunes. Aunque pareciera descabellada la idea, una fuerte emoción embargaba mi cuerpo. Era como un tipo de excitación parecida a la que sientes cuando realizas la primera excursión con tus compañeros de colegio y llevas tu almuerzo y ropa especial. Sin saber muy bien cómo, ya estaba camino a otro viaje, mientras me preguntaba… ¿este también sería mágico? ¿Guardaría algún tipo de sorpresa?

En todo instante estamos envueltos en absoluta magia y cada día nos aguardan infinitas sorpresas. Para darnos cuenta solo hace falta que cambiemos la mirada y pasemos de estar centrados en nosotros mismos a contemplar el mundo con los ojos del espíritu, y que esta forma de observar mucho más sutil y versátil se convierta en lo más preciado de nuestra vida. Solo así empezaremos a ver de verdad. Y solo así, podremos ser guiados por el sendero que debemos recorrer de forma incondicional.

Inicié mi recorrido y conocí a personas maravillosas en el coche compartido. Viajé con tres chicas que practicaban yoga y tenían un profundo interés en temas esotéricos, mientras que el conductor, siempre atento a la conversación, era ingeniero. La ciencia y la magia se mezclaban de manera extraordinaria, aunque ese no sería el mejor viaje que experimentaría en esa plataforma de arriendo de vehículos. Ese estaba por venir.

Llegué a la capital casi sin darme cuenta. Salí del coche y el calor sofocante de septiembre resultaba agotador. Traía puesto un largo vestido rojo que no lograba aliviar el pesado bochorno.

Albert me acomodó en una habitación y me mostró lugares de Madrid que aún no conocía. Pude hablar y confesarle ciertas cosas, y él me ayudó a liberar lo que ya no quería que formara parte de mi camino, brindándome una sensación de seguridad.

La noche antes de mi regreso, mientras nos preparábamos para dormir, busqué nuevamente en la aplicación para organizar mi viaje de vuelta. Encontré una opción que parecía conveniente tanto en precio como en horario y se la mostré a Albert, sin estar segura del motivo. Su respuesta fue clara:

—Espera hasta mañana; no hace falta que reserves ya. Seguro que habrá muchos coches disponibles para el trayecto que buscas.

Su recomendación sonaba tan segura que me dejé llevar por su consejo y fuimos a nuestras respectivas habitaciones para descansar. Cerré los ojos, esperando conciliar el sueño y recargar energías para las cuatro horas de viaje que me esperaban de regreso. Sin embargo, eso no sucedió.

Acostada en la cama, cubierta ligeramente, mis ojos se abrieron de inmediato, mientras una ligera brisa fría parecía envolver todo mi cuerpo. Traté de ignorar esa sensación familiar, ya que solo deseaba descansar, pero los recuerdos de la señora de negro asaltaron de pronto mi mente, y con ellos, un abrumador miedo.

Miré el techo blanco de la habitación, iluminado por la ventana que estaba a mi derecha, con el afán de distraer mis pensamientos, pero la presencia que allí estaba ya llenaba la habitación. Sentía que se movía de manera ágil y ligera, y por alguna razón, tenía la certeza de que se trataba de un joven alto, moreno y delgado. No sabía de dónde provenía esa información, pero confiaba plenamente en ella. Era algo sencillo, pero a la vez misterioso; no sabía cómo lo sabía, pero tenía una fuerte certeza al respecto.

De repente, dejé de sentir la presencia vagando por la habitación y la percibí justo a mi lado derecho. Me quedé completamente quieta, mientras en la pantalla de mi mente visualizaba con mis ojos espirituales a ese joven acostado junto a mí. Observé fijamente mi brazo derecho, sintiendo que algo lo acariciaba antes de moverse hacia mi cabeza. Aparté mi brazo de ese lugar. La energía que emanaba de ese joven era diferente a la de la señora de negro, era más amable y juvenil, pero no entendía por qué me estaba acariciando el brazo.

En ese momento, consideré llamar a Albert, pero no quería despertar a nadie y sentí que debía enfrentar esa situación por mí misma. Un tanto desorientada por toda la confusión, me dirigí al baño y me senté en el retrete durante un rato, pidiendo que esa presencia se marchara de inmediato, ya que necesitaba dormir. En ese momento, un pensamiento surgió en mi mente: “Necesito ayuda, necesito respuestas, necesito a alguien que me guíe en este camino. Nunca me he negado a ello, pero tampoco he hecho nada para obtener esas respuestas tan necesarias. Ha llegado el momento”.

Estas ideas ya me eran familiares, pero la diferencia era que antes estaba sostenida en el miedo. Debido a mis experiencias previas, el temor había obstaculizado mi evolución, paralizaba mi alma y me impedía acceder a las respuestas que se encontraban en mi interior, todo ello no me permitía reconocer quién realmente era.

Mi primer paso debía ser liberarme de ese sentimiento, romper con él y cortar el hilo que aún me mantenía atada a vivencias pasadas. Volví a la cama, me tapé completamente como si la sábana me pudiera hacer invisible, mientras sentía que varias presencias entraban y salían de la habitación. El joven del principio se había ido, solo había sido una visita, pero lo que estaba ocurriendo me obligaba a tomar el control de aquello y era fundamental que alguien me ayudara a hacerlo.

Con el sol y el ruido de la mañana abrí los ojos, era hora de buscar un vehículo para volver. Alcé los brazos para desperezarme, pero mi cansancio era evidente, sentía los párpados pesados y los ojos rasposos, no obstante, no tenía tiempo para seguir descansando.

Fui al comedor y me encontré con Albert. Le conté lo que había pasado la noche anterior, compartir mis experiencias me ayudaba a liberar tensiones y podía volver a la calma. Él me miró sin parpadear y me dijo:

—Necesitas a alguien que te ayude en todo esto. Si tienes esa sensibilidad, debe ser desarrollada. Busca apoyo.
—Tienes toda la razón —asentí. Necesito encontrar a alguien que me ayude a evolucionar en esto. Se acabó el miedo.

Lo dije desde lo más profundo de mi ser y casi sin darme cuenta estaba pidiendo ayuda al universo, como siempre, la respuesta se manifestaría en solo cuestión de horas.

Le agradecí a Albert por todo lo que había hecho y me preparé para reservar el auto que había visto la noche anterior. Sin embargo, después de buscarlo varias veces, no apareció. Parecía que todo estaba reservado. ¿Cómo podía haber sucedido de la noche a la mañana? Aunque en ese momento no entendía la razón, todo tenía un porqué que aún no entendía.

Me decidí entonces por otro automóvil que tenía asientos disponibles y frente al cual sentía una vibración positiva. Me despedí de mi amigo y me dirigí de regreso a casa, con el propósito de buscar ayuda para manejar mi sensibilidad. En la gasolinera cerca de la estación de Atocha, un lugar popular para las quedadas de Bla bla car, una red social la cual conecta conductores con pasajeros para viajar con coche compartido. Y ahí estaba esperándome el coche gris. Era un espacioso monovolumen con capacidad para unas ocho personas. Me senté en la parte trasera, a la izquierda, mientras saludaba a los otros ocupantes con quienes compartiría conversaciones, silencios y, tal vez, algunas confesiones en el camino.

Aún faltaban algunos pasajeros, y de repente, la puerta se abrió. Cuando alcé la mirada, sentí una especie de electricidad recorriendo mi cuerpo. Un hombre de unos cuarenta años, con un aspecto juvenil, gafas metálicas y una sonrisa en el rostro, abría la puerta corredera del coche. De inmediato, percibí que este hombre tenía una gran sensibilidad e intuición y que emanaba de él una energía pura y sutil.

Él se acomodó en el asiento delantero, y aparte del saludo cordial, no hablamos mucho hasta que nos bajamos del coche para tomar un breve descanso. Cada uno decidió adónde ir y qué hacer en esos escasos 10 minutos de pausa. Opté por ir al baño y luego me senté frente al coche para disfrutar del sol y respirar aire fresco. En el camino me topé con el hombre de quien ni siquiera recordaba su nombre. Empezamos a hablar y la conversación se enfocó en viajes.

—Yo he viajado mucho a la India y me encantó. ¿Tú has estado? —me preguntó.

Cuando lo escuché, confirmé la conexión espiritual que había percibido en su presencia. India no es un destino para todos, quienes van suelen estar motivados por algún tipo de búsqueda interna.

—La verdad es que sería un sueño recorrer cada callejón de la India. Hay algo de aquel lugar que resulta ser mi hogar —respondí.

Debo decir que años más tarde, en 2019 específicamente, mis guías me indicaron a través de sueños que viajara a India lo que implicó una de las experiencias más importantes que he vivido.

Carlos, así se llamaba, me miraba con curiosidad. Creo que ambos habíamos reconocido en el otro ciertas capacidades psíquicas. Supe al instante que había sentido esa sensibilidad de mi ser. Segundos después ese pensamiento dio pie a una conversación con él.

—¿Me dices tú fecha y hora de nacimiento y te miro la carta astral? —me pidió.

No tenía idea de lo que me estaba hablando, ni a qué se refería con la carta astral. Pero sentía que estaba pasando algo extraordinario. Le pasé mi fecha de nacimiento y él se quedó mirando un rato la aplicación de astrología que tenía en el móvil. Los minutos se me hicieron eternos. Cuando al fin acabó, se me quedó mirando:

—¿Te cuesta dormir por las noches, te cuesta descansar, sientes presencias?

Al principio me quedé petrificada, tuve el impulso físico de alzar la mano y coger su brazo con entusiasmo. ¿Cómo podía saber aquello? ¿A través de aquella carta? ¿Qué es lo que realmente estaba ocurriendo en aquel instante?

—No descanso bien desde que soy bien pequeña. Muchas cosas ocurren por la noche, muchas —dije.
—Sí, lo veo por la carta. Yo sé leer un poco, pero no me dedico a esto. Mi pareja es una fabulosa astróloga. Ella te puede ayudar verdaderamente.

Me sentía ilusionada y desconcertada a la vez, no dejé que el miedo me invadiera y sí el entusiasmo. Era la primera vez que me topaba con alguien que sabía lo que me ocurría apenas conocerme. Carlos me pasó el contacto de su pareja y era alguien que realmente me podía ayudar.

Sentía felicidad, mucha felicidad en mi alma. ¡Había pasado! Unas horas antes había deseado ayuda y ahora la tenía delante de mí. Había llegado de parte de un desconocido en un auto de alquiler, de forma sencilla y simple. Solo debemos mirar dentro de nosotros, desear y decretar aquello que queremos con mucho ímpetu y amor, y la vida nos lo traerá cuando estemos preparados. Como dice Jesús: “Pedid y se os dará” y yo añadiría; pero... pedid.

Las respuestas del cielo

En muchas ocasiones, creemos que todo está predeterminado y que las cosas nos suceden de manera inevitable, por lo que a veces actuamos sin sentido. Todas las creencias son válidas, pero en mi experiencia, pienso que somos responsables de lo que hacemos en nuestras vidas. Somos grandes cocreadores y diseñadores de nuestro destino, por lo tanto, en muchas ocasiones,

nuestros guías, arcángeles u otras presencias necesitan de nuestro permiso para intervenir en nuestro beneficio. Siempre actúan para nuestro bien. En ninguna circunstancia nos guiarán para hacer el mal, porque son seres que están llenos de luz y amor, un amor tan infinito que no conoce límites.

Aun así, aunque intervengan, somos nosotros quienes tenemos la última palabra. Hemos nacido con el maravilloso don del libre albedrío para vivir la experiencia humana, para cometer errores, sentir dolor, alegría, ilusión y tristeza, y aprender de nuestra evolución. Residimos en una gran escuela de aprendizaje, la Universidad de la Tierra. Tenemos varias asignaturas por superar, y depende únicamente de nosotros abrir los libros y aprovechar esta espléndida oportunidad para aprobarlas, al tiempo que ayudamos a otros a hacerlo.

En este caso, podría haber rechazado la ayuda de Carlos, escudándome en el miedo y regresando a mi cueva conocida, aburrida y sombría. Ya era hora de salir y explorar otras perspectivas, de vislumbrar la luz que siempre había estado dentro de mí. Era el momento de confrontar al miedo y decirle “basta”. Las experiencias pasadas quedaban atrás, conocidas y agradecidas, pero estaba segura de que vivir sin el miedo me atraería otras mucho más gratificantes.

Tras enviar un mensaje a Irma, la astróloga, me encontraba otra vez en Madrid bajo el calor sofocante, agradecida de que el verano aún no se acabara. A medida que pasaban los segundos, mi corazón se aceleraba y mis nervios aumentaban. Me despedí de mis amigas en las afueras del portal donde vivía Irma, le di a cada una un abrazo, ellas me reconfortaron. Era hora de recibir la información que esa sesión me tenía preparada.

Cuando atravesé la puerta, la gran sonrisa de Irma me dio la bienvenida. Era una mujer de unos 40 años, pero con apariencia de 35. Su piel limpia, su figura esbelta y su melena morena me transmitían frescura y bondad. Me autorizó a grabar la sesión, así que sin dudarlo puse *play*, sonreí y me dejé llevar, me sentía preparada para lo que iba a ocurrir.

Estuvimos juntas más de una hora, envueltas en una atracción tan maravillosa por la similitud de nuestras almas que no podía pararme de la silla. La carta astral, ese círculo lleno de símbolos, sabía más de mí que yo misma. Escuchar la lectura fue ver una radiografía de mi ser. En esa imagen del cielo, estaba descrita toda mi personalidad, así como los desafíos y tensiones que debía trabajar.

Comprendí. Y esa comprensión me ayudó a liberarme de culpas, miedos e incertidumbres. Me reconocí en lo que era desde pequeña: una persona con capacidades psíquicas que debía trabajar y desarrollarlas. La calma recorrió mi cuerpo.

Interpreté esa sesión como un viajero que, llevando consigo una mochila cargada de objetos, no se había detenido a examinar qué contenía en su travesía. Cansado y desanimado, paraba en medio del camino, dejaba la mochila a un lado y se hacía preguntas cruciales: ¿eran estos objetos útiles? ¿Había tenido el coraje de enfrentar aquellos que le causaban miedo? ¿Había tenido la valentía de desechar los que ya no le servían? ¿Estaba listo para recibir nuevos regalos? Y, lo más importante, ¿estaba listo para reconocer cada uno de esos asuntos como parte de sí mismo y trabajar en ellos mientras avanzaba?

Yo era ese viajero, como lo somos cada uno de nosotros. Me había perdido en caminos errados,

en caminos trazados por otros, dolorosos y obsoletos. Pero así es el juego de la vida en la Tierra. Finalmente, estaba preparada para explorar los contenidos de mi mochila y trabajar en cada uno de ellos con amor y humildad. Estaba lista para viajar por mi mapa de una manera consciente y sabia. Esa joven paseante, en un caluroso día de verano en Madrid, había decidido construir y amar los próximos senderos que la esperaban con esfuerzo, dedicación y valentía. Hoy mi mochila está más ligera y en lugar de caminar cargada de cosas innecesarias, vuelo libre por mis rutas, respirando el aire que llega del cielo.

Capítulo 14

Mi propio universo

Seguí soñando y, sobre todo, escuchando con mayor intensidad mi voz interior, aunque en ocasiones eso me diera miedo. No obstante, había aprendido a hacer a un lado el temor porque la luz que emanaba de mí era muy fuerte.

Me mudé a la casa de mis padres y encontré un nuevo trabajo en una oficina. Este empleo me brindó la sabiduría necesaria para darme cuenta de que mi alma ansiaba el contacto con otras personas a través de la ayuda y las palabras. Pasar horas frente a una computadora en un espacio cerrado con luces artificiales apagaba mi verdadera esencia. De hecho, cuando pasamos gran parte de nuestra vida encerrados y alienados frente a una pantalla, permitimos que nuestra llama divina se oculte tras un sinfín de tareas y rutinas que poco tienen que ver con nuestra verdadera misión. Por eso, muchas veces bajo tales circunstancias nos sentimos profundamente tristes e incómodos.

Para contrarrestar las largas horas entre cables y hojas, elegí practicar yoga y seguir mi intuición, lo que me llevó a un mundo mucho más amplio que no solo me permitió desarrollarla, sino que trajo a mi vida a otra maestra. Una mujer de mediana edad, con rostro de ángel, y aunque sus alas eran invisibles, su energía era tan elevada que la pude percibir solo con mirar sus ojos.

Entre posturas de yoga y el estudio de la numerología, fui despertando el camino que mi alma deseaba. Sin darme cuenta, aunque consciente, estaba encontrando la razón por la cual había venido a la Tierra, y esto marcaría un antes y un después en el mapa de mi vida. Por fin me estaba subiendo al vehículo correcto.

El tiempo transcurrió entre enseñanzas, libros, cartas y multitud de sueños entre los que intentaba descubrir quién era yo realmente. En febrero de 2019 experimenté un gran cambio personal donde se me mostró cuál realmente era mi identidad. Fue algo duro, desgarrador e impactante el darme cuenta cómo había distorsionado quién era realmente. Vi cómo esa identidad falsa, esa falsa Raquel se había formado a partir de lo que los demás querían de mí y no desde lo que realmente yo era. Dependiente, miedosa, con gran desconfianza hacia mí misma, baja autoestima e insegura, esas eran algunas de las características que definían a esta personalidad, pero que mi alma no compartía. Una personalidad a la que le importaban más las palabras y deseos de los demás que los propios. Pude preguntarme: ¿qué es lo que realmente yo deseo en mi vida? ¿Qué es aquello que más anhelo, pero a la vez me da miedo desarrollar? ¿Qué es lo que más aspiro a aprender y no lo estoy haciendo? ¿Quién realmente soy?

Todas estas eran preguntas que rondaban como pájaros por mi cabeza, debía dejar ir a esa falsa yo, para dar cabida realmente a la verdadera y el camino que debía recorrer. Tomé entonces varias decisiones importantes, dejé de comer todo lo que tenía un efecto dañino en mí, opté por no ver televisión y noticias, y todo aquello que me resultaba incómodo, lo aparté. De esta forma, durante 2019 afloró una nueva individualidad donde lo que más amaba se alineaba perfectamente

con lo que era el mapa de mi vida. A medida que le daba espacio a esta Raquel, sentía cada vez más tranquilidad de expresar lo que era mi verdadero ser.

En muchas ocasiones, esperamos que otros nos confirmen y nos guíen sobre cuál es realmente nuestro camino, y pasamos por alto la pregunta crucial que debemos hacernos a nosotros mismos. Buscamos respuestas en las palabras de los demás, cuando la verdadera sabiduría reside en nuestro subconsciente, en nuestro yo superior, en nuestro maestro interior o simplemente en nuestro interior. Es fundamental que nos tomemos el tiempo para reflexionar, detenernos en medio de la rutina diaria y explorar cómo nos sentimos en la cotidianidad de nuestras vidas.

Debemos cuestionarnos qué hemos logrado al final del día cuando nos acostamos, y si hemos sido conscientes de nuestros actos positivos, de cuánto amor hemos sido capaces de dar y de darnos.

A menudo, vivimos inmersos en una burbuja que no deja de moverse en un mar agitado, y nos olvidamos de nuestra verdadera esencia. Antes de que enfrentemos un gran desafío que nos obligue a detenernos y a reconstruir nuestras vidas desde cero, podemos tomar el control de nuestro propósito y conectar con el presente, el aquí y el ahora. De esta manera, podemos ser los verdaderos arquitectos de nuestro viaje sin tantos obstáculos como solemos encontrar.

Capítulo 15

Sueño premonitorio cumplido

India, Asia, saris, templos, símbolos. Hace años que los veía en sueños, pero los almacenaba en algún huequito de la memoria y seguía con mi vida. A medida que el tiempo pasaba y, especialmente, a principios de 2019 estos sueños fueron en aumento, apareció entonces una voz masculina extremadamente amorosa que venía, según mi intuición, de un hombre joven, moreno, delgado y alto. Supe que se traba de uno de los guías que me ha acompañado a lo largo de mi existencia.

La voz me repetía continuamente que era de suma importancia viajar a la India. En ningún momento sentía que sus palabras eran una obligación o un imperativo, el amor que emanaba de ellas las convertía solo en una sugerencia, gracias a mi libre albedrío solo yo podía tomar la decisión.

Tras noches volando en sueños sobre los templos de Asia y despertando con una sensación de calma y apacible, decidí que haría ese viaje. Sabía que supondría uno de los mayores retos y transformaciones en mi vida. Iba a reencontrarme conmigo misma en medio de una multitud de pitidos de motos, vacas deambulantes, monos simpáticos, comida picante y ciudadanos realmente especiales. Pero antes de marchar tuve un sueño revelador que me mostró la última pieza del puzle que encajaría en la India.

Con mi cuerpo en la cama y mi alma proyectada en sueños lúcidos y viajes astrales, me encontraba ante un escenario maravilloso. Estaba sentada en lo que parecía un altillo con vistas al mar, que se movía junto a las nubes en un hermoso amanecer. Frente a mí, se extendía un pañuelo rojo de textura suave y un color vibrante. Experimentaba una gran sensación de paz y calma, como si estuviera en mi refugio ideal. De repente, apareció frente a mí un anciano sabio, con cabello blanco y la espalda encorvada, cargando una mochila. Vestía pantalones y un jersey que mostraban su avanzada edad. A pesar de su seriedad, me miró amablemente y me invitó a bajar unas estrechas escaleras que conducían a un pequeño recinto.

El anciano tenía dificultades para descender las escaleras, y me ofrecí a ayudarle, pero él gentilmente rechazó mi oferta. Pude percibir que éramos muchos más los que nos dirigíamos hacia ese lugar, y esperamos en una fila para finalmente sentarnos frente a un joven que estaba ubicado detrás de una mesa.

Mientras esperaba en la fila, vi a una mujer de apariencia su-
damericana conversando con el joven en un idioma que no entendía. De repente, se levantó de su silla, un tanto apenada. Luego se sentó en el suelo e intentó colocar sus pies en una especie de cajón con dos grandes huecos en forma de pies. Dado que no eran de su misma talla, su tristeza era palpable. Sentí que esta mujer anhelaba conseguir algo que, en ese momento, no se le permitía. Comprendí que necesitaría atravesar otros procesos y experiencias para alcanzarlo. Sentí una fuerte necesidad de ayudarla y abrazarla, pero en ese momento, el joven me llamó.

Me senté en la silla. En medio de la mesa se encontraba un gran tablero que cubría toda la superficie de madera. Lo observé detenidamente, había fechas y números que parecían ser años. Mientras lo miraba, el joven comenzó a hablar, y nuevamente sentí el tipo de vibración amorosa que experimento cuando estoy con mis guías.

Este me dijo:

—Estas son algunas de tus vidas. En una de ellas, fuiste un guerrero en el imperio bizantino, y aunque fuiste una buena persona, pecaste de ser un tanto cruel en la guerra.

Luego, señaló el año en el que me encontraba y añadió:

—La vida que vas a experimentar será mucho mejor que las anteriores. Te espera mucha luz, el sol brillará y tu evolución será rápida.

Sus palabras me llenaron de calma y dibujaron una sonrisa en mi rostro. Después de todas mis inquietudes terrenales, ese mensaje marcó un antes y un después. Permanecí sentada y miré nuevamente el tablero. Le pregunté acerca de dos años específicos que veía vacíos, sin información, y que eran anteriores al año en el que me encontraba.

—¿Por qué en estos dos años no hay información?
—No te puedo dar esa información en estos momentos —me respondió.
—¿Por qué?, ¿cuál es la razón?
—Se trata de vidas pasadas, pero por ahora no te puedo dar la información.

Insistí cual niña pequeña, pero respeté su respuesta. Entendí que, a la larga, esa revelación podía interferir en lo que yo tenía que hacer en esta vida, por lo que no era favorable para mí.

Este es uno de los sueños más impactantes que he tenido, porque experimenté un encuentro con las altas esferas participando en una especie de revisión de vidas pasadas y obteniendo un mensaje alentador y positivo que me empujaba a actuar con más ímpetu y seguridad. Con el tiempo y entre canalizaciones y mensajes entendí que estaba ante el Consejo de Sabios. Un elenco de seres de una elevada frecuencia vibracional la cual se encuentra muy cerca de la Fuente y que son incluso más elevados que los guías. Ellos supervisan nuestras existencias de un modo muy profundo. Entre vidas y reencarnaciones nos reunimos junto con nuestros guías para establecer pequeñas conversaciones en pro de mejorar nuestra siguiente encarnación. Nos condecoran cuando nuestra alma ha elevado su nivel de consciencia y su amor hacia nosotros es inmenso. Cada vez que los pienso siento una gran sabiduría asentada en sus almas. Son seres que por supuesto no han encarnado ni portado un cuerpo humano dada que su frecuencia es muy alta.

Cuanto se ha podido saber sobre estos grandes sabios se ha relacionado con el juicio final, pero no existe ningún juicio expuesto en el más allá. Eso es algo que han sostenido ciertas religiones que han adoctrinado a los seres humanos desde el miedo. Solo existe acompañamiento, admiración y amor.

A estos consejeros podemos acudir de vez en cuando en el más allá para esclarecer aprendizajes y a modo de guía en decisiones importantes. Nuestros guías también los visitan en pro de su propio desarrollo.

Entendí que aquellos ancianos sabios me habían proporcionado la oportunidad de aquel

conocimiento. Fue algo así como una gran revisión de muchas vidas, como si con esta última cerrara grandes capítulos. El hecho de que me permitieran saber, hizo que mi alma volara un poco más.

Al despertar apunté y dibujé el lugar en el que había estado mientras mi cuerpo descansaba y aunque me sentía feliz, aún recordaba en mi corazón aquellos pies y aquella mujer apenada. ¿Qué sentido tendría aquella simbología? ¿Por qué pies? ¿Dónde se encontraría aquella mujer ahora?

A lo largo de los años, he ido recopilando la gran cantidad de información que obtengo de mis sueños en diferentes blocs de notas. Este trabajo me ha hecho entender algo verdaderamente importante, hay que dejar la mente de lado y procurar no darle un sentido racional a estos sueños e imágenes, no es posible entenderlos desde una perspectiva científica. La espera y la paciencia son claves en la comprensión de sus significados y el entendimiento profundo de lo que se me muestra. Sobre este sueño en particular, sería India la encargada de darme una maravillosa respuesta que guardo con cariño en mi corazón.

El viaje lo realizamos a principios de septiembre y estuvimos en el país durante 15 días. En una de las jornadas, recorrimos Rajastán en el norte de la India, donde visitamos el templo jainista de Ranakpur. Este fue construido en el siglo xv y se divide en 29 salas. Está sostenido nada más y nada menos que por 1.444 columnas de mármol refinadamente esculpidas, siendo cada una diferente a la otra.

Es muy complicado elegir un solo lugar en la extraordinaria India, pero podría decir que este templo es mi favorito, ¿por qué? Mientras subía las escaleras hacia la entrada, sentí una conexión muy fuerte con vidas pasadas. Un sentimiento de “ya he estado aquí”. ¿Cómo podía saberlo? La intuición no sigue reglas racionales ni analíticas, simplemente surge como una fuerza interior que te hace comprender qué es real y verdadero sin lugar a duda.

Aquellas majestuosas columnas, los techos tallados con miles de figuras, el mármol blanco y la serena energía del lugar me atraparon. Mis pies parecían moverse por sí solos, y aunque estaba rodeada de personas, me sentí sola en ese momento. Percibí que una fuerza me atraía hacia un lugar específico, y simplemente me dejé llevar. Me olvidé de quién era y me sumergí en un baile espontáneo entre las paredes blancas, envuelta en la fragancia de la prosperidad.

En medio de ese espacio, sin saber exactamente hacia dónde me dirigía, encontré un hermoso árbol con un tronco ancho y majestuoso, decorado con hojas verdes dispuestas de manera perfecta, como una obra de arte. Respiré profundamente y sentí que, sin hacer nada, me estaba transportando a otras dimensiones. De repente, giré la cabeza hacia la izquierda.

Permanecí inmóvil ante lo que mis ojos veían. En el centro de cuatro pequeños pilares en forma de pérgola se encontraban dos pies de mármol, detalladamente tallados en oro. En ese instante, recordé un sueño que había tenido anteriormente, y me pregunté cuál sería su significado. Tenía unos auriculares pequeños y algo que parecía ser una especie de casete colgado alrededor de mi cuello. Sabía que, al presionar la numeración correcta, encontraría el significado de ese lugar.

Este representaba la iluminación espiritual, el sitio donde se dice que un maestro jainista trascendió hacia otras dimensiones, similar a cómo Buda lo hizo bajo el árbol de Bodhi en la ciudad de Bodhigaya, que lamentablemente por falta de tiempo no pude visitar.

En aquel lugar comprendí lo que aquella mujer quería hacer al ponerse los pies de mármol. En su interior ella anhelaba la iluminación, pero aún debía experimentar más vidas antes de alcanzar ese estado. Desde ese momento supe cuál era el significado de los pies que aparecían en mis sueños y visiones. Comprendí que mis viajes astrales eran mi forma de comunicación con otras dimensiones, con otros seres, con guías y con mi propio yo superior. Cada noche, me ofrecían un libro abierto lleno de sabiduría que me ayudaría en mi vida cotidiana. Solo necesitaba estar atenta y tomar nota de lo que ocurría. Todas esas pistas me guiarían hacia mi propósito, hacia el conocimiento de las herramientas que llevaba conmigo y cómo utilizarlas.

La India no paraba de sorprenderme. Sentí ganas de meditar y abrirme a lo que el árbol tenía para decirme. Bailando entre las figuras talladas que se sentían tan vivas como yo y las montañas que me rodeaban, me dejé llevar y experimenté uno de los instantes más mágicos de mi vida.

Esta es solo una de las experiencias que tuve en este maravilloso país. Antes de embarcar, sabía que este era uno de los viajes más determinantes que había tenido y que marcaría un antes y un después, y así efectivamente fue. Además del trabajo que tenía que hacer, también hubo disfrute y gozo, me sentí arropada por mis maestros desde un principio. Ellos estaban conmigo y yo estaba por y para ellos.

Sin embargo, no fue un viaje fácil. La pobreza y las condiciones difíciles que experimenta la población en especial los niños impactaron mi corazón. Sabía que las almas que allí estaban habían elegido este lugar para nacer en pro de su propia evolución, yo solo podía donar sonrisas y repartir algunos objetos que guardaba en mi mochila como lápices de colores, libretas y algunos juguetes. Para mí, dibujar sonrisas en otros rostros resulta ser mi “hobby favorito” y así lo hice en India, sentía una especial conexión con las personas que allí habitaban, en particular con esos niños que me miraban con sus ojos negros, siempre curiosos y parlanchines. Yo era parte de ellos, algo muy profundo nos conectaba.

Un sueño no tan dulce

Mi cuerpo yacía en la cama de uno de los hoteles de la ciudad de Delhi en la India. Este lugar sin duda me estaba aportado muchas visiones y mis capacidades psíquicas se ampliaban a pasos agigantados.

Mi pareja de aquel entonces dormía a mi lado y en uno de mis sueños astrales pude verme otra vez fuera del cuerpo. Acostumbrada, disfrutaba como si de un juego se tratase. Podía sentirme con más libertad aún.

Y ahí estaba, delante de mi cuerpo. Hasta que escuché la voz de mi madre, sin verla, hablaba a través de una especie de altavoces y me decía lo siguiente:

—Raquel, la tía Angela ha fallecido.

Mi ser se quedó totalmente inmóvil. Mi tía estaba sana, pero yo sabía que algo ocurría. Algún sueño ya lo estaba apuntando. Fue tanta la confusión que tuvo que intervenir mi guía.

Vi una luz azul mientras sentía una presencia verdaderamente potente a mi lado izquierdo, la que agregó:

—Raquel, tranquila, esto no ha pasado, pero pasará. Tu tía Ángela va a fallecer.

Con el amor y la bondad que sentía en cada uno de los poros de mi alma volví a mi cuerpo. Desorientada y con dolor me desperté aquella mañana, ahora sabía que con aquella información podía hacer algo bello. Ayudaría a mi tía en su transición hacia el hogar a pesar de mi dolor.

Este fue sin duda la brújula que me guiaría a coger de la mano a Ángela en uno de sus viajes más importantes.

Capítulo 16

Caja de bombones

Durante una noche de verano de 2019, estaba como siempre inmersa en un sueño, visitando entornos sutiles y extraordinarios. Como cualquier estudiante, recogía cada noche información sobre mi vida terrenal y espiritual, pero en esa oportunidad lo que estaba viendo no era del todo agradable, algo presagiaba un brusco cambio familiar.

Me encontraba en una de las riberas de un río que tenía poca agua, se veían algunas rocas alrededor. No había mucha luz, digamos que la atmósfera era tenue, así que miré con más detenimiento. Ahí reparé que estaba mi tía Ángela parada con su tío al lado. Este último había muerto hacía mucho tiempo, relativamente joven, y yo desconocía el motivo de su fallecimiento, ni tampoco tenía mucha idea de su vida. Pero algo me hizo prestarle atención y escuché lo siguiente:

—Hola Raquel. Eres médium y la mediumnidad es dura y compleja. Yo no pude resistir todo cuanto me ocurría y no tuve las herramientas para saber procesarla. Quise morir y abandonar aquel don, dejando de comer hasta que mis fuerzas decayeron.

Yo lo miraba sin pronunciar una sola palabra, escuchándolo con atención mientras intentaba comprender. Lo que me desconcertaba era por qué mi tía se encontraba junto a él, parada en silencio, sin decir una palabra, y por qué yo no podía cruzar ese río que nos separaba más de lo que indicaba la distancia.

Me desperté esa mañana con una sensación amarga y decidí compartir el sueño con un amigo cercano.

—Sé que algo complicado va a suceder. Mi tía se va a ir, no permanecerá mucho tiempo en la Tierra —le dije.

En el sueño, había entendido claramente que el río simbolizaba el otro lado de la vida y que mi tía de alguna manera ya estaba más en el reino espiritual que en el terrenal. Pero ¿cómo podía ser eso? No le pasaba nada, no tenía ninguna enfermedad, todo estaba bien. En ese momento, no recordé que la vida puede cambiar en un instante, como las nubes que desaparecen en un día soleado. Tras algunos talleres que he realizado con niños y niñas hay algo que me ha sorprendido muchísimo. Cuando ellos realizaban sus meditaciones hacían dibujos de lo visto o sentido, es una manera de poder “bajar” toda la información recibida y poder de algún modo expresarla. En el último encuentro, cuatro niños coincidieron con sus dibujos, sin saber los unos de los otros. Este fue un río el cual separaba dos lados. Los niños se veían en uno de los lados y en el otro que partía esa agua, sus familiares fallecidos. Algo en común era que no podían acceder a ese lado. Reconfirmé al instante que mucha información habita en una especie de nube universal y global donde muchos de nosotros recogemos datos con exactitud. Me ayudó por tanto a determinar dicha simbología tan valiosa.

En septiembre de 2019, a mi tía le diagnosticaron cáncer de páncreas, y junto con el sueño que

tuve en la India, todo indicaba que mis predicciones se estaban volviendo a hacer realidad. Otra vez, una vez más, me encontraba frente a la muerte de alguien a quien quería mucho. Había compartido toda mi infancia con ella, muchos momentos, confesiones sobre brujería y mediumnidad, pero sobre todo risas y anécdotas. Sin embargo, recordé que, si se me brindaba esa información no era para sumirme en la tristeza y el pesar, sino para ayudarla en todo el proceso con mis dones y habilidades psíquicas.

Cada día, sin excepción, me tomé un tiempo para orar por ella, para acompañarla en su proceso, para encender una vela y permitir que la luz la guiara en su viaje de aprendizaje. A pesar de lo difícil que era, en lugar de dejarme embargar por la pena y la injusticia, entendí de alguna manera que todo esto contribuiría a su evolución espiritual. Mi apertura de conciencia se volvió esencial para no dejarme llevar por el dolor profundo. Opté por seguir el camino del optimismo, el humor y la sonrisa cuando hablaba con ella.

Gracias a este enfoque, mi tía y yo tuvimos largas conversaciones durante horas y horas, recordando y compartiendo nuestras experiencias. Fue una especie de despedida consciente, donde recopilamos como en un cuaderno todas las vivencias significativas que habíamos tenido juntas, una revisión de la vida de dos almas que todavía habitaban un cuerpo.

Hacia el verano de 2020, su salud empeoró notablemente. Recuerdo haber tenido varios sueños que parecían prepararme para su partida. En agosto, la internaron en el hospital para sus últimos momentos. Su proceso duró cinco días hasta que finalmente decidió partir hacia su hogar espiritual en compañía de sus ancestros y ángeles.

Acompañando el tránsito

Quiero detenerme en cómo ocurrieron las cosas. El lunes 10 de agosto ella se sintió muy mal, como yo me encontraba en mi pueblo durante ese fin de semana, decidí quedarme en la sala de urgencias toda la mañana para conocer su diagnóstico. Al poco tiempo, me enteré de que su vida dependía de segundos y, en el mejor de los casos, de horas o días.

Ella estaba en una cama de observación, esperando una cama de ingreso. Nos habían informado de que ya no recordaba a nadie y que ni siquiera hablaba. Estaba en un estado comatoso, pero, aun así, sentí la necesidad de entrar a verla. Se encontraba tendida en la cama, respirando con dificultad y llevaba una máscara de oxígeno. Sus ojos cerrados parecían indicar un sueño profundo, pero en mi interior, sabía que podía escucharme, sin importar cuán débil fuera su respuesta. Me acerqué a ella y mientras le acariciaba el rostro, le susurré las siguientes palabras de consuelo.

—¡Hola, tía! Estoy aquí, estoy aquí. Es importante que estés tranquila. Todo va a ir bien.

Aunque no recibía respuesta alguna, sabía que ella me reconocería, especialmente si usaba el cariñoso apodo por el cual me nombraba: Raqueleta.

—Soy Raqueleta. ¿Sabes quién soy, tía? Estoy aquí, la Raqueleta.

Algo en mí me decía que continuara, que ella me reconocería, y que esta conversación era importante. Sorprendentemente abrió los ojos y suspiró, noté de inmediato el esfuerzo que le suponía. Mi corazón palpitó fuerte y me llené de coraje, tenía que decirle aquello que saliera de

mi ser, notaba cómo su alma se desvanecía poco a poco y entonces ella me respondió.

—Claro que sé quién eres, ¿cómo no lo voy a saber? Eres Raqueleta —me contestó con alegría.

Yo era consciente desde pequeña de lo que implicaba la muerte, sabía que no existía, lo había experimentado multitud de veces y había sufrido mucho por ello, pero ahora estaba en una etapa en mi vida consciente y me sentía feliz de disponer de aquellos dones. Aquella era una oportunidad para poder acompañarla desde la más pura consciencia espiritual, por lo que le dije estas frases:

—Tía escúchame atenta y estate tranquila con lo que te voy a decir. Ha llegado tu hora, la hora de volver al hogar con tu familia, con tu madre y con todos los ancestros que con alegría te esperan. No tengas miedo a nada. Lo has hecho todo genial y estamos muy agradecidos de haber vivido esta vida junto a ti. Gracias por todo, nosotros estaremos bien.

A lo que añadí con una gran sonrisa y con alegría:

—Cuando estés en el reino espiritual no dudes en avisarme sea como sea de que estás bien.

A lo que ella me respondió:

—Está bien, eso te va a costar una caja de bombones.

Reconocí su esencia en aquella frase. Mi tía era una amante del chocolate y del humor por lo que su alma se asomó en esas pocas palabras. Añadí:

—No lo dudes en ningún momento, te lo enviaré en algún viaje astral. Nos vemos muy pronto tía.

Nos despedimos con amor y con mucho humor, en aquella sala fría, entre mascarillas, botellas de oxígeno y olor a medicamento nos dijimos hasta pronto de un modo altamente consciente. La cogí de la mano y le transmití todo el amor posible que necesitase para el proceso que iba a emprender. Aunque ella no había fallecido, yo sí pude sentir que aquella fue nuestra dulce y amarga despedida.

Agradecí estar en aquel precioso instante, pudiendo acompañar de forma cuidadosa su tránsito. Podía entregarle luz a ella y a cada uno de los miembros de la familia, sintiendo la conexión con los ancestros, dejando que todo ocurriera como tenía que suceder, mientras la apoyaba en ese viaje que hemos hecho todos cientos de veces.

Respiré hondo y sentí que aquello quería que formara parte de mi vida. Amaba en aquel segundo aún más la mediumnidad. Poder acercar familiares del reino espiritual al terrenal, poder sentir el amor tan puro que allá se procesa, iluminar de algún modo las vidas tan complejas que aquí experimentamos. Sí, esa era la ayuda que podía brindar, esa era la llamada, el pálpito continuo que mi alma bombeaba desde que nací, ese era mi camino, mi andar y la fuente de mi crecimiento personal. El orgullo y un profundo sentimiento de aceptación llenaron mi cuerpo como si todos mis ancestros me ayudaran a reconocer y a aceptar por completo aquel regalo del universo.

Decidí quedarme la primera noche con ella. Si lo pienso bien, hubo un sinfín de causalidades que hicieron que ese lunes 10 de agosto fuera yo la que tenía que estar en esa habitación 323.

Volví a mi casa a recoger algunas cosas y agarré un bocadillo solo por complacer a mis padres y, medio desaliñada, me dirigí aquella tarde para tomar la mano de mi tía y acompañarla como nunca antes.

En cualquier proceso, en cualquier camino, siempre hay una ventana para que ocurra la magia. Es esa pequeña y poderosa luz en el túnel que nos devuelve la sonrisa y nos hace sentir especiales. Y siempre sucede en circunstancias absolutamente improbables. Es en esos momentos cuando la magia nos envuelve en un abrazo eterno y nos invita a disfrutar de nuestra propia escena encantada, una escena que quedará grabada en nuestro corazón para siempre.

Pasadas las ocho de la tarde, la puerta de la habitación se abrió. Dos enfermeros, un joven y una joven, aparecieron amablemente, llevando sus mascarillas. Mi mirada se posó en él. Aunque no podía ver su rostro completo, sus oscuros ojos me hicieron sentir de manera diferente. ¿Lo conocía? Mientras su compañera hablaba, sentía su energía mezclándose con la mía, sus ojos en los míos y su calor junto al mío. Alto, piel dorada por el sol y un cabello que hacía juego con sus ojos negros, me quedé atrapada de su corazón puro y amable.

Nerea, la joven enfermera, entró en mi habitación poco después de ese maravilloso encuentro. Mi atención estaba fija en el rostro y cuerpo moribundo de mi tía, sentía cómo los nervios me invadían. Estaba frente a la muerte.

Con su rostro angelical y su alma pura, Nerea se acercó a mí para saber cómo me encontraba y ofrecerse para ayudar en lo que necesitara. De estatura mediana y pelo castaño, la sonrisa era su complemento imprescindible. Consciente de la naturaleza de su trabajo, iluminaba los pasillos del hospital con su presencia y alegraba los corazones de aquellos con los que se cruzaba. Sus ojos oscuros reflejaban claramente su bondad, y de cada palabra que me dirigía emanaba sinceridad y honestidad. Me sentí bien, me sentí acogida, y pensé: “qué suerte la mía de encontrarme con estos dos ángeles en una de las noches más difíciles de mi vida”. Miré al cielo, a mi tía y asentí, sintiéndome bendecida.

A muchas personas que conozco siempre les suelo decir que tras todas las experiencias vividas hoy parto de una premisa imprescindible: comunicar aquello bello y bonito que percibo de los seres. ¿Cuánto necesitamos en este mundo compartir belleza? ¿Cuántas veces callamos por vergüenza, por miedo y por orgullo? ¿Cuántas sonrisas desperdiciamos por no decir aquello que nuestro corazón siente? Viví mucho tiempo sentada en la silla del miedo, del prejuicio, del qué dirán y del miedo a hablar. Me cansé, y aun así me costó mucho levantarme y elegir otra silla, pero descubrí que mostrando mi amor hacia los demás y hacia mí misma recibía mucho más de lo que esperaba. Y me sentí bien, sentí que aquello era parte de mi esencia y que no hacía falta conocer expresamente a la persona para decirle aquello que veía.

La noche siguió su curso. De pronto la puerta se abrió y mi corazón latió un poco más rápido. La entrada del joven Héctor, me brindaba paz y serenidad. Su presencia transformaba el ambiente hospitalario, disipando el sufrimiento y la frialdad del lugar, sustituyéndolos por calidez y dulzura. Mi timidez me impedía hablar con fluidez, pero en esa ocasión, sentir la mera presencia del otro era una especie de explosión de emociones para ambos.

Supe que mi tía había hecho algo precioso en sus últimos minutos de su existencia: Unirme con un alma verdaderamente afín. Cuidarme en su cuido y sujetarme también. No solamente cuidaba

yo de ella, sino que ella hacía lo mismo por mí. Me hizo entender que la magia continuaba y seguiría así con y sin su cuerpo. También supe que la muerte y la vida eran amor, todo, absolutamente todo estaba impregnado de amor y entonces me hice la misma pregunta que cuando murió mi mejor amigo: ¿Qué es lo que más querría ella en este instante? y la respuesta vino tan rápidamente a mi mente como lo hace una estrella fugaz en una noche de verano: ella querría que yo sonriera, riera y viviera como una niña ingenua. No tuve duda, como tampoco la tuve con Andreu. Seguiría adelante, agradecida de todo lo que me sucediera esa y las siguientes noches de mi vida

Luego de pensar en aquello, tomé la mano de mi tía y con una mirada amorosa y una sonrisa en el rostro le dije:

—Sé que estás detrás de todo esto. De este encuentro, de cientos de sonrisas en medio de oscuridad. Puedo escuchar tu risa en el lugar en el que te encuentras. Gracias, tía, gracias por ayudarme a vivir esta preciosa magia donde aparentemente no existe. Te quiero.

Mi tía falleció cinco días después, pero su partida me permitió vivir una experiencia mágica. Conocí a Nerea y a Héctor, y descubrí el amor incluso en la muerte, riendo cuando normalmente solo lloramos.

Con Nerea, las risas siempre están garantizadas en cualquier encuentro. Ella me enseñó que, incluso en las circunstancias más difíciles o inverosímiles, el amor brilla por encima de todo. Héctor me sigue enseñando sobre humanidad, luz y cómo sacar a relucir nuestro niño interior a través de bailes, risas y reguetón. La magia siempre está presente cuando estamos juntos, desde el primer momento en que nuestros ojos se encontraron y nuestras almas se reconocieron. Disfrutamos de una amistad especial, y nos sentimos cada vez más conectados.

Ángela, mi tía, mi segunda madre, estés donde estés, estas palabras están escritas con todo el amor y cariño para ti. Gracias, nos vemos pronto para seguir riendo solo como tú y yo solíamos hacerlo. Por ahora, el cielo puede compartir tu alegría. Cuando esté contigo nuestro humor hará brillar un poco más el universo.

Este capítulo y el libro van en dedicación a ella por todo cuanto me enseñó, guio, sujetó, amó y brindó sabiduría a mi corazón. Y mientras escribo estas palabras, la siento, sentada a mi lado, mirándome con gran ímpetu y admiración.

Capítulo 17

El comienzo de un fin

Los días y noches siguientes pasaron volando como las hojas de otoño. Tras el vacío que dejó mi tía, sentí que mi misión en la vida era ser como la chica del cable cuando no existían los teléfonos móviles. Una chica que debía conectar ambos mundos para traer sonrisas y endulzar con amor la melancolía y tristeza de otros.

Cuando estuve preparada, tras acabar mi formación sobre mediumnidad y sin pretenderlo, tuve mis primeras consultas como médium. Aún recuerdo mi incredulidad, mis nervios, mi "yo no podré", mi… ¿esto será real? Pedí ayuda a mi guía Merlín, lo llamo así por su parecido a un Gandalf sabio y risueño, pero sobre todo porque es alguien muy irónico y algo payaso. Traté de recordar todos los consejos de mi profesor de mediumnidad. Yo era capaz y el miedo que experimentaba en ese instante no tenía cabida ni en el tiempo ni en el espacio.

Sentada, antes de encontrarme con el cliente y delante de mi altar respiré profundamente, dejé que mis preocupaciones se desvanecieran, mientras tomaba el papel y bolígrafo. Me dejé llevar hacia ese espacio entre dos mundos maravillosos: la Tierra y el reino espiritual. En cuestión de minutos, sentí la presencia de un espíritu femenino que me envolvía como un cálido abrazo en invierno. Comencé a ver imágenes rápidas y nítidas, como si estuviera usando una antigua cámara de los años ochenta. Cada imagen se presentaba clara ante mis ojos, y una sonrisa asomaba en mis labios.

Empecé entonces a hacer preguntas a través de mi mente a ese espíritu que se había asomado. Con los ojos cerrados, escribí todo lo que veía, olía o escuchaba en mi pantalla mental. Sabía claramente que se trataba de la abuela materna de mi cliente.

Cada médium tiene un sentido psíquico más desarrollado, y la mía siempre había sido ver y escuchar. Puedo describir situaciones como si tuviera una pequeña pantalla de cine instalada en mi cabeza, en ella las visiones aparecen de forma espontánea, el detalle depende de si les presto o no atención.

Sin darme cuenta del tiempo transcurrido —habían pasado unos diez minutos—, volví a mí para ver las tres páginas llenas de datos y experiencias compartidas entre mi cliente y el espíritu de su abuela. Comencé a sentirme nerviosa, me invadió cierta inseguridad, ¿y si todo lo que había escrito no era más que producto de mi imaginación? ¿Qué cara pondría si compartía esta información y resultaba no ser cierta? La responsabilidad se intensificó y mis miedos se multiplicaron. En ese momento respiré hondo y volví a sentir a Merlín y otros guías acompañándome y diciéndome que el mensaje lo transmitiera desde el amor, cuando las cosas se hacen así no hay margen de error.

La pantalla de mi móvil se abrió a través de una videollamada. En ella aparecía una chica que me miraba sorprendida porque yo tenía su misma edad. Hay muchos prejuicios con los médiums. Gran responsabilidad la tienen los personajes televisivos y las películas de miedo que nos

muestran a un médium como una señora mayor de pelo blanco, uñas largas y un lunar en el rostro. La realidad es bien distinta, de hecho, las personas psíquicamente sensibles andamos por la calle sin romero y sin una escoba voladora.

Cuando empezó mi sesión con ella, los latidos de mi corazón eran casi perceptibles. Sin embargo, cerré los ojos de una vez y me conecté con el abrazo amoroso que había sentido de parte de su abuela momentos antes. Empecé a escuchar al espíritu, mientras le comentaba a esta chica cosas que para mí no tenían ningún significado. La joven detrás de la pantalla sollozaba de alegría al darse cuenta de que de verdad estaba conectándose con su abuela querida.

Fue entonces cuando me relajé y empecé a disfrutar del instante, de cada sensación, de sus palabras llenas de sabiduría y de la gran oportunidad que me estaba dando el universo. Había logrado superar los miedos que siempre tuve y, de cierto modo, me liberé. Me saqué de encima todo prejuicio, todo malestar, toda frase negativa, años de amarga soledad y llantos incontrolables. Me había liberado de alguien a quien no pertenecía. Alguien que había creado y dibujado en mi mente para ser aceptada y no buscando destacar demasiado entre una multitud dormida.

Sin embargo, vine a esta vida con la firme intención de romper con ese karma y adoptar una actitud práctica y positiva ante los fenómenos paranormales, poniéndolos al servicio de los demás y reconociendo la suerte y la belleza que hay en ello. ¿Qué podría ser más que conectar con aquellos que ya no están si no fuera amor puro y genuino? Sentir el amor que fluye entre dos familiares, dos amigos o dos conocidos llena mi corazón de tal manera que cada cliente que llega a mí se convierte en parte de mi pequeña gran familia espiritual, dejando una huella indeleble en mi corazón y ayudándome a evolucionar espiritualmente. Siempre he creído que no es casualidad que alguien me contacte a mí y no a otro médium. Cada palabra, frase o sensación que comparto con el cliente también tiene un significado especial para mi propio proceso. Por lo mismo, agradezco profundamente a cada persona que ha cruzado mi camino, confiando en mí y compartiendo esos momentos mágicos en las consultas. Gracias por permitirme conocer a seres extraordinarios, desde bisabuelos desconocidos hasta hermanos arrebatados por la vida.

Cuando terminé la sesión, me sentí llena de alegría y gratitud. Era una sensación que nunca antes había experimentado. Con una sonrisa en mis labios y una mirada brillante, supe que esto formaría parte esencial de mi vida. Miré hacia arriba y agradecí a todos esos ancestros que habían allanado el camino para que yo diera este paso, a pesar de las dificultades que enfrenté. Lágrimas de felicidad y gratitud brotaron de mis ojos.

En ese momento, comprendí que cada paso que damos en este camino sea cual sea, no es en vano. Los errores forman parte de nuestro proceso evolutivo y nos guían hacia nuestro destino final, nuestra misión de vida. Comprendí que la vida no es llegar a un destino, sino la actitud con la que enfrentamos todas las experiencias que se nos presentan, y somos responsables de nuestras acciones. Cuando hablamos de karma, a menudo lo asociamos con un castigo, pero en realidad es un patrón de acciones repetidas a lo largo de vidas sucesivas. Mientras no abordemos estos patrones, las pruebas se vuelven más complejas en futuras vidas. Una vez que los reconozcamos y los modifiquemos con una actitud positiva, evitando caer en el victimismo y el sufrimiento innecesario, el karma se acaba.

La mediumnidad, en realidad, me ha permitido sumergirme en la verdadera esencia de mi alma,

mirarla de frente y abrazar lo que inicialmente me parecía aterrador, pero que resultó ser todo lo contrario: una vuelta a casa. A un hogar repleto de amor, luz y calidez. Un refugio donde las sonrisas y las danzas embellecen el entorno. Un santuario con el aroma de libros nuevos, un fondo musical de piano y risas de niños llenos de vida.

Podría haber optado por otro camino, ejerciendo mi libre albedrío. En este momento, podría estar escondida detrás de un frondoso árbol en un callejón sin salida, tratando de pasar desapercibida y usando la falta de alimento como un medio para alejarme de un mundo que no comprendía, sin vislumbrar mi lugar en él. En el fondo, buscando la pieza que faltaba en el rompecabezas de mi vida. Sin embargo, opté por tomar otro camino, que me ha permitido escribir este libro con el corazón abierto, compartiendo mi voz y la voz de mi alma. Mi objetivo es ayudar a todos aquellos que lean estas palabras. Si en algo te has podido sentir identificado/a, mi alma vibrará un poco más.

Vidas pasadas

Durante una sesión con un colega del mundo de la mediumnidad, logré profundizar aún más y comprender los miedos persistentes que surgían en mí una y otra vez. Me cuestionaba por qué sentía miedo al rechazo, al qué dirán, a no expresar mi verdadera esencia y mostrar al mundo quién soy realmente. Finalmente, decidí elevar mi voz y proclamar a los cuatro vientos que, como una persona común y corriente, también poseo dones psíquicos, una habilidad que, en última instancia, todos compartimos.

Este colega, Xavi, poseía la maravillosa habilidad de ver vidas pasadas y desentrañar los momentos en los cuales se habían generado traumas que arrastramos a nuestra vida presente. Estos traumas suelen manifestarse como miedos arraigados en lo más profundo del ser, surgen sin ninguna razón lógica, no están asociados con sucesos difíciles en la infancia o adolescencia. En muchos casos, estos miedos pueden desencadenar enfermedades como la ansiedad o entorpecer nuestro crecimiento y evolución personal.

Desde el momento en que comencé a desarrollar y aceptar plenamente mis dones, empecé a experimentar sueños increíblemente vívidos acerca de mis vidas pasadas. ¿Cómo podía estar segura de que eran vidas pasadas? Simplemente, tenía una certeza profunda, ya que todo emanaba de la escucha atenta del interior de mi alma. Las imágenes y sus vivencias se presentaban con una nitidez impactante, acompañadas de una mezcla de emociones intensas que dejaban claro que aquello había tenido lugar en un tiempo y espacio distintos a los de mi vida actual.

Xavi, un alma sabia y antigua, cerró los ojos por un instante, tomó una pausa y respiró hondo antes de comenzar a narrar una vida pasada. Sus palabras ofrecieron respuestas a las preguntas que me atormentaban diariamente. Sin embargo, no se limitó a eso, ya que también describió escenas que, sin él saberlo, yo había soñado previamente, lo que demostraba que yo ya tenía conocimiento de ellas de algún modo.

Una niña húngara

Yo era una niña de unos ocho años de edad con rasgos húngaros y una sonrisa permanente de felicidad. Mi familia era grande y llevábamos una vida sin ningún tipo de lujos, ya que éramos

más bien nómadas, aprendíamos del entorno y de sus recursos. Me enseñaban la importancia que tenía de escuchar los sueños cada noche y recordarlos a la mañana siguiente, ellos me darían información importante y serían mi guía para muchas de las decisiones que debía de tomar en esa vida terrenal. La espiritualidad, por tanto, era una de las premisas más importantes para nosotros. Yo con tan solo aquella edad ya sabía realizar muchas técnicas psíquicas, leer la bola de cristal, conectarme con seres de otros planos y ver vidas pasadas con total facilidad ya que mi familia percibía mis dones con naturalidad y gozo.

Era una vida con mucho amor hasta que una guerra azotó las tierras en la que nos encontrábamos. Los mataron a todos y yo logré escapar misteriosamente de toda aquella barbarie. Triste y desolada me llevaron con otra familia con la que poco tenía que ver. Eran muy ricos y tenían ideas clasistas basadas en que el dinero era lo más importante de lo que uno podía gozar. Todas las ideas espirituales quedaron guardadas dentro de mí, atrapadas dentro de una especie de cárcel, porque cada vez que yo quería hablar de ello, recibía grandes palizas y castigos.

Me convertí en una persona totalmente diferente a mi esencia. Me perdí en mis miedos y en mi pena. Lo más importante residía en la apariencia, en lo que pensaran los demás, en la imagen que creaba. No interesaban mis sentimientos, mi corazón, mis dones. En definitiva, aquello que me diferenciaba: mi identidad.

Pasó el tiempo y mis pertenencias, en concreto mis joyas, se convirtieron en lo más importante para mí, ya que lo material definía mi valía. Morí sola en un enorme palacio y con un grave trastorno mental, agarrada a todas aquellas piedras preciosas que no servían para nada. A la semana me encontraron muerta unos trabajadores, nadie lloró mi pérdida.

¿Dónde residía el aprendizaje? Claramente en superar el miedo a mostrar mi propia identidad sin importar lo que pensaran de mí. Seguir con la esencia de mi alma pasara lo que pasara, aunque tuviera que hacer frente a la muerte. Continuar con el legado mágico familiar y la pureza de mis ancestros. En esa vida, me opté por el miedo. Preferí ser una persona aceptada y triste que feliz y desterrada.

Ese miedo aún permanecía guardado en mi alma. Me aterraba decir lo que me ocurría. La perfección era una parte importante y quería que los demás la vieran en mí. La mediumnidad no era parte de ello y la mantuve escondida, repitiendo los patrones aceptados por la sociedad, incluso mis padres no aceptaban esto de mí.

Hasta que la vida me puso en un lugar donde debía decidir, si seguir invalidada por mis miedos y ansiedad o mostrar mi esencia al mundo. Y esto es lo que he hecho. Ha sido liberador y una explosión de amor propio al mismo tiempo. Quienes decidieron no acompañarme están en lo correcto y los que lo hicieron también.

Tras la sesión con Xavi me desprendí de ciertas inseguridades o mandatos de perfeccionismo aún latentes en mi ser. Supe en ese instante que muchas de las cosas que había experimentado en la vida tenían una razón de ser y me sentí agradecida. Me comprendí y al hacerlo volé y amé aún más mi esencia.

Hubo una frase que Xavi me dijo y que resonó profundamente en mi corazón: “la mediumnidad ha sido parte de ti desde antes de tu existencia en la Tierra, es tu esencia primordial, y aceptarla

es como regresar a casa”.

La idea de regresar a casa tocó mi alma de una manera especial. Sentí como si estuviera rodeada por la cálida presencia de mis ancestros en un abrazo reconfortante. Regresar a mi verdadera esencia, a mi ser, se convirtió en una de las claves y misiones de mi vida. En ese momento, sonreí y expresé mi gratitud al universo por todas las experiencias que me habían llevado a esa profunda comprensión. Me comprometí a seguir regresando a casa, día a día, un poco más.

Mi hermanito transparente

Otra experiencia importante en mi camino fue una consulta con una médium. Aunque siempre había tenido consultas con mi tía Amelia, nunca había acudido a un médium ajeno a mi familia. De hecho, a veces, dudaba de aquellos que se hacían llamar psíquicos.

Aquella mañana, fui a encontrarme nerviosa con una reconocida médium originaria de Brasil, que estaba visitando España por un tiempo. Mientras estaba sentada, ella comenzó a compartir experiencias de mi vida que no conocía, hasta que mi corazón dio un vuelco cuando describió a alguien:

—A tu lado, veo a tu hermano, un niño que te saluda con alegría.

La interrumpí y le pregunté:

—¿Es un niño de alrededor de ocho años de edad, con el pelo moreno y un poco largo?
—Sí, exactamente. Es un alma que tu madre perdió en un aborto hace algún tiempo —respondió la médium.

Me emocioné gratamente. Había estado viendo a un niño de esas características tanto en sueños como en visiones siempre en la casa de mis padres. En una de las noches que me quedé a dormir en mi habitación salí de mi cuerpo y me dirigí abiertamente hacia el comedor. Allí estaba él con un cuerpo medio transparente y con mucha luz, cogido de la mano de un hombre de unos cuarenta años de edad.

Nos miramos y él con una resplandeciente sonrisa me dijo lo siguiente:

—¡Hola, hola! ¿sabes?, yo también sé hacer yoga, ¡Mira cómo hago yoga! —mientras intentaba subir una de sus piernas hacia arriba. —Sigue con todo lo que estás haciendo, lo estás haciendo muy bien.

Sentí tanto amor en aquel encuentro que aún tengo ese sentimiento en todo mi cuerpo.

Los encuentros siguieron en mis sueños, pero no conseguía descifrar de quién se trataba. Solo sabía con certeza que amaba profundamente a aquel muchachito y eso era en definitiva lo más importante. Sí debía tener una respuesta, esta llegaría sola y si no era así, aún seguiría disfrutando de nuestros encuentros.

La médium continuó para darme el siguiente mensaje de mi hermanito.

—Él te dice que no tengas miedo a nada. Estás muy protegida y él te ampara todas las noches.

Sonreí profundamente. Sentí tal agradecimiento por estar tan acompañada en mi proceso, que

solo necesitaba de mi valentía para seguir adelante. Las lágrimas saltaban de mis ojos como lo hacía mi corazón en mi pecho. Por otro lado, me sorprendió aquel aborto del cual nunca había hablado mi madre, solo me quedaba confirmar el hecho preguntándoselo a ella.

Al día siguiente, ella me dijo que podría haber tenido un aborto incluso antes del nacimiento de mi hermana mayor, así que era posible que tuviera un hermano en el reino espiritual. Aunque mi madre no se mostró muy convencida de tal idea, expresó su deseo de que nos cuidara estuviera donde estuviera.

Esta experiencia fortaleció mi confianza en mi don, ya que la mayoría de las cosas que la médium me había transmitido las había experimentado previamente. También me impulsó a creer en mí misma y a superar mis miedos, tanto los pasados como los presentes.

Otro sueño cumplido

En la noche del 30 de julio del 2020, me sumergí en un sueño lleno de amor. Era como una escena de película, donde observaba todo lo que sucedía, y me veía a mí misma entrar en una habitación de un tono azul claro, iluminada de manera especial. A mi izquierda, un hombre de unos 70 años, de baja estatura y cabello canoso, me daba la bienvenida. Sentía cierta confusión, como si alguien me hubiera dirigido a ese lugar para encontrar algo que estaba buscando. Mi mente divagaba entre las tareas importantes del día siguiente, hasta que algo captó mi atención: las palabras de ese amable señor.

—No te estás enterando de nada de lo que te estoy diciendo y debes prestar consideración a la información que se te va a dar a continuación.

Asentí y me dispuse a escuchar aquel mensaje con intención de recordar cada detalle. El educado señor se dispuso a contarme algo que supuestamente iba a suceder en mi vida.

—¿Ves a aquel chico? —me preguntó con amabilidad.

Mi cabeza giró alegremente hacia mi derecha y vi a un joven alto y castaño que portaba unas gafas medianas. Lo percibí tímido, aunque risueño. Fijé mi atención y observé cómo delante de él se elevaba un mural lleno de láminas blancas. Volví a mirar atentamente para saber qué había en esas hojas y asombrada me vi dibujada en ellas junto a aquel muchacho que yo no conocía. Parecía que había una historia retratada y perfectamente enlazada entre una lámina y otra.

Escuché otra vez su voz varonil para añadir:

—A este chico que has visto, que es mucho más joven, de unos 27 años de edad lo vas a conocer muy pronto. Estate atenta y sabrás quién es.

Me desperté en ese instante. Este es un gran mecanismo que usa mi alma para ayudarme a recordar los sueños y este no podía ser menos. Sorprendida y llena de amor volví a cerrar los ojos, tratando de volver a las imágenes para recoger más información.

Ahora me encontraba en otro escenario. Mi cuerpo parecía estar volando sobre un lugar abierto, veía la terraza de un hogar y varios edificios de un color amarronado a lo lejos. Percibí que un grupo de unas 15 personas me llamaban por mi nombre mientras movían los brazos alentándome para que fuera a su compañía. El gozo y el deleite con el que me acogían me hacían sentir como

en familia. Aunque no reconociera quiénes eran, tenía una profunda sensación de aprecio y confianza.

Aterricé en medio de aquella azotea y percibí que aquel chico que acababa de ver en la primera parte del sueño se encontraba allí también. A continuación, una figura femenina me indicaba lo siguiente, lograba advertir la emoción en su voz:

—Él también te está esperando. Ha vivido una época emocionalmente compleja pero vuestros destinos se cruzarán. La espera concluirá en breve.

Aún puedo percibir la sensación de satisfacción de aquella frase. No abrí la boca, no realicé ninguna pregunta al respecto, no indagué más. Simplemente me dejé fluir por aquellos escenarios y desperté totalmente llena de felicidad. El amor que había podido percibir en sueños, danzaba alegremente en mi corazón.

Pasaron los días y se quedó guardado en una parte importante de mí hasta que meses después, sin buscar ni pretender darle sentido a todo cuanto estaba sucediendo, aquel chico castaño y tímido entró en mi corazón y yo en el suyo rememorando conscientemente el sueño.

Pactos álmicos

En el plano *prealmico,* antes de encarnar en la Tierra, se traza un extenso mapa de lo que será nuestra existencia con hilos y caminos entrelazados en una sincronicidad perfecta. A pesar de ello, lo más crucial es que nosotros mismos somos los directores de ese mapa y podemos modificarlo según nuestra consciencia. En estas líneas se establecen pactos o acuerdos con otras almas con el fin de obtener aprendizajes. Estos se cumplirán siempre y cuando ambas partes acepten el trato en la Tierra y estén alineadas para esa lección. Si una de las dos almas ha experimentado una evolución significativa en el área a tratar antes de encontrarse, es posible que no se crucen.

Por ejemplo, Ana y Pablo son dos almas que han decidido encontrarse a los 30 años para vivir una relación sentimental. Ana debe aprender a amarse a sí misma, superando su tendencia a la sumisión y dependencia emocional. Por otro lado, Pablo es un ser autoritario y exigente. A pesar de ser opuestos, deben buscar un equilibrio en sus excesos a través de la relación. A lo largo de su existencia, Ana ha atraído patrones de autoritarismo, ya sea en el trabajo o en su familia. Si Ana asume la responsabilidad y toma consciencia de que debe amarse a sí misma, producirá un cambio en su patrón de comportamiento, un “clic” en su existencia. En este punto, ya no sería necesario encontrarse con Pablo, pues va a atraer a otra pareja con diferentes lecciones.

Aunque en nuestro mapa de existencia haya sucesos marcados, podemos alterar nuestra realidad. Es esencial recordar que tú y solo tú eres el director de tu propia vida. Un método rápido para identificar en lo que debes trabajar es observar lo que más te molesta en tu entorno y en las personas que te rodean. Tu alma atrae a esos “maestros” para mostrarte las lecciones que debes aprender. Si las ignoramos pueden persistir incluso en vidas futuras y nos quedamos atrapados en una espiral continua de reencarnaciones.

La Mediumnidad y el entorno

Recuerdo una noche de verano mientras paseaba con un amigo y me sentía un tanto triste

decirle lo siguiente:

—Para poder tener una relación sentimental es importante que la persona comprenda lo que hago. Pero no sé si alguien me querrá con todo lo que conlleva.

Mi amigo, un chico moreno, alto y robusto, me miró con una media sonrisa, me dijo que así sería, pero que era importante no dejar de lado mi don.

El miedo al rechazo es algo que me ha acompañado desde que era niña, probablemente debido al silencio que sostuve tanto tiempo y que me hizo sentir que incluso no merecía el amor. Creo que es algo que muchas personas con alta sensibilidad viven. Callamos, aunque nuestra alma grite a viva voz.

Tuve la oportunidad de contar con la presencia de una nueva pareja, aquella que se me anunció en el sueño que narré en el capítulo anterior, la cual acompañó mi don de manera extraordinaria. Comprendió cada paso sin miedo y con una sonrisa, todo lo que acontecía en mi vida. Aunque es alguien reservado y sin conocimiento del mundo espiritual, poseía algo mayor: la capacidad de amar por encima de lo desconocido. Actuaba con amor para entender cada lenguaje diario de mi ser, empujándome a desechar cualquier residuo de miedo al dedicarme laboralmente a los demás. Me ayudó a proyectar mi labor hacia el mundo.

Cuando le conté a qué me dedicaba, él me respondió con una sonrisa:

—Está bien. Como un trabajo más.

Respiré aliviada. Ahora podía ser yo misma, permitir que alguien me conociera desde el principio. Agradezco cada día su abrazo de acompañamiento, su admiración hacia mi persona y todos los aprendizajes que mi alma elevó gracias a su compañía.

Una vez más, el miedo se equivocó. Los escenarios arduos y complejos en mis relaciones sociales, al elegir dedicarme a la mediumnidad, a mi esencia, a mi ser, no se cumplieron. Al revisar mi línea de vida, es evidente. En el momento en que no me elegía a mí misma, atraía a personas que no aceptarían el don. El día que me acepté, también cambió mi entorno y mi vida.

En la actualidad, disfruto de amistades que me aceptan y acompañan en este proceso, así como del amor diario de personas desconocidas que me recuerdan cada día el afecto que me doy al dar cumplimiento a mi misión de vida. Gran parte de mi familia mira con entusiasmo cada paso que doy en el camino. Ver que mis padres me observan y apoyan desde el respeto y la admiración, y observar cómo sus almas aprenden a elevarse, es un gran gozo para mí. Estas palabras son un agradecimiento a cada una de las almas que acompañan mi viaje, recordándome con deleite el brillo de la mía. Ayudar al otro a brillar hace que nosotros brillemos un poco más.

Capítulo 18

La muerte: la vuelta a casa del alma

Cuando un ser querido se ha marchado es importante saber que sí sigue vivo, más vivo incluso que nosotros porque ya no porta un cuerpo, ha vuelto al hogar del que todos provenimos. Lo sé porque desde niña me he conectado con las personas fallecidas, con guías a través de mis sueños y mis experiencias son reveladoras y comprobadas, por lo que no tengo dudas al respecto. Siento a cada ser de luz alrededor de mí y desde mi humilde vivencia puedo afirmar que somos almas con un cuerpo que funciona como vehículo para que podamos tener la experiencia terrenal, con la misión de perfeccionar nuestro ser a través de cometidos únicos y especiales, con la previa aprobación de nuestra parte antes de venir a este plano. Es algo así como un triángulo invertido. Cuando somos almas nuevas empezamos prácticamente con una consciencia más limitada en el planeta tierra aun siendo almas perfectas y divinas. El cúmulo de experiencias hará que a cada vida recordemos un poco más la luz que portamos dentro hasta nuestra iluminación. Es decir, el recuerdo absoluto de nuestra verdadera esencia como, por ejemplo, lo experimentó Buda.

¿Por qué venimos a la tierra entonces?

Para crecer. Para experimentar lo opuesto a lo que somos a través de multitud de experiencias y variedad de escenarios, somos nosotros mismos los personajes y directores de la película que tenemos entre manos. No existe solamente el planeta tierra. El universo está compuesto de multitud de espacios aún desconocidos para el ojo humano, aunque no para el alma. Ni tampoco para mis consultas, ya que entre ellas he podido hablar con seres pertenecientes de otros lugares. Vienen en comunidad y tienen relación con el consultante de aquel día. De estos encuentros sale información realmente valiosa para la persona que está conmigo.

Aunque para el humano existan experiencias verdaderamente duras y sin razón aparente, todo en sí es perfecto como es. Todo en sí lleva un maestro y una lección a aprender. Depende de nuestra actitud y de cómo manejemos la situación si el aprendizaje queda saldado o no. Es decir, si acepto la circunstancia y veo en ella una proyección de mi ser o bien me limito a sentirme víctima de un sistema y del ambiente.

La información que llevamos cada uno es enorme. Está toda registrada en los espacios de nuestro hogar, como en una especie de computadora gigante. A cada acción le corresponde un karma y dharma y el resultado se ve tanto en esta vida como en las siguientes, sino ¿por qué tendría sentido que alguien padezca desde nacimiento unas condiciones verdaderamente duras y otra persona no? Sería absurdo si todo fuera fruto del mero azar, les aseguro que ni la suerte ni la casualidad está entre los hilos del universo. Todo tiene una sinergia absolutamente perfecta, así como nuestras vidas y el momento que estás viviendo mientras lees estas líneas. Aunque no tenga sentido para ti en estos momentos. Todo, absolutamente todo, tiene un porqué.

Debemos entender que la muerte no existe y que después de esta vida terrenal hay otra vida espiritual que es de donde provenimos, nuestro verdadero hogar, la fuente suprema que cada uno puede llamar como desee, Dios, Buda, etc. Siempre he entendido la desencarnación como una

especie de viaje de aquel que se va de esta tierra. Un viaje que para nosotros parece eterno, pero que para ellos no, pues el tiempo en el universo no existe como lo conocemos, lo que nos resulta largo para nosotros es solo un instante.

De esta forma, si percibimos la muerte como un mero desplazamiento a otro país, teniendo la certeza de que podemos comunicarnos con quienes se van, aunque sea con menos frecuencia, evitaremos caer en el victimismo y en la depresión provocada por el gran desconocimiento espiritual. Con ello no digo que no sintamos pena, melancolía o tristeza cuando alguien querido fallece, pero la comprensión espiritual de este tránsito nos permite no irnos en picada presos de nuestro dolor hacia el abismo. El duelo es único. Hay tantos duelos como personas que habitan el planeta, y un mismo duelo puede cambiar constantemente.

Cuando nosotros nos vamos de viaje y les avisamos a nuestros padres que nuestra llegada ha sido correcta y que nos encontramos seguros y que, además, hemos coincidido con familiares o amigos, sienten un gran alivio y, aunque nos echen de menos, saben que todo estará bien. Ocurre de un modo muy similar en el mundo de los espíritus cuando se comunican con un médium o con cualquier persona a través de las señales, lo hacen para que nos quedemos tranquilos y en paz porque de esta forma ellos también lo estarán.

Todos podemos comunicarnos con espíritus, no solo quienes somos médiums. Si le pedimos a esa alma desencarnada que nos dé algún tipo de señal lo hará sin ninguna duda. El tema es si estamos lo suficientemente “despiertos” como para notarlo, porque la mayoría de las veces nos encontramos sumidos en una gran tristeza ante la muerte y es nuestro dolor el que bloquea aquello que nos quieren transmitir.

Sintamos pena, pero que esta no gobierne nuestra vida, pidamos señales y las recibiremos a través de una caricia, de un sueño, de un susurro, de la palabra de otra persona, de una canción, sea como fuere, ellos encontrarán la forma adecuada en el momento más oportuno... Dejemos que se vayan tranquilos de este mundo, sabiendo que nosotros estaremos bien y en paz y, sobre todo, teniendo claro que ellos no están muertos sino cerca de nosotros en otro lugar.

Si nos sumimos en una gran depresión y dejamos que nuestra vida se pare de inmediato, a ellos les dificultará en cierta medida su proceso en el mundo espiritual. Nuestra alma siempre sigue evolucionando sea como sea para alcanzar aquella perfección fuera de todo ego, de la desconfianza y la falta de compasión.

En muchas consultas se me ha hablado de la misión compartida entre almas. ¿Pero qué es esto? Las misiones compartidas hacen referencia a un proyecto en común que pactan dos almas antes de nacer. Algo así como la construcción de una casa, un hogar, un refugio. Uno se dedicará a poner ladrillo por ladrillo mientras que otro se preocupará de la decoración del interior. Tienen este propósito común con el objetivo de vivir o de ayudar. Cuando uno de los dos fallece, la misión compartida no se desvanece, simplemente cambian las reglas del proyecto. Reglas las cuales se moverán entre dimensiones.

Un joven, hijo de la consultante, fallecido me comentaba esto en una sesión: “Dile a mi madre que se acuerde de lo que pactamos antes de venir a la tierra. Tras mi muerte, ella ayudaría a otros padres a lidiar con el dolor y transformaría muchas vidas. Uno de los dos debía irse y se decidió que lo mejor sería mi partida. Yo seré su mentor. Le seguiré inspirando. Le daré la teoría y ella

aquí en la tierra realizará las prácticas. La misión es en común. Si hacemos esto elevaremos nuestra frecuencia vibracional. Ella no está sola. Yo soy su guía".

Me quedé verdaderamente sorprendida al escuchar que el espíritu estaría a cargo de la teoría y que aquí debíamos hacer las prácticas. No obstante, me hace todo el sentido, ¿por qué habríamos de pensar que cuando un ser querido fallece todo se desvanece? ¿y que todo lo que hicimos juntos queda suspendido en una especie de limbo? Mientras más escuchaba al espíritu de este chico hablar, más importante me parecía su mensaje.

Entonces pensé: esta es la manera que podemos ayudar a los seres queridos que están en el otro lado. Si sigo con aquello que he de hacer aquí de algún modo ellos crecerán. Si hago brillar mi alma, ellos también brillarán. Tenía parte de respuesta a la repetida pregunta que me hacían los consultantes: ¿Qué puedo hacer para ayudar a mi familiar trascendido?

Seguir tu camino. Seguir los latidos de tu corazón. Sonreírle al camino que tienes por delante sabiendo que eres amado y protegido a cada instante. Y sentir, sentir las emociones sabiendo que nada es lo que parece y que el amor de un ser querido que marcha es realmente transformador y mágico. Alzar tu pie y seguir andando y así también andará tu familiar.

Imagina que vuestras manos no se separan nunca. La unión de dos almas es independiente a la ilusión de la separación. El amor abre puertas. El amor es el mayor motor del universo. El amor eres tú y todo cuanto te rodea.

Capítulo 19

Mi día a día con los espíritus

Mi día a día está lleno de historias excepcionales, hay mucha magia y amor tanto del lado de la vida como del lado de la muerte. Me gustaría para terminar este libro, contar algunas de las consultas que marcaron mi corazón. Estoy segura de que te reconocerás en cada una de ellas. Espero que te emocionen tanto como a mí, agradezco a mis consultantes por confiar en mi persona y a los seres trascendidos por acercarse a un espacio donde solo hay amor.

Caso 1: entre árboles, flores y mucha felicidad

Mientras el silencio imperaba en una noche apacible y quieta, mi respiración se alzaba entre las nubes del ambiente. Al son de un vals mi alma seguía soñando, alzando los pies entre el cielo y la Tierra y visitando lugares inimaginables. Cuando mis ojos se abrieron para palpar la habitación y recordar toda imagen, allí estaban. Una mujer de aspecto amable y compasiva fijaba los ojos en mí con tanto amor que quería fijar aquel momento infinitamente en mi memoria. A su lado una pequeña luz destellante jugueteaba al compás de su figura, como una estrella en una noche abierta, iluminaba mi estancia con un aura de juego e inocencia. Escuchaba claramente dentro de mi mente conversaciones e imágenes adyacentes a cualquier pensamiento propio… ¿quiénes eran?

Días antes, Sofía me había solicitado una cita para una consulta, pidiéndome con voz suave si podíamos contactar con su hija pequeña Alejandra. Mi corazón se abrió de par en par y sin poder asegurarle que aquello fuera a suceder puse toda mi intención y luz en aquel posible encuentro.

A las nueve de la mañana comencé a prepararme para aquella cita. Me senté en mi lugar de meditación, realicé las oraciones pertinentes y dejé un espacio en mi cuerpo para que cualquier espíritu en relación con Sofía me diera evidencias de su presencia. Inspiré, relajé mi cuerpo y noté una ligera presión dentro de mí. Volví a respirar con fuerza y allí estaba, ya no era tanto yo y era más el espíritu. Mis brazos, mi cuerpo y mi mente pasaban a un segundo plano. Este me mostró evidencia de la enfermedad que la llevó a morir, yo me sentía como una mujer de unos 50 años a la cual el cáncer había debilitado mucho. Pude notar su personalidad, cómo amaba a las personas y muchas cosas más.

—No es la niña, no lo es… —pensé apenada. Pero alguien me recordó que la magia continuaba, esto solo era el principio de una maravillosa consulta.

Saludé a Sofía a través de la pantalla de mi teléfono, iniciando la consulta y empecé a describir a aquella mujer. Con tristeza dijo:

—Es alguien más mayor, ¿verdad? —buscaba en esa pregunta la respuesta por la no presencia de su niña. Pude notar la sensación de decepción.

Le confirmé que se trataba de una mujer de mediana edad que murió de una determinada manera. Le describí su personalidad y sus ganas de ayudar a las personas. Mientras mis manos

empezaron a realizar movimientos de flamenco y a hablar de una forma suave como ella lo hacía, supimos que la mejor amiga de Sofía, Marina, había venido a visitarla. Mientras continuaba la conversación con el espíritu de pronto allí estaba delante de mí. Una niña de unos cuatro años con unas trenzas bellísimas, sonriéndome con una maravillosa luz dorada que le caracterizaba. "Dios mío. Esa misma luz es aquella estrella de esta noche", pensé con gran sorpresa.

—Sofía, Sofía —grité con alegría— ¡Aquí hay una niña con dos trenzas!

Mi emoción era evidente, aunque muy cauta. Sentía claramente que era la hija de la consultante, pero debía dar todas las evidencias que ella me fuera mostrando para asegurarnos antes de dar cualquier mensaje. Pude observar como a Sofía le había cambiado la expresión del rostro, como su corazón palpitaba más rápido y sus oídos querían escuchar todo cuanto antes.

Lo primero que me mostró fueron sus dos brazos abrazando la barriga de su mamá como tan bien hacía, transmitiéndome a la vez el amor tan profundo que de ello se generaba. Los ojos grandes de Alejandra me miraban asegurándome que todo aquello era real.

—Te voy a contar muchas cosas para que mi mamá sepa que soy yo —me dijo Alejandra.

Me habló del suavizante que utilizaba su madre, cómo plegaba la ropa, lo ordenada que era, incluso algunas de sus tareas diarias me las describió a la perfección. Alejandra quería hacer saber a sus padres que estaba viva, más viva que nunca y que formaba parte de su día a día. Ella seguía siendo una más de la familia.

—Luz, luz. Me encanta la luz. Dile la luz, la luz en casa —insistía Alejandra.

Cuando le dije eso, el rostro de Sofía volvió a cambiar. La luz de la mesilla de noche parpadeaba de una forma extraña, así como lo hacían otras bombillas, y aunque era algo que no tuviera explicación, ella pensaba que podía ser su hija. Podía sentir el fervor y la exaltación de Alejandra cada vez que su mamá escuchaba sus mensajes. El parpadeo de la luz era sin duda ella. Yo emocionada y con más fuerza que nunca quería poder ayudar a Sofía en todo aquello que estuviera en mis manos.

Su vestido de lunares, sus juegos favoritos al "pilla pilla", sus pulseras fluorescentes, sus collares de perlas, sus bailes molones, su juego de construcción y un sinfín de evidencias que Alejandra nos mostraba y que hizo que mi corazón se emocionara por aquello que estaba viviendo. Pensé en lo privilegiada que era por conocer a Sofía a Alejandra y a su amiga Marina.

—Mamá todas las cosas que me contabas, cuánto me enseñabas, cuánto aprendí. Disfruté tanto esos cuatro años de vida. Gracias —escuchaba en mi mente con gran velocidad todo cuanto quería decir Alejandra y mis labios eran un sin parar.

Como en todas las consultas necesito papel y lápiz. Mis manos no paran de dibujar o de escribir aquello que se me va presentando. Hojas y hojas van volando de un lado a otro en una sesión. Alejandra ya me había indicado todo lo que le gustaba dibujar. Mis manos eran sus manos y empecé a dibujar unas flores, pero no flores comunes y corrientes. Eran como árboles que se alzaban con los tallos muy altos y un tanto gruesos. Casi tocando el cielo se avistaban los pétalos de las flores en un camino, el camino de su mamá. Quería hacerle entender cuántos regalos como esas flores tenía en su camino. Cosas bonitas iban a suceder.

Se lo mostré a Sofía y con lágrimas en los ojos se levantó y me dijo:

—¿Te puedo enseñar algo? ¿Me puedo levantar y coger algo? —Lo decía con tanto entusiasmo que yo solo quería que me lo mostrara.

Ahora mi cara era todo un poema. Aquellas flores tan características que habían sido dibujadas en mi papel eran las mismas que Alejandra había elaborado en uno de sus últimos dibujos y que Sofía tenía enmarcado en un cuadro.

La sesión siguió adelante y Alejandra no paró de hablar, de contar experiencias, pero sobre todo de tocar el corazón de su mamá. Ella nos dijo cuál fue la razón de su muerte tan pronta. Un alma generosa que vino a ayudar a una familia a reconocer su ámbito espiritual. A saber, que el amor está más allá de todo lo preestablecido, más allá de las palabras escritas como repetía cientos de veces a su mamá. El amor nunca se destruye ni con la muerte. Sigue adelante, sigue latiendo, sigue vivo a pesar de la separación. Separación que en realidad no existe en el reino espiritual ni en el terrenal. La luz de la estrella de Alejandra impregna con amor a cada miembro de su familia constantemente, como un pequeño ángel, Alejandra ayudará en sus pasos a su mamá como ella la ayudó a andar en sus primeros años de vida.

Marina se apareció a mi lado derecho indicándome que ya era hora de cerrar la sesión. Le pregunté si quería decir algo a Sofía.

—Yo cuido a Alejandra como ella me pidió que lo hiciera. Estamos juntas, estamos bien.

Sofía con lágrimas me confirmó esa petición que le hizo a Marina.

La sesión que tuvimos fue una gran confirmación de la existencia de la vida más allá de la muerte, del amor y de las sonrisas infinitas. Fue una gran confirmación de que nunca estamos solos y que en el reino espiritual solo hay luz y amor. También de que el hogar, nuestro hogar, el más allá está más cerca de lo que pensamos. Una gran confirmación de que nuestros familiares conviven entre nosotros para alentarnos y ayudarnos en este, nuestro camino.

Gracias Alejandra por dibujar tantas sonrisas en mi cara y agrandar mi corazón con tu estrella de luz. Por haber jugado al escondite en la sesión y poder gozar de tus bailes y tu arte en todo su fervor.

Gracias Marina por ser el ángel de la guarda de Alejandra, por permitir que Sofía respire con tranquilidad al saber que tú abrazas a su niña.

Gracias Sofía por permitirme vivir una sesión llena de emociones, sorpresas y risas, pero sobre todo por confiar en mí para dar voz terrenal a tu hija.

Aquel día, el 4 de marzo, día en que Alejandra falleció hemos iluminado un poco más entre todos, el corazón roto de una mamá que siempre echará de menos los abrazos de su hija, pero que ahora puede saborear el conocimiento de saber que su pequeña se encuentra junto a ella, siempre y por siempre. Luz y más luz Alejandra.

Caso 2: Bebé de camino

Estaba sentada en el sofá mientras leía, cuando recibí un mensaje en el móvil. Elena, una chica joven y un tanto triste quería una sesión de mediumnidad y lectura psíquica que le ayudara de

algún modo a hallar esa luz que hacía tiempo no encontraba. Cuando agendé su hora, fui por un vaso de agua a la cocina, apreté el interruptor y allí estaba. Un hombre alto, moreno y no muy mayor, yacía esperándome al lado de la mesa, su rostro era amable. Enseguida me embriagó un olor a tabaco muy característico con un toque picante.

Nos miramos por un segundo y escuché en los adentros de mi cabeza:

—Soy el padre de Elena, dile que estoy bien. Dile que estoy cuidando de su hija. Estoy con mi nieta, estoy con las dos.

Tal fue mi asombro que fui directamente a coger el móvil y con muchísimo respeto contacté con aquella muchacha y le expliqué lo que me acababa de ocurrir. Con lágrimas en los ojos me confirmó que era su padre. Tan grande era el amor y la necesidad de aquel hombre que precisó manifestar inmediatamente aquellas cortas y profundas palabras que se convirtieron en un mensaje tan importante y tranquilizador para su hija.

Los días pasaron y al abrir mi agenda por la mañana, Elena era una de las consultantes. Sentía en mi barriga la danza de una especie de manada de hormigas gigantes que anunciaban los nervios característicos previos a realizar la consulta. Me miré al espejo y supe que algo especial iba a ocurrir.

La sesión trascurría con normalidad, varios familiares habían venido a verla y con las evidencias confirmaban todo el amor que le procesaban. Pero, había algo, algo que no paraba de llegar a mi mente sin detenerse ni un segundo. La imagen era clara. Me mostraban a Elena embarazada de nueve meses y hasta que no pronuncié esas palabras no podía dejar de verlo.

—Elena no tengo ninguna duda de que volverás a ser mamá. Veo la imagen perfecta tuya de una barriga de nueve meses y siento que será varón —alguien me proporcionaba la seguridad para decir esas palabras con total firmeza.

La cara de sorpresa fue muy evidente. No tenía planeado otro embarazo, ni siquiera tenía una pareja estable ni nada hacía pensar que aquel mensaje se pudiera cumplir. Pero había algo por encima de todo ello, un alma que se estaba comunicando y que necesitaba decirle que estuviera preparada, pues su llegada era muy rápida. Y tanto que lo era, podía modificar en un instante su vida, pero iba cargado de toneladas de amor para repartir, para abrazar, para danzar, para amar, para, en definitiva, vivir.

Le repetí tan insistentemente que tras la consulta decidió realizarse un test de embarazo. Recuerdo con total nitidez cuando recibí un mensaje suyo:

—Raquel estoy embarazada.

Me quedé mirando el mensaje un buen rato. Sentía tanto asombro como ella. Entendí por qué me insistían tanto, por qué mi guía me mandaba una y otra vez aquella imagen en mi cabeza, por qué era importante, tan importante que ella supiera que un alma ya estaba unida a ella por y para siempre.

La experiencia con Elena me permitió vivir algo muy bonito que no había experimentado jamás: comunicarme con un alma que estaba por venir, con su pureza, su luz y su amor. Efectivamente, las ecografías confirmaron que era varón, pero Elena y yo ya lo sabíamos, pues

un niño precioso con el pelo en pincho y castaño se nos presentó en una sesión y lo sigue haciendo cada vez que veo a Elena.

Dile a mi mamá que me encanta la música y que tocaré la percusión de mi papá —dijo en uno de los encuentros. Evidentemente desconocía que su pareja tuviera instrumentos de percusión. Su alegría y su entusiasmo por vivir en la Tierra era tal que tanto a Elena como a mí nos inundó una sensación de amor incondicional por aquella almita.

Y los minutos siguen sumando a nuestro camino y al de Elena. Finalmente, pude conocer y abrazar a aquella almita. Nuestros cuerpos se juntaron lo que nuestras almas ya habían hecho meses atrás. Fue un encuentro verdaderamente especial. Sin duda, una llamarada de luz que nos abrió el corazón de par en par y nos hizo entender otra vez que lo único que importa más allá de todas las circunstancias colaterales es el amor. El amor simplemente por la VIDA. Gracias bella alma por enseñarme tanto.

Caso 3: un hijo guía y su madre

Luz, una mujer bellísima de mediana edad contactó conmigo para realizar una consulta. Sabía sin más que me esperaba otra de aquellas vivencias que llevaría dentro de mi corazón para siempre.

Las carcajadas bailoteaban entre mis mejillas como dos mariposas en el cielo. Apareció en primer lugar la abuela de Luz fallecida, la cual mantenía esa esencia juguetona, amable y empática a pesar de su vida compleja. Entre hilos de coser, oraciones, gestos y multitud de evidencias disfrutamos las dos de la presencia tan resplandeciente de aquella mujer. Y de repente, allí estaba detrás de Luz. Un joven con una túnica blanca me saludaba afectuosamente haciéndome entender que él era el próximo en hablar.

—Soy su guía —lo reproduje con esas palabras, pero al mismo tiempo que lo decía escuché la voz de mi guía decirme:
—No es un guía como yo, fíjate bien.

Y fue entonces cuando dentro de mi cabeza como un pensamiento bañado de amor surgieron estas palabras:

—Soy su hijo.

Cerré los ojos y me dejé envolver por su energía. Mi emoción era evidente. El dolor de Luz era tal que sabía que solo esa conversación con su hijo iba a calmar un poco y por un instante su pérdida. José Vicente aparecía aquel día con mucha fuerza. Tras varias evidencias y un saludo muy característico que tenían ambos al verse presté mis cuerdas vocales y mi cuerpo para él. Dejé un trocito de mí para que aquella madre y aquel hijo pudieran hablar, llorar y abrazarse un poco más cerca. Un poco más ellos.

—Soy tu guía mamá. Estoy evolucionando en el lugar en el que me encuentro y no sabes lo feliz que me siento. Quiero ayudar a los demás siendo guía y tengo un grupo de gente al que enseño y ayudo. No te sientas sola porque no lo estás. Sigo dándote esos besos y ese amor que únicamente los dos entendíamos. Porque tú no eres sólo mi madre, eres mi maestra, mi amiga y siempre estaba y estaré orgulloso de ti.

En muchos momentos me cuesta apartar mis sentimientos como persona en estas consultas tan emotivas, pero sé que mi función es solamente la de ser un canal. José Vicente es tan amoroso y tan chistoso que por un momento mi cara empezó a hacer muecas sacando la lengua mientras me tocaba la nariz. Luz apuntó que le estaba haciendo aquellas gracias como él lo hacía delante de ella. Su intención era la de sacar alguna carcajada de su mamá. Cerré los ojos y volví a notar que quería decir algo más:

—Estoy en el lugar que quiero estar. Aquí podemos crear los paisajes que más nos gustan y el mío es en plena naturaleza con un lago enorme donde el cielo se refleja en el agua. Cuando tú quieras estar más cerca de mí piensa en un lugar así. Estamos juntos, estoy contigo.

El joven era amante de los viajes y ese tipo de paisajes eran sus preferidos como apuntó su madre.

Entre estas conversaciones de mamá e hijo, el joven me enseñaba cosas que para mí no tenían sentido, pero sí para su mamá. Unos helados, un bar o bailar. Luz se había comprado unos helados dos días antes y tenía pensando ir a bailar a un bar los próximos días, aunque no se encontraba muy animada. Con estos datos el hijo quería hacerle entender cómo seguía en continuo en su vida y le animaba a ser feliz y a disfrutar como él lo hacía montado en su bici o moto. Amaba vivir en la Tierra aspirando cada momento como único y quería que ella hiciera lo mismo.

—Yo me comunico mucho en sueños. Tengo esa capacidad. Ella lo sabe.

Entre un cúmulo de emociones, lágrimas de alegría y melancolía, Luz me preguntó si podía contarme algo. Me narró que hacía años había tenido un sueño con su hijo y que le contaba exactamente todo lo que había dicho en aquella sesión. José Vicente se autonombraba como su guía y le describía a aquel grupo de gente que llevaba para ayudarles. Le animaba a ser feliz y vivir la vida en todo su potencial. Había sido tanto el amor generado en aquel encuentro onírico que el duelo quedó impregnado por ese sentimiento de amor y paz durante años hasta que parecía que se había desvanecido.

Luz estaba en un momento de cambios que para ella eran necesarias las palabras de ánimo de su hijo. El destino permitió unirnos y vivenciar estos maravillosos encuentros llenos de confesiones de amor, esperanza y sabiduría. La magia hizo que el corazón de una madre se llenara un poco más de alivio, sosiego y plenitud.

Ahora ella sabe más que nunca que su hijo es su brújula en la vida, su orientador, su guía. A pesar de la tristeza que sienta, sabe que sus pasos son cuidados por él y que no dejará ni por un momento que su corazón se apague. Él sigue ayudando a muchas personas como bien lo hizo en la tierra. Sigue creando sonrisas amables allá por donde su luz pasa porque sin duda él es un gran maestro de vida.

Gracias José Vicente por todo el rastro de amor que dejaste en la tierra. Nos vemos entre lagos y árboles. Gracias Luz por enseñarme tus alas y poder admirar tu sabiduría.

Caso 4: Un amor entre dos mundos

El sol daba la bienvenida a mi estancia en un día de verano, acariciándome las mejillas. Ligeramente me levanté antes que el despertador sonara y sin mirar la agenda podía sentir que la

primera consulta de la mañana iba a ser realmente extraordinaria. Me dispuse a saborear el café disfrutando ya del momento.

Recuerdo una sencilla tarde semanas atrás que Carol, una chica joven con pelo oscuro y mirada triste me llamó con voz entrecortada. Su pareja, más bien su mitad, había decidido marchar hacía una semana y ella necesitaba respuestas. Respuestas que provenían del más allá y que le permitieran a su alma ser acariciada una vez más. Calma, paz y sosiego en mitad de un escenario huracanado. Agendé su cita sin poder asegurar la visita de aquel muchacho, pero una agradable sensación aseguraba que aquel encuentro iba a ser posible.

Ya preparada delante del altar, tomé una respiración profunda y compartí una parte de mi cuerpo en trance para que el espíritu manifestara sus evidencias y sus pensamientos. Inmediatamente un dolor abrumador se localizó en la parte lateral izquierda de mi cabeza y se extendió hacia la otra mitad derecha. La debilidad, las náuseas y falta de respiración me hablaban claramente de la causa de la muerte: un cáncer cerebral.

Cuando la pantalla de mi teléfono se abrió y pude conocer a Carol, mi cuerpo instantáneamente se llenó de un amor profundo, insaciable y abrumador difícil de explicar a través de unas simples palabras. Aquella muchacha de ojos vidriosos y con las manos entrecogidas me miraba como si aquella sesión fuera una de sus últimas esperanzas. Yo en cambio ya no era yo misma, sino que en aquel momento se estaba produciendo un encuentro consciente entre dos almas gemelas donde el amor, la lealtad y la sinceridad era lo único que reinó durante los años que sus cuerpos físicos pudieron estar juntos.

Efectivamente la pareja de aquella joven, Miguel Ángel, murió de cáncer terminal y fue tan infinitamente específico que nos indicó donde estaba localizado el primer tumor que lo llevó a una estancia larga en el hospital.

Miguel Ángel nos compartió un gran abanico de evidencias, durante la sesión Carol y yo viajamos en una montaña rusa de emociones. Hacer la “croqueta” juntos mientras reían incansablemente, sus comidas favoritas, los paseos en la montaña, un vestido rojo particular que le encantaba o aquellos besos más especiales que él le prodigaba a ella fueron algunos de los datos que mi ser recibía constantemente sin ningún tipo de pausa.

—Te voy a decir muchos de los pensamientos que ella tiene. Es importante que sepa que he estado con ella siempre desde el momento que decidí marchar. Son pensamientos que no ha compartido con nadie —asentí y le comuniqué a Carol el deseo de él.

—Sonó el móvil. Esa fue la manera como le comunicaron mi muerte, yo estaba con ella. Llevaba ropa de color, no como ocurre últimamente que siempre va de negro —yo no podía parar de hablar, era como si mis labios se hubieran mimetizado con los de Miguel Ángel.

Me fijaba en Carol mientras asentía a la información recibida y sus lágrimas bajaban por su rostro sin control posible. Ella solo quería seguir escuchándole a él.

—Sé que en aquel momento ella tuvo el pensamiento y la necesidad de marcharse conmigo, pero dile que va a cumplir los sueños que ella tenía. Va a saber de lo que le hablo.

Mis ojos empezaron a ver imágenes alrededor de mi comedor como si fueran pantallas de cine suspendidas en el aire. En una había una casa con jardín mientras él me comentaba que eso era

indispensable para ella. Otro de los dibujos flotantes era un nuevo trabajo en el que no iba a quedar tan exhausta y donde sus dotes comerciales serían reconocidas. Carol mientras tanto me confirmaba sorprendida todas aquellas afirmaciones. Eran sus sueños.

—Por favor es importante que le repitas que todo esto lo va a conseguir. Yo lo puedo ver en su camino. Dile también que va a ser mamá, es una de sus prioridades, crear una familia desde el amor.

Recuerdo como Carol entre lágrimas expiró lo siguiente:

—Ay, mi amor, eres tú —he de reconocer que yo estaba realmente emocionada, pero sobre todo me sentía muy afortunada de estar viviendo y sintiendo un amor sencillamente… entre dos mundos.

Miguel Ángel sabía de la importancia de aquel encuentro transcendental tanto para ella como para él y siguió mostrándome pruebas para Carol:

—Dile lo de la foto. Hay una foto de los dos con un marco mediano —mientras lo escuchaba mis manos le mostraban a Carol el tamaño de aquel marco y mis ojos veían claramente la fotografía de la cual él hablaba.

Ella solo tuvo que extender la mano hacia su izquierda y coger aquel marco de fotos para confirmar aquello que nos estaba mostrando. A lo que él añadió:

—Dile que sería bonito que lo pusiera a la entrada de la casa nueva. Es una forma simbólica para que ella entienda que siempre estaré a su lado dándole la bienvenida.

La sonrisa emocionada de aquella joven corroboraba la magia tan única que estábamos viviendo. Ese día, ella se sintió más unida a él, mientras él le corroboraba una existencia en el más allá.

Me debía despedir de la sesión y le pregunte a él si quería decirle algo más. Y añadió algo tan sorprendente y tan extremadamente bello que sin duda determinó un cierre de sesión sublime.

—La película *Ghost*, nómbrasela.

Le pregunté a Carol si tenía sentido para ella. El silencio se apoderó por un instante y me comentó que la noche anterior a su sesión la había visto.

—Bien, bien. Ahora estate atenta y mira qué imagen te voy a enseñar de la película.

Miguel Ángel me mostró el momento en el que la protagonista, junto con la médium en trance se unían en un espléndido baile. Se volvían a sentir, a oler y a tocar, pero sobre todo a creer en el amor más allá de un cuerpo físico. Y entonces nos hizo comprender que el amor es más fuerte que un simple cambio de estado. Que el amor todo lo impregna y todo lo saborea. Que el amor se puede seguir construyendo entre dos almas gemelas sin importar el tiempo ni el lugar. Que sigue latiendo sin importar las palabras, porque el amor simplemente es, es un todo y es la mayor fuerza del universo.

He de revelaros que tras escuchar en un taxi la famosa canción de *Ghost* decidí verla dos días antes de la sesión de Carol mientras me pedía una pizza para casa. Me fijé en el nombre del repartidor, detalle que nunca suelo mirar. El nombre era Miguel Ángel. ¿Casualidad? No creo en

absoluto en las coincidencias. Él ya estaba conmigo de algún modo.

El amor de Carol y Miguel Ángel, así como de todos aquellos que han partido al hogar nunca se destruirá ni se frenará, sino que seguirá perpetuo en un infinito universal.

Gracias Carol por hacerme partícipe de tu gran amor.

Gracias Miguel Ángel por mostrarnos el amor desde el más allá. Nos vemos entre risas y juegos. En definitiva, gracias por tu estancia en la tierra.

Caso 5: Una flor en el cielo

La ligera brisa fría de otoño entraba por la ventana y acariciaba suavemente mi nuca recordándome que el cambio de estación estaba cerca. Era el final de la semana, estaba exhausta y me preparaba para un merecido descanso, cuando de repente un mensaje de voz sonó en mi teléfono.

Al otro lado una joven con voz entrecortada y amable se ponía en contacto conmigo para agendar una consulta. Las palabras se dirigían hacia mí como un pequeño gran baile elegante y sutil que dejaba mis labios sellados sin saber qué decir. Me informaba que era el cumpleaños de su padre y que junto a su hermana les encantaría contactar con su mamá fallecida en una consulta de mediumnidad. En mi corazón pude sentir lo especial que podía ser aquel regalo de aniversario y, por otro lado, me inundó una gran responsabilidad. Aun así, el amor que me invadió en ese preciso momento sirvió de brújula para saber que aquella experiencia me dejaría impresionada.

El día que apunté su sesión era cercano al aniversario de bodas de sus papás. En muchas ocasiones he pensado que ellos ya agendan antes que yo las consultas y que de alguna manera las fechas cercanas o exactas a algunos acontecimientos importantes forman parte de las señales que nos dan.

Recuerdo que la noche anterior la incertidumbre invadía mi cuerpo. Aunque yo no podía asegurar la llegada de aquella alma, algo me decía que tenía que descansar bien para aquella sesión. El día de la consulta a las siete de la mañana abrí ligeramente los ojos y al volver a cerrarlos delicadamente sentí la presencia de una mujer la cual me enseñaba patatas y mucha cocina. Sonreí y supe que ella estaría allí. De algún modo, me enviaba paz y calma y entonces me volví a dormir un poco más abrazada a ese amor del más allá que ella me había dejado.

Tecleé el enlace de zoom y allí estaban. El papá Josep, sentado en medio, y las dos hijas alrededor de él. Cuidándolo y amparándolo en aquel momento tan bello que estaba por venir. Yo, ya en trance, pude sentir la emoción y el grado tan alto de amor que me invadió al verlos. Mi mirada iba muy dirigida hacia él y entonces mis manos empezaron a ser alzadas mientras su voz retumbaba en mi cabeza.

—Estoy aquí, estoy aquí —reclamaba la mamá.

Reproduje exactamente aquellas palabras como también la causa de fallecimiento y los dolores que ella sufría, al mismo tiempo que los iba sintiendo yo. También me referí a cómo cada miembro de la familia la cuidó, el susto que le invadió en el momento de su muerte y la tranquilidad que sintió cuando se dio cuenta de que había dejado una familia tan educada e instruida en el amor. Charito es una mujer llena de luz y de amor que dejó unos grandes

aprendizajes en cada persona que se cruzó en su vida.

Me dirigía la mirada de un modo organizado a cada uno de ellos. Empezó a invadirme un orgullo y bienestar al mirar a una de las hijas mientras me enseñaba un libro escrito y contado sobre la muerte.

—Estoy muy orgullosa de ti hija. Cómo le cuentas a tu hijo la muerte de la abuela y todos los dones que tienes. Eres una gran sabia. Toma esa sabiduría y muéstrala al mundo.

Cristina, un alma con un gran saber interno asintió aquella evidencia mientras las lágrimas caían en su mejilla.

Desde que había empezado la consulta no paraba de escuchar en mi cabeza la palabra cocinera mientras me invadía un amor inmenso:

—Ay mi cocinera. Ella, una de mis hijas (mientras me mostraba con la mirada quién era). Ella cocina como yo. Sigue mis recetas. Es la más sensible de todas, la que más sufrió con mi muerte, pero es la que más enseña el alma a la familia. Dile que estoy muy orgullosa en todos los sentidos, pero que limpie mejor los cacharros cada vez que los utiliza.

Afra, aquella linda mujer que me contactó, asentía mientras escuchaba, sonreía y a la vez lloraba emocionada.

Más tarde, Charito me mostraba una casa, su hogar en la Tierra rodeada de naturaleza donde abundaban las flores. Podía ver perfectamente en cada evidencia el impacto al corazón que producía en cada uno de los familiares y al mismo tiempo en un lugar de mi alma.

—Las flores, estoy aquí en un campo de flores de todos los colores. Díselo.

Charito me giró ligeramente la cabeza y me hizo mirar hacia un lado. Empecé a ver una imagen transparente que me mostraba un jarrón con flores. Al mismo tiempo me decía lo siguiente:

—Josep tiene ese jarrón en casa y me pone flores cada día. Dile que lo sé y que yo misma le hago mirarlo para que sepa que estoy ahí.

Tenía un gran mensaje para él mientras me mostraba la luz blanca y dorada alrededor de su cuerpo:

—Él ha sido un guía siempre para mí. Yo indecisa y él siempre guiándome. Dile que va a vivir muchos años y que ese será su papel en la familia. Yo lo ayudaré.

El marido asentía con una gran alegría a todo aquello. Pero Charito no paraba de hablar y seguir aportando multitud de evidencias.

—Los álbumes de fotos. Fotos y más fotos que yo hacía y que miran constantemente. Hay una foto colgada en la pared de casa, en la cual tengo mucha luz. Diles que estoy igual de feliz aquí.

Charito nos relató una foto en concreto donde estaba en la playa y cómo Josep le daba un bombón de la caja que tanto le gustaba. Recuerdos que quedarán impregnados durante toda una eternidad, durante vidas y que nadie podrá nunca borrar ni tan siquiera aquello que llamamos muerte. Es más, la transición al más allá fortalece esos recuerdos e impregna de amor todo aquello vivido y por vivir.

No tenía dudas de que se trataba de un amor entre almas gemelas, aunque no puedo llegar a explicarlo podía sentir la fuerza del sentimiento que salía de Charito cuando miraba a su marido. Un amor realmente fortalecido, donde los dos se dedicaron a mostrarlo al mundo como una vía de aprendizaje.

La cantidad de evidencias que nos mostró resultan imposibles plasmarlas aquí, pero ella terminó la sesión como la había empezado; dejándonos ver un trocito de cielo mientras saboreábamos la serenidad de su estancia en el más allá.

Mis ojos empezaron a ver regalos y más regalos hasta que mi mano comenzó a dibujar una caja alargada al mismo tiempo que mi oído escuchaba un “clic” de apertura. Dentro de la misma, tracé una pulsera y rápidamente se la mostré a Josep.

Por unos segundos escuché un silencio y el ambiente se volvió solemne al instante. Él me enseñó en su muñeca una pulsera plateada con una inscripción. Regalo que se habían hecho en un momento importante.

—Yo le había pedido a ella antes de la sesión que me diera esta evidencia como modo de que seguía en el otro lado. Gracias por tu don. Ya no tengo ninguna pregunta más.

La magia invadió mi alma y confirmé aún más que mi camino estaba aquí, quería ser la mano que unía los dos lados: el más acá y el más allá, los que están más cercanos de lo que creemos. Son planos conviviendo activamente a través del ancla del amor. Hogar, la luz, donde todos aquellos ancestros que partieron nos esperan con una pasión grandiosa, pero que continuamente a través de millones de señales, caricias, sueños y respuestas se comunican con nosotros.

Ahora la familia de Charito es como la mía. Familia de luz que me ha mostrado a través de la experiencia que lo más lo importante que es el amor.

Gracias Afra por tu sensibilidad, a Cristina por su sabiduría, a Josep por seguir siendo el guía de la familia y a Charito… Gracias ángel de luz por elegirme para ser la vía de muestra, de tu muestra de vida en el más allá.Sigue siendo esa flor que ilumina el cielo, aunque esté oscuro.

Capítulo final

El universo es amor

En la actualidad, continúo realizando consultas, así como dando multitud de conferencias. Realizo formaciones tanto para adultos como para la infancia. Estos últimos me brindan la luz del reino espiritual a través de sus sonrisas y su pureza natural. Son mis grandes maestros. Con ellos aparece mi niña de 7 años, con cuya historia empecé este libro. Es esta niña la que los acompaña en su proceso de descubrir que en ellos reside una parte espiritual. Si la aman, la guardan y la abrazan van a poder ver la vida desde la absoluta magia y amor. Como les dije una vez a un grupo de alumnos en un cole tras una meditación: “En vuestro corazón reside la mayor cueva de amor. Ahí podéis dirigiros cuando os sintáis tristes, contentos o simplemente queráis estar con vosotros mismos. En ese lugar, las puertas siempre están abiertas. En dicho rincón ocurre lo que vosotros queráis que ocurra”.

He descubierto que mi esencia como médium se manifiesta a través del trance, permitiendo que los espíritus utilicen mi cuerpo durante las consultas para proporcionar una experiencia más completa de los sentidos físicos, acercando así los dos planos, el terrenal y el espiritual.

Otras de mis pasiones incluyen la escritura y la divulgación. Trato de aportar mi granito de luz para dar voz al amor que emana del reino espiritual y recordarles a todos que formamos parte de ello y que no debemos vivir en el miedo. Además, disfruto enseñando a descubrir y desarrollar sus propios dones. Cada día, doy gracias al universo por todas las oportunidades de ayudar y ser ayudada que se presentan en mi camino.

Sigo aprendiendo y agradeciendo profundamente cada persona que se cruza en mi vida y que confía en mí. Sé perfectamente que cada consulta no es producto de la casualidad y que me ayuda a crecer infinitamente. Agradezco cada amanecer como una oportunidad en el plano terrenal para ser un poco mejor, para tomar consciencia de mi paso por aquí y, de algún modo, hacer conscientes a aquellas personas con las que me voy encontrando.

Sencillamente intento aportar mi luz natural a todo aquello que me rodea enriqueciéndome del brillo de los demás, ya sea un nuevo un amigo, compañero de trabajo o una dependienta. Cada día es mágico para sonreír y recibir la sonrisa de alguien que nos recuerde que a pesar de todas las dificultades que nos puedan generar estrés y ansiedad, siempre, a cada instante, a cada minuto, la magia está presente delante de nosotros, solo es cuestión de querer verla. Hay millones de motivos por los que hacer brillar nuestra alma y, por ende, construir un mundo mejor.

Como me dijo una alumna en un taller: “mis películas favoritas son las de Harry Potter. Ya que hablan de magia y la magia existe”.

Al fin y al cabo, todo desde el universo hasta la última gota del agua con la que te has bañado hoy se encuentra impregnada de amor. El amor es el único y gran motor para vivir una vida plena y consciente. Amor hacia ti mismo, amor hacia cualquier ser. Hasta aquel que te hace vivir

la peor experiencia de la que tanto has aprendido. Amor por el rayo de sol diario, por la sonrisa de un niño, por un “estoy aquí” de un amigo, por una palabra escrita en un libro. Amor en definitiva por la vida y por la muerte.

Y tú, gran lector que has llegado hasta aquí, te abrazo en un manto de amor en agradecimiento a tu compañía. Espero este libro haya aportado un poco de luz en tu camino, tal como las experiencias de mi vida lo hicieron y lo siguen haciendo en el mío.

Gracias a todos los que están en esta y en otras dimensiones.
En homenaje y en honra a todos ellos,
amor y más amor.

Agradecimientos

Quiero agradecer de todo corazón a todas aquellas personas que me impulsaron a realizar mi mayor sueño y que sin ellos no hubiera sido capaz.

Gracias a mis padres por no desfallecer, por sujetarme entre sus brazos, alzarme las veces que hizo falta y por todos los aprendizajes absorbidos en vida.

Gracias Nayi, hermana del alma, por estar juntas desde nuestro nacimiento en la tierra e iluminar mi camino. Gracias Chiki, por ser como una madre y abrazarme fuerte siempre. Gracias a todos aquellos maestros por creer en mí y ser mi brújula en tiempos de pérdida.

Gracias a los que ya no están en la tierra por seguir desde otro plano alentándome y abrazándome en las noches de soledad y miedos. A mis abuelos, a mi tía Ángela y a mi gran querido Andreu por bailar entre mis sueños y tejer dulces sonrisas permanentes.

Gracias a mi guía Merlín por elevarme por encima del cielo y ser mis ojos, mis manos y mi corazón cuando ni tan siquiera sabía que los tenía. Gracias a mi hermanito espiritual por protegerme con su amor y su presencia.

Gracias a cada una de las personas que siguen confiando en mí, en mis capacidades y en mi corazón.

Raquel

Índice

Capítulo 1. *Una gélida noche* 7
Una niña sensible y curiosa 9
Capítulo 2. *El regalo oculto* 15
El disfraz 19
Capítulo 3. *El volar de los sueños* 21
Capítulo 4. *Un aroma envenenado* 29
Capítulo 5. *La señora de negro* 35
Parálisis del sueño 43
Las almas perdidas 45
Capítulo 6. *El libro rasgado* 53
Mi abuelo, mi gran héroe 61
Capítulo 7. *Almas gemelas* 63
¿Qué son las almas gemelas? 65
Capítulo 8. *El destino escrito en mis sueños* 71
La negación transgeneracional 76
Capítulo 9. *Huesitos* 79
Un mote ingrato 83
Capítulo 10. *Planta n.º 11* 87
El camino a la luz 89
Apertura psíquica 93
Una mudanza y la señora de negro 94
Nuestro guía espiritual principal 95
Capítulo 11. *Bailando con un ángel* 99
El mapa de la existencia 112
La biblioteca de nuestra alma 117
Capítulo 12. *Mi guía del amor* 127
Mi amigo Tuku, mi perro fiel; Los animales en el más allá 132
Capítulo 13. *El mapa de la existencia* 137
Las respuestas del cielo 147
Capítulo 14. *Mi propio universo* 151
Capítulo 15. *Sueño premonitorio cumplido* 155
Un sueño no tan dulce 162
Capítulo 16. *Caja de bombones* 165
Acompañando el tránsito 168
Capítulo 17. *El comienzo de un fin* 175
Vidas pasadas 179
Una niña húngara 181
Mi hermanito transparente 183
Otro sueño cumplido 185
Pactos álmicos 188
La Mediumnidad y el entorno 189
Capítulo 18. *La muerte: la vuelta a casa del alma* 193
¿Por qué venimos a la tierra entonces? 194

Capítulo 19. *Mi día a día con los espíritus* 199
Caso 1: entre árboles, flores y mucha felicidad 199
Caso 2: Bebé de camino 205
Caso 3: un hijo guía y su madre 208
Caso 4: Un amor entre dos mundos 211
Caso 5: Una flor en el cielo 216
Capítulo final. *El universo es amor* 223
Agradecimientos 227